

SAN JUAN CRISOSTOMO

Doctor de la Iglesia

CARTAS A SANTA OLIMPIADES

Traducción, Prólogo y Notas por el
P. BARTOLOME BEJERANO, S. I.

Serie
Los Santos Padres
N.º 20

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Depósito Legal: SE-536-1990

I.S.B.N.: 84-7770-170-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirta S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN JUAN CRISOSTOMO

Juan llamado desde el siglo V, por su elocuencia, *el Crisóstomo* (=boca de oro), nació en Antioquía por los años de 344 ¹. Rodearon su cuna el brillo y la riqueza ²; pero muy pronto la muerte arrebató a su padre, Segundo, militar de distinción en las guerras de Siria, y recayó todo el peso de su educación en su madre, Antusa, modelo de piedad y tan cabal señora, que, según dice su hijo ³, hizo un día exclamar con asombro a los maestros: “¡Cielos” ¡Qué mujeres se crían entra los cristianos!” Procuróle por maestro de elocuencia al célebre Libanio, y de filosofía a Andragacio. En ambas facultades fueron maravillosos sus progresos. Del vigor de su raciocinio y del brío con que sabía esgrimir las armas de la dialéctica fueron testigos los herejes todos, y especialmente los Anomeos, sectarios de Eunomio, que sostenían que los bienaventurados en el cielo y los hombres en la tierra conocen a Dios tan perfectamente como se conoce El mismo. Los progresos de su elocuencia causaron asombro a su maestro, que preguntando, estando para morir, a quién dejaba por sucesor de su cátedra, respondió: “A nadie la dejaría sino a Juan a no habérnosle arrebatado los cristianos.” ⁴. A los veinte años, movido por su amigo Basilio, que fue luego obispo de Rafanea en Siria, renunció Juan a las esperanzas que podía ofrecerle la piedad y al estudio de la Sagrada Escritura con tal ahínco, que llegó a aprendérsela de memoria, aunque hay que notar que sus citas no siempre coinciden con nuestra Vulgata, pues él se valía de la Versión Alejandrina o de los Setenta Intérpretes, y a ella hay que recurrir muchas veces para encontrar las palabras que alega; verbigracia: en la carta tercera a Santa Olimpia, número 7, al fin, ⁵ cita el verso 23 del capítulo III de Job así:

Mors viro requies, que en vano se buscará a la Vulgata, pero está a la letra en la Alejandrina; y otras citas semejantes.

San Melecio, patriarca de Antioquía, haciéndose cargo de la buena índole de aquel joven y encantado de la hermosura de su corazón, dice Paladio ⁶ concedíale tratar con él asiduamente, previendo con profética mirada lo que de aquí había de salir... Instruyéndole por espacio de tres años en las verdades de nuestra santa religión, y al fin le administró el Santo Bautismo (ca. 390). Poco después le fue conferido el lectorado ⁷.

Entre sus amigos y compañeros de estudios, el más íntimo fue Basilio ⁸. Ambos trataron de retirarse a la soledad; pero a Juan se le opuso cuanto pudo su propia madre, diciéndole: “No me dejes viuda segunda vez”. ⁹. Cedió a los ruegos maternos, pero vivió en su casa con el rigor de un solitario, continuando, no obstante, el trato con sus maestros, Diodoro y Carterio, y estrechando más y más los lazos de su amistad con Basilio.

Muerta su madre, retiróse en 374 ¹⁰ a las montañas vecinas a Antioquía, y pasó cuatro años con un anciano solitario, Sirio, de vida muy austera. Pero, no satisfecho aún su espíritu, penetró más adentro en aquellas montañas, haciendo por dos años vida tan penitente en una cueva desierta, que incurrió en una grave enfermedad, que le obligó a volverse a Antioquía ¹¹. En la soledad escribió los libros *Del Sacerdocio*, *Contra los impugnadores de la vida monástica* y *Comparación de un rey y un solitario*.

Al llegar a Antioquía le ordenó de diácono San Melecio en 381, y desde entonces no cesó de esparcir por todas partes, en elocuentes escritos, la semilla de la divina palabra, edificando no sólo a su Iglesia, sino a toda la cristiandad de Oriente con su encendido celo... Sus destierros nos los describirá el mismo santo en cartas a San Inocencio I y en otras que vamos a publicar en este tomo.

TRABAJOS DEL DESTIERRO—SU MUERTE

(404-407)

Después de haberse entregado en manos de los emisarios imperiales, fue llevado a Bitinia y se detuvo en Nicea hasta el 3 de julio (404) ¹². De allí le hicieron pasar a Cesárea de Capadocia. “Estoy consumido y acabado, dice él mismo a su llegada ¹³; he sufrido ya mil muertes, mejor te lo podrán contar los que te entreguen esta carta, y eso que han estado breves instantes conmigo, a los cuales no pude siquiera hablar un poco, abatido por mis continuas fiebres, a pesar de las cuales me veía precisado a caminar de noche y de día, asediado por el calor, gastado por las vigiliass, perdido por la falta absoluta de cosas necesarias y ausencia de quien tuviera cuidado de mi persona. He padecido y padezco trabajos más recios que los condenados a las minas y los encerrados en las cárceles. Por fin, y a duras penas, he llegado a Cesárea, como quien de la tempestad se llega a un tranquilo puerto.”

Poco le duró aquel refrigerio; muy bien recibido en Cesárea, cuando sólo había comenzado a convalecer, se vio obligado a salir, con gravísimo riesgo de la vida. Después de setenta días de violentas marchas, llegó a Cucuso de Armenia, lugar situado en el monte Tauró, “desierto sobre toda ponderación” ¹⁴ y “peligrosísimo por las incursiones de los Isauros” ¹⁵. Aquí sufrió, por espacio de un año y algunos meses, continuos vómitos, dolores de cabeza, insomnios, peligros de muerte por la invasiones de los Isauros, e intensísimo frío en el invierno, que fue aquel año de los más rudos. Nada de esto quebrantaba su grande alma. Siempre repetía, como él mismo lo afirma, su jaculatoria favorita: “Gloria a Dios por todas las cosas”. “Al recordar cada día mis trabajos, escribe desde Cucuso, vuelo de alegría y salto de placer, como quien tiene depositado un gran tesoro; tal es mi disposición de ánimo.” ¹⁶.

De Cucuso, después de mil penosísimos rodeos, de suerte que ya vivía en Cucuso, ya en Arabiso, ya en los bosques ¹⁷, fue llevado definitivamente a Arabiso (406), distante unas veinte leguas, porque ¹⁸ el castillo de aquella población ofrecía mayor seguridad, “pues no vivimos en la ciudad, ya que ni aún esto es seguro, y la habitación que tenemos es peor que cualquier cárcel. Porque además de que cada día,

por decirlo así, está a las puertas de la muerte, por invadirlo todo los Isauros, que destruyen a hierro y fuego vidas y cosas, tenemos el hambre que nos amenaza por la escasez de víveres y la multitud de gente que aquí viene a refugiarse. Sufriendo, además, la larga enfermedad causada por el invierno y la continua fuga; si bien ahora he pasado lo más duro de ello; todavía conservo algunas reliquias”.

Quien atentamente considera tantas aflicciones y vida tan azarosa, no podrá menos de quedar lleno de asombro al ver el increíble número de cartas escritas en su destierro, en las cuales su caridad, olvidada de sus propios gravísimos trabajos, busca el consuelo de los ajenos y, sobre todo, la defensa de la Iglesia y la propagación de la fe. No contento con la solicitud de su Iglesia de Constantinopla, extiende su mirada de apóstol a la Iglesia de Fenicia¹⁹ y Arabia, trabaja por exterminar la herejía de los Marcionistas en Salamina de Chipre²⁰, cuida que se dé digno prelado a los Godos y se envíen operarios que dilaten la luz del Evangelio entre las nieblas de la idolatría²¹.

En Arabiso escribió los dos elocuentes libros titulados *Nadie puede recibir daño de sí mismo* y *A los escandalizados por las calamidades ocurridas...*, testigos ambos de su magnanimidad y de su inquebrantable tesón en el trabajo. Ya llevaba, como él mismo lo dice²², tres años en el desierto, en medio de los trabajos del hambre, peste, guerra, continuos asedios, soledad increíble, muerte cotidiana y las espadas isáuricas; y sus enemigos Severiano, Porfirio y otros obispos de Siria se carcomían de envidia por la gloria de Juan, que aún en aquellas soledades resplandecía con el fulgor de su ciencia y santidad, pesarosos de que la Iglesia antioquena se hubiese trasladado a la Armenia y en Antioquía se celebrase la dulcísima filosofía (=virtud) de Juan, y preferían la muerte a verse atormentados con semejantes narraciones. Tanto que los clérigos, sus fautores, al ver tal maravilla, exclamaban admirados: “Ved ahí a un muerto terrible, que causa miedo a los vivos y vencedores, lo mismo que las máscaras a los niños”. ¡Caso raro! Los que tienen el poder secular y las riquezas de la Iglesia, juntamente con la autoridad y el mando de todo, palidecen y titubean de miedo ante un sacerdote único, expulsado, débil en el cuerpo y desterrado²³. “Por eso, no pudiendo, dice con frase gráfica Paladio, guarda la sierpe dentro de su caja por más tiempo, envían recado a la autoridad militar y obtienen un rescripto más duro, con multa encima: que dentro de breve plazo fuera Juan trasladado a Pi-

tionte, lugar completamente desierto de la región de los Tzanos en la playa del mar Pónico (hoy mar Negro) ²⁴.

Cumplióse el mandato con tanta prontitud y crueldad, que no se dio al santo tiempo para comunicar la noticia a sus amigos. “Los soldados que le conducían hasta tal punto le daban prisa por el camino, diciendo que así se lo tenían mandado, que no parecía sino que, si muriera en el camino, les habían de dar ascenso en los grados militares. Y si bien uno de ellos, cuidándose menos de la milicia temporal, le mostraba alguna benignidad furtivamente, el otro, a su vez, era tan cruel y difícil, que todas las muestras de reverencia que le daban los que salían al encuentro para que él, a su vez, guardara respeto al santo, las miraba como injurias, no teniendo más solicitud que Juan tuviera muerte acerba. Y aunque cayera una lluvia torrencial, salía sin cuidado, por más que le cayeran arroyos de agua por pecho y espalda. Y, al revés si tostaba el sol terriblemente, lo tenía por cosa deliciosa, por ver que con esto lo pasaba mal la cabeza elisaica del santo.” ²⁵.

Así, por espacio de tres meses fue haciendo aquel difícilísimo viaje, obligado a dar, según parece, muchos rodeos ²⁶, para que le fuese más penoso y perdiese cuanto antes la vida, haciendo jornadas cortas y a pie, lo cual para el santo, en aquel estado, era gravísimo, y para los soldados muy cómodo; de suerte que entre Arabiso y Comana bien pudieron emplearse más de dos meses, como afirma Paladio ²⁷. Y brillaba como una estrella, si bien su cuerpo, abrasado del sol, parecía un fruto tostado a sus rayos. Llegados a Comana, pasáronla de largo, cual si fuera un puente, y se detuvieron extramuros en un martirio (o iglesia dedicada a los mártires) a cinco o seis millas. La misma noche de su llegada apareciósele San Basilisco, mártir de lugar, juntamente con San Luciano, presbítero antioqueno, diciéndole: “Animo, hermano Juan, que mañana estaremos juntos...” ²⁸.

Ateniéndose al oráculo, al siguiente día rogó a los soldados que permanecieran allí hasta la hora quinta. Ellos no hicieron caso, y salieron de allí; pero cuando hubieron avanzado como treinta estadios, volvieron otra vez al lugar del martirio, por sentirse él enfermo de gravedad. Llegado, requirió las vestiduras blancas, dignas de su vida, y vistióselas en ayunas, quitándose las otras y mudándose hasta el calzado, y aquéllas las repartió entre los presentes. Y, recibida la Santa Eucaristía, hizo su última oración ante los circunstantes, y diciendo su acostumbrada sentencia: “Gloria a Dios por todas las co-

sas”, y sellándola con el postrer amén, extendió aquellos pies que tan gloriosamente corrieron para la salvación de los que habían escogido la penitencia y para confusión de los que cultivaron abundante cosecha de culpas... Así fue agregado a sus padres, y limpio de todo polvo, pasó a Cristo, según está escrito: “Vendrás a tu sepulcro como trigo maduro que es segado a su tiempo; pero las almas de los impíos morirán sin llegar a sazón.”²⁹. Y era tal la muchedumbre de las vírgenes, ascetas y otros que daban testimonio de la santidad de su vida, y asistían venidos de Siria, Cilicia, Ponto y Armenia, que la mayor parte juzgaba que habían acudido de común acuerdo (14 de septiembre de 407).

Y compuesto para la sepultura y celebrado con fiesta, como atleta vencedor, es colocado en el mismo martirio a una con San Basilisco³⁰.

Después de la muerte del santo Doctor los Juanistas se resistían a reconocer a sus sucesores, y el mismo Papa San Inocencio I, para protestar de tantos atropellos, se negó a reconciliarse con los obispos orientales si éstos primero no honraban al santo insertando su nombre en los dípticos de sus iglesias. Lo mismo exigieron, por su parte, otros obispos del Occidente³¹. Hízolo así Atico en 412, así que murió Teófilo. En Alejandría rehabilitó la memoria del “gran maestro de toda la tierra” San Cirilo el año 417, *aunque per totam fere vitam Cyrillus animo erat aliene a Ioanne Antiocheno*³². Pero no se aquietaron los ánimos de los Juanistas hasta la solemne traslación de las reliquias del santo Doctor el año 438, debida al ardiente celo de San Proclo, digno sucesor del Crisóstomo en la silla de Constantinopla. La traslación de las reliquias se comenzó el año 437, y llegaron a Constantinopla el 27 de enero del año 438. Recibidas con gran regocijo, fueron llevadas al siguiente día en procesión, acompañadas del Emperador y de su hermana Santa Pulqueria, y depositadas en la iglesia de los Santos Apóstoles³³.

El pueblo fiel, dice describiendo la fiesta Teodoreto (1265-1269), entonces por segunda vez, como al volver el santo de su primer destierro, ocupó el mar con sus naves, cual si fuera continente, y cubrió la embocadura del Bósforo, hasta la Propóntide, de hachas encendidas. Este tesoro trajo a la ciudad el que rige el impero (Teodosio II), que heredó el nombre de su abuelo y conserva incorrupta la piedad. El cual, aplicando a la urna sus ojos y su frente, hizo una plegaria por

sus padres, suplicando el perdón de ellos, pues habían pecado por ignorancia.

San Proclo, a quien algunos cuentan entre los discípulos del santo Doctor y otros dicen que fue su secretario, y que sin duda le conoció en su juventud, pronunció un entusiasta panegírico, que aún se conserva, precioso ramillete de extraordinarios encomios y digna corona de tan festiva solemnidad: “¡Oh Juan!, son las últimas palabras de su panegírico; tu vida, a la verdad, fue angustiosa, pero gloriosa tu muerte, feliz tu sepulcro, copioso tu galardón, por la gracia y misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien juntamente con Dios Padre y Espíritu Santo sea la gloria, el poder y la magnificencia por los siglos de los siglos. Amén.”

Más tarde, en el siglo XIII, después de la toma de Constantinopla por los Latinos, fue trasladado sigilosamente el sagrado cuerpo a Roma y colocado en la Basílica Vaticana. Algunas reliquias, sin embargo, reposan en otras iglesias.

* * *

Bueno será apuntar aquí, como digno remate de la vida del santo Doctor, el concepto que su heroica virtud mereció al diligente y sabio Bolandista Juan Stilling, que es quien hasta ahora ha estudiado con más diligencia y expuesto con mayor amplitud y crítica la parte biográfica del santo. Después de discutir una visión ³⁵, en la que el santo Doctor aparece superior a otros, y hacer constar que de la visión no se deduce tal superioridad, y que, a su modo de ver, la visión no es improbable, por más que tampoco se puede llamar completamente cierta y exenta de toda duda (1474-1475), añade estas notables palabras: No quiero, sin embargo, que el diligente lector sospeche, por esta salvedad, que yo desconfío en los más mínimo de los méritos de Crisóstomo, o que me parezcan mayores los de otros cuyos nombres se alegan. (Refiérese a los santos mártires Hipólito y Metodio y a los celebrados doctores los santos Basilio, ambos Gregorios, el taumaturgo y el teólogo, y el grande Atanasio) ³⁶. Tan lejos estoy de semejante opinión, que no dudo en afirmar ingenuamente que no hay santo Doctor alguno cuya vida haya arrebatado tanto en pos de sí mi admiración y mi afecto como la han robado la vida entera las costumbres y los escritos del Crisóstomo. Aunque sólo echemos una ligera ojeada

al curso de su vida, le hallaremos tal en toda edad, en todo estado, en todo oficio, en todo trabajo, en los sucesos prósperos y los adversos, que aparecerá haber servido a Dios siempre perfectísimamente, y, con admirable desprecio de las cosas mundanas, amando únicamente a su Criador con ardentísima caridad. Tal fue en su juventud, ejerciendo la vida solitaria en la casa materna; tal en la soledad, castigando su cuerpo con austerísima norma de vida; tal en el diaconado, consagrándose por entero a útiles escritos y obras de piedad; tal en el presbiterado, tal en el episcopado, tal en el destierro. En todas estas circunstancias se mostró egregio imitador de San Pablo, de suerte que pudo, quizá, decir con él: *He trabajado más que todos*. Ciertamente, ningún padre editó en tan pocos años tan numerosos escritos como los que dio a luz el Crisóstomo, y antes predicó al pueblo, en el espacio de dieciocho o casi diecinueve años de presbiterado y episcopado. Y, lo que vale más, entre todos sus escritos no se hallará una sola obra que no vaya directamente encaminada a la gloria de Dios a la salvación de las almas. Mucho me engaño si no es verdad que cualquiera, si se toma la tarea de leer atentamente las homilías de este divino varón, hallará en ellas tanta fragancia de santidad como abundancia de elocuencia.

Y si del martirio se trata, veremos que ni esta palma le faltó al Crisóstomo. Porque, habiendo incurrido en el odio de los malvados por el continuo ejercicio de las virtudes cristianas, y por la misma causa sido acusado injustamente, condenado y expulsado al destierro, fácilmente nos persuadiremos que es y puede llamarse mártir, aunque no padeciera muerte por la fe y de parte de un príncipe infiel. Por eso, a mi juicio, dijo con razón Casiano³⁷: *Su santidad, sin el torbellino de una persecución de gentiles, llegó a los méritos del martirio*. Y, a la verdad, no son pocos en la Iglesia los celebrados por mártires, con ser su martirio o menos claro, o, ciertamente, no más que el del Crisóstomo. San Canuto, rey de los Daneses, es celebrado como mártir porque fue muerto por sus súbditos, cuyos odios se había atraído sobre sí por gobernar piadosamente su reino. Tal odio de los malvados suscitó contra sí también el Crisóstomo por sus piadosas y santas obras y por la recta instrucción y corrección de su rebaño. San Martín I, Papa, es honrado como mártir porque murió en el destierro, consumido de trabajos. Así murió también el Crisóstomo en el destierro, y lo que es más, con muerte acelerada por los excesivos trabajos del camino.

Tuvo, pues, nuestro santo la causa del martirio semejante a la de San Canuto y otros muchos, el ejercicio de las virtudes relacionado con la causa de la fe, y una muerte semejante a la de San Martín, Papa y mártir, y otros no pocos en números. Por eso, tal es mi opinión, no dudará del martirio del Crisóstomo quien quisiere leer atentamente y confrontar con las Actas de su vida lo que extensa y eruditamente diserta acerca del martirio y su causa nuestro santísimo padre Benedicto XIV en su obra de la canonización de los siervos de Dios, libro III, capítulo XI y siguientes. Prudentemente se omitió, sin embargo, el título de mártir, tratándose del Crisóstomo, por no podersele atribuir sin infamia de muchos y grandes varones, y porque, en realidad poco o nada pudiera aumentar la gloria del santo ³⁸.

ELOCUENCIA DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Sobre la elocuencia de San Juan Crisóstomo nos contentaremos con aducir aquí el elogio del celebrado crítico Bernardo de Montfaucon, benedictino, en el prólogo a las obras del santo ³⁹. Hablando de la dificultad de reunir las obras del santo, “son, dice, una biblioteca, no un libro, los opúsculos, comentarios y cartas de tan insigne Doctor...” Sin embargo, añade poco después, por grande que sea el trabajo, se emprende con gusto tratándose de San Juan Crisóstomo. Doctor tan ilustre, orador consumado que *hermoseó la doctrina del Cristianismo con los atavíos de la elocuencia más que ningún otro*, ya de los que le precedieron, ya de cuantos florecieron después de él... Presbítero en Antioquía por doce años, obispo en Constantinopla por cinco o seis, nunca cesó de predicar y arrebató en pos de sí la admiración de todo el Oriente. Bien se presentara con preparación, bien sin ella, todo lo hallaba hecho, usando siempre de aquella manera de hablar que había de ser más a propósito para persuadir. Su método más tiene de elegancia natural que de artificiosa diligencia; cuando se vale del arte, de tal modo lo atempera, que siempre queda oculto el artificio y la traza que se da para redondear el discurso. Le fluye expedita y abundante la palabra, llena de hermosura y de encanto; de modo que le cae admirablemente el verso de Homero:

Más dulce que la miel su voz fluía.

“En claridad a nadie cede, si no es que los supera a todos. *En la invención*, que nace de la felicidad del ingenio, *deja atrás, con mucho, a todos cuantos oradores han existido hasta ahora*. Da vueltas al asunto de mil maneras inesperadas, y se encamina a su fin por donde nadie lo hubiera adivinado; y esto, con tanta libertad y soltura, que, bien mirada la cosa, se creará que no pudo dirigirse al término propuesto por ningún otro camino, ni con rumbo más feliz. Pero como nada engendra la Naturaleza absolutamente perfecto y el arte nada produce acabado en todos sus perfiles, una cosa hallamos, acaso, digna de represión en nuestro orador, y es la abundancia de tropos y semejanzas, que redundan, a veces, hasta el hastío. Pero de esto más se debe culpar al siglo en que vivió que al mismo Crisóstomo... Excitó las lágrimas como quiso, enmendó los vicios, aumentó la fe cristiana y derrotó a judíos y herejes. Ni fue menor su mérito en la dialéctica que en la oratoria; y esto no podrá menos de confesarlo quien quiera que diligentemente hubiere leído sus discursos contra los Anomeos y contra los judíos, en los cuales disputa agudísimamente y de tal manera urge a sus adversarios con la fuerza de su raciocinio, que no les queda camino por donde escapar...”

Palabras de tanto encomio prueban cuán excelentemente obtuvo el Crisóstomo en sus homilías el triple fin que debe pretender la elocuencia: que la verdad se patentice, agrade y mueva el corazón.

Como homileta, dice Altaner ⁴⁰, el Crisóstomo se esfuerza en explicar el sentido histórico de los textos bíblicos según los principios de la Escuela de Antioquía. Ningún otro Padre de la Iglesia ha desentrañado el texto sagrado de una manera tan profunda y práctica a la vez. Hoy mismo se leen sus homilías no sólo con gusto y con provecho, sino aun con pleno asentimiento a su contenido exegetico, lo cual no siempre ocurre con los sermones de los Padres, incluso el mismo San Agustín.

Entre las exposiciones del Antiguo Testamento se han tenido siempre en singular estima las homilías sobre los salmos; y entre las del Nuevo se da palma, de común acuerdo, a las homilías de la Epístola a los Romanos. La más excelente de sus obras, dice Cornely I (237) son las homilías sobre las epístolas Paulinas, y no sin razón enseñan muchos que ni entre los Padres ni entre los teólogos modernos hay ninguno que haya alcanzado, y mucho menos superado, al Crisóstomo en explicar la profundidad Paulina.

Ya su discípulo San Isidoro Pelusiota⁴¹ era de sentir que, sobre todo en la exposición de la Epístola a los Romanos, acumuló mil tesoros la sabiduría del Crisóstomo. “Yo tengo para mí (nadie crea que lo digo por lisonja) que si el divino Pablo hubiese tenido que expresarse en lengua ática, no lo hubiera hecho de otro modo que este célebre maestro. ¡Tanto campea su interpretación, ya por el fondo, ya por la hermosura de la forma y la propiedad de la decisión!”. Este juicio ha sido repetido con frecuencia. Hasta en nuestros días. Ha dicho un juez tan autorizado como Willamowitz en Hinneberg hablando de su estilo⁴²: “Todos los Helenos de su siglo no son otra cosa que bárbaros comparados con este cristiano de Siria, cuyo estilo merece compararse con el de Demóstenes.”

Ya a mediados del siglo X escribía Suidas en su *Léxikon* acerca de Juan de Antioquía, por sobrenombre *el Crisóstomo*: “Su palabra se despeñaba más sonora que las cataratas del Nilo. Nadie, desde que el mundo es mundo, ha tenido una facundia semejante, en la que era tan rico que sólo él, con harta razón, mereció un áureo y divino nombre, el sobrenombre de *Boca de Oro y Predicador Divino*.”

En la literatura posterior, dice Bardenhewer, cada vez fue más raro el nombre de Juan, quedándole, acaso desde el siglo V, el de Crisóstomo. Aun hoy se estima el Crisóstomo como príncipe de los oradores de la iglesia oriental y en Occidente sólo Agustino puede, como homileta, comparársele. Mucho más que Agustino desplegó el Crisóstomo en el púlpito su principal actividad, pero es un tipo esencialmente diverso. Le embelesa y arrastra no la teoría, sino la práctica; no la ciencia, sino la vida. Sólo movido por circunstancias de fuera debate cuestiones dialécticas o especulativas, pues le absorbe toda la solicitud pastoral y la salvación de las almas. Agustino, empero, señalase también como teórico en este campo de la elocuencia eclesiástica. El Crisóstomo, fuera de ligeras observaciones, sólo en algunos párrafos de su obra *De Sacerdotio* (en especial libros IV y V) expresó sus principios homiléticos al hablar de la alteza y dificultad de la predicación. Es verdad que en punto a doctrina jamás se contradijeron ni opusieron orientales y occidentales; pero en la práctica, ¡qué diversidad tan grande! Aun mirada sólo la extensión, ¿qué tiene que ver la brevedad de San Agustín con la longitud del Crisóstomo? ¡Este que ha menester dos horas, y aquél que en un cuarto de hora despachaba! El predicador de Agustino demandaba del orador y de

los oyentes disposiciones muy diversas del predicar del Crisóstomo. Aquél suele exponer un tema concreto con rigurosa lógica, y sin perderle nunca de vista, va siempre adelante, y a veces de una manera tan abstracta, que los oyentes no pueden seguirle sin fatiga. El Crisóstomo, por el contrario, arrastrado por la impresión del momento, se desvía gustoso de su fin para coger las flores que se ofrecen al paso; cansa menos porque recrea más. Muchos de sus sermones se componen de trozos del todo independientes. En la misma demostración de la verdad el método del Crisóstomo es mucho menos pesado. Agustino apenas si se atreve a pararse en ejemplos y comparaciones. El Crisóstomo está persuadido que alcanzará más con semejanzas que con disquisiciones teóricas, y en realidad, tiene una destreza incomparable, en sentir de todos, para declarar, por vía de imágenes, los conceptos más profundos y para sacar imágenes de todo lo que le rodea. Ciertamente que Agustino agrada más a los inteligentes con la brillantez de sus antítesis, la agudeza de los conceptos, los juegos de vocablos; figuras y atavíos retóricos que en el Crisóstomo hacen un papel muy secundario. Es éste, en conclusión, un orador mucho más de circunstancias (en el buen sentido de la palabra) que Agustino; mayormente en el exordio y la peroración saber sacar partido facilísimo del momento, lograr la ocasión y servirse de las coyunturas favorables. Lo que sube de punto al Crisóstomo es la consonancia y equilibrio entre la ciencia y la vida, entre la cabeza y el corazón. *Jamás ha habido, por ventura, quien haya interpretado el sagrado texto con tanta solidez y discreción, con tal solicitud, y por decirlo así, tan secamente y al propio tiempo con tanta profundidad y con aquella gracia y delicadeza necesarias para que la palabra de Dios fructificase en todos los actos de la vida cristiana.* En la historia del dogma de la Sagrada Eucaristía tiene el Crisóstomo renombre especial, y solemnemente se le ha llamado *Doctor Euchristiae*. Los testimonios fehacientes son sin cuento, y muy fijos y determinados. Señalando el altar, exclama: “Cristo está ahí muerto”⁴³. “Su cuerpo está ahí delante de nosotros”. (58,567). “Lo que está ahí en el cáliz es lo mismo que salió del costado de Cristo.” (61,200) “Piensa, hombre la víctima que tomas en las manos (tomábase entonces la comunión con la mano derecha) y a qué mesa te acercas. Pondera que tú, polvo y ceniza, recibes la sangre y el cuerpo de Cristo.”⁴⁴.

Finalmente, la Santa Sede ha preconizado a San Juan Crisóstomo como Patrono y modelo de los predicadores católicos. Así lo declaró la Santidad de León XIII el 4 de julio de 1880 a petición de Monseñor Degiovanni y Monseñor Tripepi, diciendo: “Para responder a vuestros deseos, ponemos a los oradores sagrados bajo la tutela y patrocinio de San Juan Crisóstomo, Doctor de la Iglesia, *a quien proponemos como ejemplar que todos imiten*. El es, como a todos es manifiesto, *el primero de los oradores cristianos*. El áureo río de su elocuencia, su invencible fuerza, la santidad de su vida, la celebran con sumas alabanzas todas las naciones”. El 22 de julio de 1907 Su Santidad Pío X exhortó a celebrar el 15.^o centenario de la muerte del santo Doctor, y recordó sus admirables méritos ⁴⁵.

Por último, el 8 de julio de 1908 “con su autoridad apostólica lo declaró celestial Patrono de los oradores sagrados” ⁴⁶. Este ha de ser, pues, el modelo que debe seguirse en proponer la divina palabra.

1. Esta fecha parece la más probable por las razones que alega Juan Stilting, S.I., *Acta Sanctorum*, Sept., die 14, núms. 37-43.

2. Cf. *De sacerdotio*, II, 8.

3. *Ad vidman inmioren*. M.G. 48, col. 601.

4. V. Stilting, n. 49.

5. M.G. 52, col. 579.

6. Stilting, n.º 56.

7. Ca. 371. Stilting, 56, 57.

8. Stilting, n. 119. Cf. 53 sqq.

9. *De Sacerdotio*, I, 1: cap. v.

10. Stilting, n. 100-102.

11. Stilting, n. 164.

12. Epist. 221.

13. Epist. 120 a Teodora.

14. Epist. 236.

15. Epist. 121.

16. Ep. 14, n. 3.

17. Stilting, 1266.

18. Ep. 69.

19. Ep. 123, 126, 54, 51, 53, 21, 55, 28, 175.

20. Ep. 221.

21. Ep. 13, n. 5; Ep. 206, 207.

22. Ep. ad Innoc. M.P.G. LII. 536.

23. Paladio. M.P.G. 47, col. 38:

24. Cf. Stilting, 1.340.

25. Paladio, cap XI, col. 38.

26. Stilting, n. 1343.

27. Stilting, n. 1343.

28. Stilting, 1.344-1.352.

29. Job., 5, 26.

30. Paladio, cap. XI, col. 38-39.

31. Theodoret H.E.M.P.G., 82, 1.264-1.265.

32. Ita Steidle, O.S.B. *Patrologia*, § 35.

33. Stilting, n. 1466.

34. Stilting, 1.486-1.503.

35. N. 1.473.

36. Cf. n. 1.475.

37. *De Incarnatione*, c. XXX.

38. Stilting, 1. c., n. 1.476, 1.477, coll. cum. 1.473-1.475.

39. M.P.G., 47, VII.

40. § 69.

41. Epist. V, 32.

42. *Die Kultur der Gegenwart*, Berlín, 1905; pág. 212.

43. 449, 381 y 390.

44. 49, 361.

45. *Acta Sanctae Sedis*, T. XL, 453-455.

46. *Acta Sanctae Sedis*, T. XLL, págs. 594-595.

CARTAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO Y ALGUNAS OTRAS RELATIVAS A SU DEPOSICION Y DESTIERRO

ADVERTENCIA

Con razón dice el padre Bernardo de Montfaucón (a) (1655-1741), de la Congregación Benedictina de San Mauro, editor de las obras de San Juan Crisóstomo, que la colección de cartas de este santo Doctor debe contarse entre los más insignes monumentos eclesiásticos. En ellas encontramos las más exactas y seguras noticias sobre el gran cisma de la Iglesia oriental acaecido en su tiempo y acerca de su doble destierro; en que tanto tuvo que sufrir, arrebatado de su Iglesia y arrastrado por un grupo de soldados a través de países bárbaros e inhospitalarios a una región glacial, cuyos fríos apenas podían tolerar los jóvenes robustos, cuanto menos un anciano de constitución débil y enfermo además. En ellas nos refiere las hambres, privaciones, incomodidades, fríos, abandonos, fiebres y molestias de todo género que tuvo que soportar y los miedos a las feroces invasiones de los bárbaros y forajidos Isauros, que eran una amenaza constante, porque ya muchas veces lo habían llevado todo a sangre y fuego. Y, no obstante tan triste y angustiosa situación la llevó con tanta valentía, que, lejos de acobardarse, le sobraron aún bríos para colmar de consuelo y esfuerzo con sus cartas a otros muchos perseguidos, despojados, encarcelados y expulsados por ser fieles a él y a la Iglesia de Dios, especialmente a su venerada Diaconisa Santa Olimpiada, a quien escribió las más largas y elocuentes.

Sobre el cisma tenemos muchas noticias, especialmente en las dos cartas que dirigió al Sumo Pontífice San Inocencio I, y a los obispos, presbíteros y diáconos encarcelados por permanecer fieles a su legítimo Pastor y rechazar a los intrusos, y en las dos cartas de San Inocencio al Crisóstomo y a su clero. Escribióla primera a San Inocencio poco después de la Pascua del año 404, antes de partir al segundo destierro, porque va narrando por orden cronológico todos los acontecimientos que sucedieron desde la llegada a Constantinopla de su mortal enemigo Teófilo, patriarca de Alejandría: el conciliábulo de la Encina, en que le depusieron Teófilo y sus adláteres; su primer destierro y su restitución; las nuevas persecuciones y acusaciones hasta conseguir desterrarlo otra vez; la violenta irrupción en la Iglesia y en el bautisterio; aquí pone fin sin añadir palabra de los gravísimos sucesos que a continuación sobrevinieron. Por eso con razón dijo el cardinal Baronio en las notas de sus *Anales*, al año 404: “Narrando como narra todas las cosas acaecidas y disponiéndolas por orden de tiempo y llegando en su relación a lo sucedido el gran Sábado, al no decir nada de los gravísimos sucesos que inmediatamente siguieron, claramente da a entender que escribió esta carta en el mismo tiempo en que sucedió lo que en ella narra.” Escribióla, pues, a continuación de la Pascua del año 404, pues en ella dice: *Cuando amaneció el día toda la ciudad emigró fuera de los muros a los bosques, celebrando allí el día de fiesta como ovejas dispersas.*

La segunda carta a San Inocencio se la envió en el tercer año de su segundo destierro, como él mismo lo dice al fin de ella. Fue arrojado a este destierro en junio del 404. Escribióla, pues, a fines del 406. En ella se dirige no sólo al Papa San Inocencio, sino también a varios obispos que le acompañaban o vivían cerca. Dales las gracias por su constante caridad para con él y por el gran empeño que ha puesto en apaciguar tan violenta tempestad.

La carta de San Inocencio a San Juan Crisóstomo, conservada por Sozómeno, es toda consolatoria y está llena de obsequiosa caridad. Trata brevemente de la paciencia en las adversidades y de la corona que le está reservada.

La carta de San Inocencio al clero de Constantinopla es respuesta a otra del mismo clero y pueblo traída a Inocencio por el presbítero Germán y el diácono Casiano. En ella deplora Inocencio las calamidades de la Iglesia oriental, y dice que para remedio de estos males se

necesita celebrar un Concilio y muestra su ardiente deseo de que se reúna uno ecuménico.

A esta misma causa del Crisóstomo se refiere también la carta que el emperador de Occidente, Honorio, escribió a su hermano Arcadio, que reinaba en Oriente, sacada de un códice vaticano y publicada por el cardenal Baronio. Comienza Honorio hablando de la estatua de la emperatriz Eudoxia, que, a título de tributarle honores, iban conduciendo de provincia en provincia. Es el caso que habían erigido y colocado una estatua de plata sobre un pedestal y una columna en la plaza pública enfrente del templo de Santa Sofía, celebrando allí juegos y espectáculos públicos, los cuales, al paso que dejaban mucho que desear en moralidad, como en tales casos suele acaecer, apartaban a los fieles de las colectas o reuniones sacras y de otros ejercicios piadosos. No pudo sufrirlo el celoso Pastor, y como solía levantó su elocuente voz contra tales abusos, después, no obstante, según asegura Teófanés, de haber avisado al prefecto de la ciudad de los inconvenientes que suelen traer esos espectáculos. Pero era este prefecto hereje Maniqueo, y en vez de suavizar asperezas con la emperatriz, la exasperó en extremo, diciéndole que Juan no podía tolerar que se rindiesen honores a su estatua, con lo cual se enfureció ella de tal suerte, que comenzó a maquinarse de nuevo la perdición de Juan, agenciando la reunión de un nuevo sínodo de obispos contra él. La carta es una invectiva de Honorio contra los enormes desmanes cometidos en Constantinopla cuando la inicua deposición de San Juan Crisóstomo. Quéjase en ella de que se hayan manchado con sangre humana los altares y el bautisterio, desterrado a los sacerdotes y arrojado de su Iglesia y de la ciudad de su mismo Prelado, y atribuye a castigo divino la irrupción y devastación del Ilírico por los hunnos ocurrida aquel mismo año. Las dos epístolas consolatorias escritas por San Juan Crisóstomo desde el destierro a los Obispos, Presbíteros y Diáconos encarcelados por su piedad, son dos piezas oratorias elocuentísimas.

**A INOCENCIO, OBISPO DE ROMA A MI SEÑOR
REVERENDÍSIMO Y PIADOSÍSIMO INOCENCIO,
JUAN SALUD EN EL SEÑOR**

Aun antes de recibir mi carta creo que habría llegado a los oídos de vuestra piedad lo que aquí ha osado perpetrar la iniquidad. Porque, es tal la magnitud y gravedad de las cosas, que apenas habrá quedado región alguna del mundo adonde no haya llegado la noticia de la tragedia. La fama de los sucesos, extendida hasta los últimos confines de la tierra, ha levantado en todas partes lamentos y alaridos. Pero como no basta llorar, sino qué es preciso aplicar los remedios y ver la manera de apaciguar esta gravísima tempestad de la Iglesia, he creído necesario persuadir a mis venerables señores y piadosos Obispos Demetrio, Pansofio, Pappo y Eugenio que, dejando sus propias iglesias, se den a la más, y emprendiendo tan largo viaje, se dirijan presurosos a vuestra caridad para enterarle de todo, a fin de que venga el socorro lo más pronto posible. Hemos enviado en su compañía a nuestros venerables y amados Diáconos Pablo y Ciriaco, y también. Nos daremos cuenta a vuestra caridad de lo acaecido por medio de carta, porque aquel Teófilo que fue creado Obispo de la Iglesia de Alejandría, que habiéndole ordenado el piadosísimo emperador, que había recibido contra él algunas denuncias, que compareciese solo, se presentó aquí acompañado de una gran multitud de Obispos con cuyo alarde quería dar a entender que venía en son de guerra, y habiendo llegado a la grande y religiosa ciudad de Constantinopla, no entró en la iglesia, conforme al uso y costumbre antigua, ni se acercó a mí, ni quiso tomar parte en nuestra conversación, oraciones y comunión, sino que en cuanto desembarcó, pasando de largo por delante de los vestíbulos de las iglesias, se hospedó en un sitio de las afueras, a pesar de haberle yo suplicado muy encarecidamente que así él como todos los que le acompañaban viniesen a hospedarse en mi casa, pues había en ella preparadas habitaciones bastantes y todo lo demás que hacía al caso; pero ni ellos ni él hicieron caso alguno, demostración que nos causó grandísimo disgusto, y a pesar de que no se nos ocurría motivo alguno de semejante enemistad, lo obsequiamos como era razón, y le rogamos muchas veces que se dignase tratar y conversar con Nos y manifestarnos la causa por qué ya desde el principio desencadenaba tan grande tempestad e introducía la discordia en tan ilustre

ciudad. Mas como no quisiese decir la causa y me urgiesen a mí sus acusadores, llamóme el piadosísimo emperador y me ordenó presentarme ante él y oír los delitos que a él se le ofrecían. Porque me acumulaban invasiones, muertes y otros muchos crímenes. Pero Nos, teniendo en cuenta las leyes de nuestros padres y por deferencia a él mismo, pues conservaba cartas suyas en que decía que en cada provincia se debían ver las causas tocantes a ellas y nunca sacarlas fuera de sus propios límites, nos negamos resueltamente a tomar a nuestro cargo semejante causa. Más el, añadiendo el colmo a sus anteriores atrevimientos y haciendo gran alarde de una autoridad que no tenía, hizo llamar a mi arcediano, como si estuviese ya la Iglesia viuda y sin Pastor, y se ganó por su intermedio a todo el clero. Eran de ver las iglesias más desiertas cada día, como privadas de sus clérigos que se iban llevando para aleccionarlos contra Nos y que fueran ellos mismos los acusadores que presentasen contra Nos los libelos acusatorios. Dio luego otro paso más, llamándonos a su tribunal, cuando aún no se había él purgado de los muchos crímenes de que había sido acusado, lo cual era una infracción manifiesta de todos los cánones y leyes.

2. Por qué el Crisóstomo no quiso comparecer ante Teófilo y sus partidarios.—Más constándonos que íbamos no a un juez —que si tal fuera mil veces habríamos ido—, sino a un encarnizado enemigo, como se ve por lo que antes y después ha hecho, le enviamos una comisión formada por los Obispos Demetrio de Pesinunte, Eulisio de Apamea, Lupicino de Apiaria y a los presbíteros Germán y Severo, y le respondimos modestamente, según nuestra costumbre, que lo que Nos recusábamos no era el juicio, sino un enemigo público y manifiesto. Pues quien antes de recibir libelo alguno de acusación contra nosotros ya, por sí y ante sí, se apartó de las preces y comunión de la Iglesia, ¿cómo ha de ser juzgado apto para subir al trono de juez, que de ninguna manera le pertenece? Porque ¿qué ley es que los de Egipto juzguen a los de Tracia, y menos él, que está encausado, de modo que a un tiempo es enemigo, adversario y reo? Más él, sin respeto a ley alguna, anhelaba únicamente poner por obra lo que en su imaginación había trazado. Habiéndole, pues, representado que estábamos dispuestos a deshacer las acusaciones y demostrar delante de ciento y de mil Obispos que somos inocentes, como en realidad lo somos, no atendió

a razones, sino que, a pesar de hallarnos ausentes y de haber apelado a un sínodo y exigido un legítimo juicio, recusando no un tribunal, sino un declarado y manifiesto enemigo, él, no obstante, oyó a los acusadores, absolvió a los que yo había excomulgado y recibió libelos de gentes que no se habían purgado aún de sus crímenes y mandó levantar actas; cosas todas que iban abiertamente contra los cánones y las leyes. Pero ¿a qué amontonar más cargos? No cesó en sus maquinaciones y manejos hasta conseguir echarnos violentamente, y por cierto muy avanzada ya la noche, en medio de las cariñosas demostraciones y acompañamiento del pueblo. Sacado, pues, por el Pesquisidor, arrastrado por medio de la ciudad y arrojado en una embarcación, hube de navegar de noche por el atroz delito de haber apelado a un sínodo y a un juicio justo. ¿Quién puede oír sin lágrimas tales cosas, aunque tenga corazón de piedra?

3. Comportamiento del Crisóstomo de vuelta de su primer destierro, y lo que tuvo que sufrir. Violenta irrupción en la Iglesia.—Mas como los daños causados, según antes decía, no basta deplorarlos, sino que es preciso remediarlos, por eso suplico a vuestra caridad que se compadezca y haga cuanto pueda para atajar tamaños males. Pues sus autores, no contentos con las primeras fechorías, han añadido otras mayores, porque, luego que el piadosísimo emperador arrojó de la Iglesia a los que tan insolentemente la habían invadido, y muchos de los Obispos que presentes se hallaban, en vista de tan inicua invasión y asolador incendio que todo lo abrasaba, huyeron despavoridos a sus tierras, y Nos, a ruegos y persuasión de treinta Obispos y del Notario Imperial enviado *ad hoc*, fuimos de nuevo llamados a la ciudad e Iglesia, de donde tan injusta y violentamente nos arrojaran; él huyó repentinamente. ¿Y cuál fue la causa y el motivo? Porque yo apenas llegué rogué al religiosísimo emperador que reuniese un concilio en que todos estos desmanes recibieran el merecido correctivo. Remordiéndole a él la conciencia, y temeroso de la reprensión y castigo, viendo que las letras imperiales se enviaban a todas las poblaciones para que acudiesen a la asamblea de todas partes, puso tierra de por medio, y ocultamente, y a favor de la oscuridad de la media noche, subió a una nave y se escapó con todos los suyos.

4. Nos, en cambio, fiados en nuestra inocencia, no cejamos en nuestro empeño., sino que insistimos con el religiosísimo príncipe

para que reuniese el sínodo. El cual, según su gran piedad, envió mensajeros, llamándolos de Egipto a él y a todos los que se hallaban en su compañía, a fin de que dieran cuenta de lo hecho y no fueran a creer que lo que ellos, presente una sola de las partes, y en ausencia nuestra, tan injustamente habían atentado contra los cánones, bastaba para justificación suya. Pero él no sólo hizo caso ninguno del rescripto imperial, sino que permaneció en su domicilio so pretexto de una sedición popular, que no fue más que una asonada callejera e intempestiva de sus partidarios, mientras que también allí lo insultaba el pueblo todo con dicterios aun antes de recibirse el imperial rescripto. Pero no es nuestra intención referirlo todo por menudo, sino que sólo hemos traído esto para que se vean los criminales conatos en que ha incurrido.

No cejamos Nos, ni nos cansábamos, sino que procuramos con todo empeño, suplicándonoslo así al emperador, que se celebrase un juicio en que cada parte compareciese como acusadora y como rea. Que estábamos dispuestos a demostrar que no éramos reos de crimen alguno, y que ellos, en cambio, eran los más viles transgresores de las leyes. Y como habían permanecido aquí los sirios, que habían tomado parte en su conciliábulo y en todo lo en él ejecutado, fuimos a ellos, dispuestos a dar razón de nuestra conducta, y repetidas veces les hablamos, suplicándoles que se dignasen darnos copia de los puntos de acusación y de las actas levantadas, o indicarnos, al menos, qué crímenes nos imputaban y quiénes eran los acusadores; pero sin lograr otra cosa que ser de nuevo echados de nuestra Iglesia. ¿Cómo narrar lo que entonces sucedió y excede en horror a todas las tragedias? ¿Qué lengua podrá explicarlo, qué oídos oírlo sin horror? Porque prosiguiendo Nos en nuestro empeño, en el mismo gran Sábado un puñado de soldados, entrando osadamente al punto de anochecer en las iglesias, arrojó violentamente a todo el clero y cercó con gente armada el santuario. Las mujeres, que a la sazón se habían desnudado para el bautismo, huyen despavoridas ante semejante incursión, sin que se les diese tiempo para cubrirse honestamente, y con muchas heridas, además, varias de ellas, de manera que quedaron ensangrentadas las piscinas y las sacras fuentes enrojecidas con la humana sangre. Y no acabó aquí la tragedia. Pues hasta los sitios en que se guardaban escondidas las cosas santas penetraron los soldados, algunos de los cuales consta que no estaban iniciados a los misterios, y

estuvieron viendo todo lo que había dentro. Aún más, hasta en los vestidos de dichos soldados, llegó a derramarse la santísima sangre de Cristo, como suele suceder en semejantes tumultos; y todo sucedía como si estuviéramos cautivos en tierra de bárbaros, porque el público huía a la soledad, y más de cuarenta Obispos que habían seguido en comunión con nosotros eran expulsados, y a causa de tan horribles crímenes en todas partes, por calles y plazas, en las casas y en los campos y en los distritos todos de la ciudad, todo eran llantos y gemidos, alaridos y lágrimas, hasta el extremo de que no sólo los damnificados, sino aun los que ningún desmán tenían que lamentar entre sí o en los suyos, hacían causa común con nosotros mostrándonos su sentimiento, y, como si a viva fuerza hubiera sido tomada la ciudad, todo era alboroto, pavor y llanto. Tanto osaron sin poder escudarse con fallo ni sentencia alguna del piísimo emperador, a media noche, a ciencia y paciencia de los Obispos, más aún, dispuesto y ordenado por ellos, que acaudillaban en muchos puntos las turbas, sin tener empacho alguno de abrir la marcha con alféreces en lugar de diáconos. Mas, así, que amaneció Dios, toda la ciudad se lanzó *extra-muros*, emigrando a los bosques para celebrar allí los sagrados misterios de la gran fiesta como ovejas dispersas y sin pastor.

5. De esto puede Su Santidad colegir lo demás, pues es imposible contar por menudo lo ocurrido. Pero lo peor es que no solamente no se le ve fin alguno a tanto mal, sino que ni asoma siquiera un rayo de esperanza de que acaben, antes van en aumento cada día, y nosotros estamos hechos la fábula y la irrisión de todo el mundo; mas no, que ninguno ríe por perverso que sea, sino que lloran todos, contemplando maldad tan inaudita y colmo de todos los males.

5. Perturbación de las cosas eclesiásticas en Oriente.—Mas ¿quién será capaz de contar las perturbaciones de las demás Iglesias? Porque no se limitó el mal a esta ciudad, sino que llegó hasta el extremo Oriente. Pues así como los malos humores que provienen de la cabeza inficionan todos los miembros, así también los tumultos iniciados en esta gran ciudad van insensiblemente fluyendo como de fuentes a todos los pueblos, y por doquier se levantan clérigos contra Obispos, y cunde de día en día la división y el cisma entre un pueblo y otro pueblo, y se está viendo venir en todas partes un diluvio de males y la ruina y destrucción del orbe entero.

Por tanto, muy venerados y piadosísimos señores míos, cuando estas cosas lleguen a vuestra noticia, poned todo el empeño y diligencia en reprimir esta iniquidad que ha caído sobre la Iglesia. Porque, de lo contrario, si esta costumbre llega a prevalecer y propagarse, de manera que cada cual pueda impunemente invadir la jurisdicción ajena, y esto aun a tan largas distancias, y arrojar a quien bien le parezca, y hacer por sí y ante sí cuanto quisiere, tener por cierto que pronto estará todo trastornado, y el orbe entero se verá envuelto en implacable guerra, echados todos y todos echando a los demás. Para que no cunda, pues, semejante confusión por todas las naciones que hay debajo del cielo, te suplico que decretes y escribas que todas estas cosas, tan inicuaamente ejecutadas por una sola parte, estando Nos ausentes y no recusando el juicio, no tienen fuerza ni valor alguno, como en hecho de verdad y por su misma naturaleza no lo tienen, y que aquellos que han sido cogidos en tan gran iniquidad sientan sobre sí todo el peso de las penas que las leyes eclesiásticas previenen; y a Nos, en cambio, que ni convictos hemos sido ni reprendidos, ni reos de crimen alguno, nos concedáis que sigamos gozando de vuestras cartas, de vuestra caridad y de la de todos los demás con quienes estábamos en comunión en tiempos anteriores. Pero si nuestros adversarios, que tan injustamente han obrado, persisten aún en inventar crímenes en virtud de los cuales injustamente nos arrojaron de nuestra sede, sin presentarnos ni actas, ni libelos, ni acusadores, con tal que se nombren jueces imparciales e incorruptos, nos presentaremos como actores y defenderemos gustosos nuestra causa, demostrando que no somos reos de los crímenes que nos imputan, sino completamente inocentes, y al mismo tiempo, que lo que ellos han hecho es contra todo orden, contra todas las leyes y todos los cánones eclesiásticos. Pero ¿qué digo cánones eclesiásticos? Ni en los juicios gentiles, ni en los tribunales de los bárbaros se han cometido jamás semejantes atentados; más aún, ni los Escitas ni los Sármatas han juzgado nunca que tiene potestad para fallar y sentenciar una de las partes litigantes, ausente la otra que es acusada, y trata de no impedir el juicio, sino de recusar a un enemigo manifiesto, que está invocando muchos millares de jueces y protestando delante del orbe entero; que probará que no es rea; que refutará todas las acusaciones y demostrará punto por punto su inocencia. Luego que entendiéreis de labios de mis señores y piadosísimos hermanos los Obispos que todo es, en verdad, como acabo

de exponéroslo, os suplico que hagáis en favor nuestro lo que os pidieren. Con lo cual haréis una cosa gratísima no sólo a mí, sino a toda la universal Iglesia y recibiréis el premio de Dios, que se digna hacer todo lo posible para la paz de las Iglesias. Ten siempre salud y ruega por mí, reverendísimo y santísimo señor.

A INOCENCIO, OBISPO DE ROMA, JUAN SALUD EN EL SEÑOR

Verdad es que nuestro cuerpo está en un solo sitio; pero las alas de la caridad vuelan por todo el mundo. Así es que, aunque estamos separados por tan largas distancias, pero no estamos ausentes, sino muy presentes cada día a vuestra piedad, porque con los ojos de la caridad estamos viendo vuestra fortaleza y el sincero afecto e inmutable constancia con que nos procuráis tan grande, perpetuo y duradero consuelo. Porque cuanto más se encrespan las olas, abundan más los escollos y las borrascas son más horrorosas; tanto sube de punto vuestro cuidado y vigilancia, sin que os hayan cansado ni la prolijidad de los viajes, ni tantos meses y años, ni la magnitud de las dificultades que lleva consigo este asunto, sino que imitáis la constancia de los buenos y expertos pilotos, que redoblan su vigilancia cuando el mar se embravece, se encrespan las olas, estalla la tormenta y en medio del día se ven envueltos en las espesas tinieblas de negra noche. Por lo cual os damos las más rendidas gracias, y nuestro deseo sería escribiros con gran frecuencia, lo cual nos serviría de grande consuelo y alivio. Pero no es posible, porque no lo permite la soledad del lugar y es muy difícil el acceso a Nos no sólo de los que de ahí vienen, sino aun de los que viven cerca, ya por la lejanía del lugar, pues estamos confinados en las extremidades de la tierra, ya también por la inseguridad de los caminos infestados por doquier de salteadores y forajidos, pues prueba evidente de que nuestro silencio no nace de incuria, es que, habiéndonos ofrecido ocasión de enviaros a nuestro carísimo Juan, Presbítero, y a Pablo, Diácono, nos hemos apresurado a escribiros, sumamente agradecidos de la benevolencia más que paternal que nos habéis mostrado. Pues en cuanto de vuestra piedad depende ya estaría todo apaciguado y remediado; quitados todos los escándalos, gozarían las Iglesias de tranquila y sincera paz, y vindicadas las leyes

y costumbres de nuestros mayores, estaría todo en la prosperidad más envidiable. Más como no ha sido así, sino que los mismos que cometieron aquellos desmanes intentan añadir otros mayores —y no es mi ánimo referir ahora por menor todo lo que entre tanto ha sucedido, porque esto excedería la medida no ya de una carta, sino de una historia entera—, suplico a vuestra vigilancia que, puesto que os habéis comprometido a curar su enfermedad (aunque ellos lo han llenado todo de tumultos y desórdenes, y padecen enfermedades incurables, y son incapaces de arrepentimiento), no cejéis ni os desaniméis en vista de tamaña empresa. Porque la lucha redunda en bien y provecho del mundo entero, de las Iglesias deshechas y postradas, de los pueblos dispersos, del clero vejado, de los Obispos desterrados y de las constituciones de nuestros padres violadas. Por tanto, una y otra vez requerimos vuestra vigilancia y que, cuanto mayor es la tempestad, mayor sea también vuestro cuidado y empeño. confiemos en Dios que se arreglarán algo las cosas, pero, si así no fuere, vosotros nada perderéis de la corona que Dios, en su misericordia, os tiene preparada, y los que se encuentran injuriados y oprimidos recibirán no poca consolación de vuestra fervorosa caridad. Porque también Nos, que llevamos ya tres años de destierro, entre hambres, peste, guerras, fiebres, continuos sitios, soledad increíble, muerte cotidiana, y espadas Isáuricas, hemos recibido gran consuelo de tan perseverante afecto y esfuerzo vuestro, y hemos sido maravillosamente recreados de vuestra benéfica y sincera caridad. Este es nuestro muro protector, este es nuestro seguro, este el venturoso puerto que nos pone a cubierto de las furiosas olas, este nuestro tesoro de innumerables bienes, y éste, en fin, el motivo de nuestra maravillosa alegría y placer inenarrable. Y aunque nos arrojaran a un sitio más desamparado aún que el actual, allá iremos también acompañados siempre de vuestra inagotable caridad.

A NUESTRO AMADO HERMANO JUAN, INOCENCIO

Aunque de Dios es de quien el inocente ha de esperar todos los bienes, y a su misericordia dirigir sus plegarias, todavía hemos querido escribiros exhortándoos a la paciencia, para que no sea más parte la afrenta para desalentaros que la buena conciencia para daros ánimos. Y, la verdad, que no había necesidad ninguna de enseñarte a ti,

Doctor y Pastor de tantos pueblos, que los más virtuosos y santos son siempre sometidos a asiduas pruebas, para ver si son constantes en sufrir con valentía sin dejarse vencer de las molestias y trabajos, ya que la buena conciencia es un muro fortísimo, contra las injusticias que nos hacen, a las cuales, si nuestra paciencia no sabe imponerse, da de sí malas sospechas, porque el que tiene puesta su confianza primero en Dios y luego en su propia conciencia, de buen grado debe tolerarlo todo, pues al hombre bueno podrán probarle y ejercitarle mucho la paciencia; pero vencerlo, nunca, porque tiene por escudo las sagradas páginas de las Santas Escrituras, que continuamente enseñamos al pueblo cristiano, las cuales abundan en ejemplos que sin cesar nos atestiguan que todos los varones santos fueron a menudo tentados de mil modos y probados como el oro en el crisol, y de este modo alcanzaron la corona de la paciencia. Sea, pues, hermano carísimo, el consuelo de tu caridad tu misma conciencia, que suele ser en las calamidades eficaz lenitivo del hombre virtuoso.

INOCENCIO OBISPO, SALUDA A LOS HERMANOS CARISIMOS, PRESBITEROS Y DIACONOS, Y A TODO EL CLERO Y PUEBLO DE LA IGLESIA DE CONSTANTINOPLA, QUE OBEDECEN AL OBISPO JUAN

Por la carta de vuestra caridad que, por conducto del Presbítero Germán y del Diácono Casiano, nos enviasteis, hemos visto con dolor el diluvio de males que en ella nos ponéis ante los ojos, y, repitiendo muchas veces la lectura, nos hemos dado cuenta de la difícil y angustiosa situación por que atraviesa la fe en esas partes, para la cual el único remedio posible es el consuelo que proporciona la paciencia, porque no tardará nuestro Señor en poner fin a tantos trabajos, y entonces nos alegraremos de haberlos pasado. Por cierto que al ver ya en el principio mismo de vuestra carta expuesto este mismo único motivo de consuelo, hemos reconocido y alabado, gustosos, vuestro propósito profundo en multitud de testimonios que recomiendan la paciencia, en tal manera, que la consolación que por nuestras letras debíamos daros ya vosotros os habéis anticipado a consignarlas en las vuestras. Porque suele Nuestro Señor conceder a los afligidos esta paciencia, a fin de que los siervos de Cristo se consuelen a sí mismos

con el pensamiento de que por ahí pasaron otros santos varones que tuvieron que soportar esas mismas pesadumbres e infortunios. Es más, nosotros mismos podemos consolarnos con vuestra carta, porque no somos ajenos a vuestro dolor, sino copartícipes de vuestra cruz. Porque ¿quién podrá tolerar los desmanes de aquellos que más obligados están a procurar la paz, tranquilidad y concordia? Ahora con perversísimo proceder se arroja de sus sedes a sacerdotes inocentes, tratamiento injustísimo de que ha sido la primera víctima nuestro obispo Juan, hermano y compañero nuestro en el ministerio pastoral, condenándole sin oírle; ni presentan contra él crimen alguno, ni tal cosa se oyó jamás de él. ¿Qué va pretendiendo con tan pernicioso proceder, que, haya o no ocasión de juicio, sustituyen a otros en lugar de los sacerdotes vivientes aún? ¿Crean, acaso, que habrá nunca quien juzgue que han obrado bien y justamente los que han dado comienzo por un crimen tan atroz?

Jamás hicieron tal cosa nuestros padres; cosa es esa claramente prohibida en el derecho, pues nadie tiene potestad para ordenar e introducir a otro en lugar de uno que aún vive, porque a un sacerdote no puede privarle de su dignidad ninguna perversa ordenación o decreto, ni es Obispo legítimo el que injustamente es entronizado en la silla del verdadero Pastor. Por lo que hace a los cánones, sólo se han de guardar los definidos en Nicea. Unicamente éstos tienen validez y se han de guardar en la Iglesia católica; y si se alegan otros diferentes de éstos y se ve que han sido hechos por herejes, todos los Obispos católicos tienen obligación de rechazarlos, pues es absolutamente ilícito atribuir igual fuerza que a los cánones eclesiásticos a los engendros heréticos, que tienden a anular por disposiciones contrarias lo que ordenaron los Padres Nicenos. Por tanto, no sólo decimos que no se ha de atribuir valor alguno a esos cánones (de un pseudosínodo por los Arrianos en Antioquía en 341 contra San Atanasio), sino que han de ser rechazados y condenados al igual de los dogmas cismáticos y heréticos, como lo hicieron ya nuestros predecesores los Obispos reunidos en el concilio de Sárdica (en 347). Porque peor es, honorables hermanos, atribuir fuerza y valor a lo hecho contra los cánones que condenar los que se han hecho rectamente.

Mas¿qué hemos de hacer al presente contra esto? Preciso es que conozca de esta causa un Concilio, y ya hemos determinado que se celebre pronto, porque sólo él puede apaciguar esta tempestad; para

conseguirlo, conducirá mucho que pongamos toda nuestra confianza en la providencia de Dios y de su Cristo. Porque todas las turbaciones que, para prueba de fieles, ha suscitado el demonio, se apaciguarán, no lo dudéis, si firmes y constantes en la fe, ponemos en el Señor una confianza sin límites. Entre tanto, Nos no cesamos en nuestras deliberaciones acerca del modo de celebrar un Concilio ecuménico para que, Dios mediante, cesen todas esas turbulencias. Aguardemos, pues, un poco, y fortificados con el muro de la paciencia, esperemos verlo todo restablecido con el auxilio divino. Todo lo que nos decís lo habíamos ya sabido preguntando a vuestros coepiscopos Demetrio, Ciriaco, Eulísio y Paladio, que en diversos tiempos habían venido a refugiarse en Roma.

CARTA DE HONORIO, EMPERADOR DE OCCIDENTE, A SU HERMANO ARCADIO, EMPERADOR DE ORIENTE

Aunque sobre la estatua de mujer paseada por las provincias con nuevo ejemplo y sobre la censura de los detractores extendida por todo el mundo os he llamado ya la atención en otras cartas, a fin de que, detestando el hecho y desistiendo de tal designio, vaya desapareciendo el odioso rumor y la pública voz no tenga nada que censurar en vuestra conducta, y aunque sobre la calamidad y asolamiento del Ilírico os di a entender con fraternal afecto cuánto sentíamos que no hayáis querido reconocer esos daños de la república y que hayan llegado a noticia nuestra por otro conducto y no por letras vuestras, sin embargo, tampoco podemos disimular a vuestra majestad serenísima lo que, no sin temor del público detrimento, no ha callado la voladora fama, pregonera siempre de calamidades, acerca de las cosas divinas, y, como lo lleva consigo la humana naturaleza, que siente comezón de criticar y, tomando ocasión de los nuevos sucesos, aguza su mordaz lengua, derramando el veneno de su perversa locuacidad.

Porque se ha dicho no hace mucho que en Constantinopla, en el sacratísimo día de la venerada Pascua, cuando la religión había reunido en un mismo sitio a todos los pueblos de las cercanías para mejor celebrar en presencia de los Príncipes los sagrados misterios, de re-

pende todas las iglesias católicas fueron cerradas y los sacerdotes encarcelados, y precisamente en el tiempo en que con amplísimo perdón suelen abrirse las tristes cárceles a los delincuentes fueron encerrados en lóbregos calabozos los ministros de una ley de gracia, de remisión y de paz: turbados como en el fragor de la guerra los sagrados misterios, asesinados algunos en el lugar santo, acometidos violentamente al pie de los altares, lanzados los venerables Obispos al destierro y manchados con humana sangre los sacramentos divinos (hiriendo y matando durante el bautismo).

Confieso mi turbación al saber de repente estas cosas. Porque ¿quién, al ver tan sangrientos crímenes, no temerá, augustos venerables, la ira del Omnipotente, o cómo podrá creer que semejantes desmanes se han perpetrado sin sumo daño del Imperio romano y de todo el mundo, sobre todo viendo ofendido con tan horrorosos y execrables crímenes al Autor mismo de nuestro Imperio y de la República, que El confió a nuestros ciudadanos, al Soberano Dios y omnipotente Gobernador del mundo? Porque tratándose de una causa de religión entre Obispos, a los Obispos correspondía juzgarla, pues a ellos toca la decisión de las cosas divinas y a nosotros acatar sus fallos con sumiso y religioso obsequio. Mas demos que en esas arcanas y misteriosas cuestiones llegara a propasarse algo la intervención del Príncipe; pero llegar con la impetuosa indignación hasta las heridas y las muertes, de modo que en el lugar de las devotas plegarias, de los sinceros votos y propósitos y de los santos sacrificios allí mismo se echase mano a las espadas, que no deben desenvainarse fácilmente contra los mismos criminales. Los sucesos mismos no están diciendo lo que acerca de esto sintió la Majestad Divina, y ésta ha sido ¹ la primera muestra de su ira y reprensión —que ojalá sea también la última—; pero todo hombre consciente de la suma gravedad de los perpetrados crímenes no puede dejar de temer, aun después de tan terrible venganza, castigos muchos mayores, que aparte de nosotros el Dios omnipotente. Oigo que la sacrosanta Iglesia, enriquecida con las dádivas de tantos emperadores, celeberrima por su arrogante construcción, sus estatuas y su culto, adonde tantos augustos Príncipes fueron a doblar sus rodillas suplicantes, ha ardido, y que ha permitido Dios que el más insigne monumento, la honra y prez de la ciudad de Constantinopla, haya quedado reducido a cenizas y humeantes ruinas, porque parece querer execrar los profanados arcanos y haber apartado

sus ojos de un santuario manchado con sangre humana, para que nadie pueda ya implorar allí la divina clemencia ante aquellos ensangrentados altares. Digo que también otros no menos espléndidos santuarios han sido abrasados, saltando a largas distancias la asoladora llama, y que los públicos monumentos, arcos, torres, palacios, estatuas y demás ornamentos con que nuestros mayores adornaron las calles y plazas han quedado carbonizados y ennegrecidos como si asistiéramos a los funerales del orbe.

Aunque lastimado con frecuentes ofensas y heridas, he venido disimulando y callando por largo tiempo, sin avisar de esto a hermano tan íntimo y copartícipe en el reino; hoy, sin embargo, anteponiendo los lazos de la sangre al oculto aguijón del sordo dolor, te aconsejo y exhorto a corregir, si es posible, estos desafueros con la sucesiva corrección y enmienda de las públicas costumbres, a fin de que así la divina ira, según por los castigos que se ve, muy irritada, se aplaque con el diligente obsequio del propósito de la enmienda futura.

Recibid de mí la insinuación más sencilla e ingenua. La razón de haber hecho esta indicación a vuestra clemencia ha sido para no engendrar en nadie con mi silencio la sospecha de que me congratulaba interiormente y daba mi aprobación a tales excesos, y que, a pesar de haber avisado antes muchas veces para evitar que tuviesen lugar, sin embargo, después de perpetrados, no he mostrado disgusto alguno por ello. Porque ¿quién que de cristiano se precie podrá ver sin dolor tan grande y repentina conmoción, que no puede menos de conmover al cristianismo entero? Había litigio entre obispos y debía fallarse en un Concilio. Al efecto, enviáronse de ambas partes legados a los sacerdotes de la Ciudad Eterna y a otros de Italia, y se estaba esperando el parecer de todos que diese la norma de la disciplina. Todo debía permanecer *in statu quo* y no innovarse nada hasta que, de repente, un extraño fuego de precipitación y apresuramiento inflamó de tal modo los ánimos, que ni se aguardó la contestación de los sacerdotes consultados por mutuo acuerdo de ambas partes, ni se vio ni examinó la causa siguiendo los ordinarios trámites, sino que, de repente, se envió al destierro a los Obispos antes castigados que juzgados y sentenciados. En una palabra, procedióse con tal precipitación y falta de madurez como se vio luego por la posterior sentencia, porque aquellos cuya autoridad se estaba aguardando juzgaron que se había de establecer la mutua concordia, comenzando por establecer al obispo Juan en la

pacífica posesión de su sede y conservarle en comunión con toda la Iglesia, de la cual no era lícito separar a ninguno antes de juzgarlo.

¿Y cuál ha sido el resultado de toda esa precipitación y desafuero sino desgarrar la unidad de la Iglesia, quedando los fieles católicos divididos en mil cismas, y que de tanta variedad de partidos broten multitud de herejías, enemigas siempre de la unidad y comunión eclesiástica, y que no pueda ya culparse al pueblo el que forme diversos partidos, pues la misma pública autoridad ha echado la semilla de la discordia y fomentado la sedición? Para que no se recrudezca, pues, esta llaga, con gran ruina y perdición del género humano, hemos de rogar y hacer a Dios votos para que, llevado en paciencia estos nuestros yerros, se sirva corregirlos y enmendarlos y conceder a nuestra mala gestión y desaciertos un suceso próspero y favorable. Pues lo que es de parte nuestra, buen motivo tenemos para temer por nuestros hechos; mas, si se mira la divina clemencia, siempre puede esperarse el perdón en vez del merecido castigo.

CARTA DE SAN JUAN CRISOSTOMO A LOS OBISPOS, PRESBITEROS Y DIACONOS ENCARCELADOS POR SU PIEDAD

Al principio de su destierro, año 404.

Encarcelados estáis, encadenados y reclusos en compañía de hombres escualidos y sucios. Mas ¿qué mayor honra podéis desear? ¿Qué vale una cabeza ceñida de imperial diadema comparada con unas manos encadenadas por Cristo? ¿Qué son los más espléndidos palacios parangonados con una tenebrosa cárcel, llena de horrores y hedor intolerable, sufrida por Dios? Por tanto, alegraos, ceñid coronas a vuestras sienes, saltad de alegría viendo la dicha inmensa que os granjean las molestias sufridas. Semilla son maravillosa anunciadora de riquísima mies; luchas son que os traen triunfos y coronas, navegación que reporta espléndidas ganancias. Alegraos y gozaos considerando estas cosas, reverendísimos y religiosísimos señores míos, y no ceséis en tiempo alguno de alabar a Dios, descargar fieros golpes al diablo y prepararos en el cielo inmenso galardón. *Porque no tienen comparación los trabajos de este siglo con la futura gloria que os espera en el cielo* (Rom., 8, 18).

Escribidnos con la mayor frecuencia posible, pues deseamos en gran manera recibir cartas de los encadenados por Dios en que nos contéis por menudo vuestros trabajos y aficiones. Gran consuelo será éste para Nos en este nuestro desierto.

CARTA DEL MISMO A LOS MISMOS

(Año 404)

Dichoso vosotros por las cárceles, por los grillos, por las cadenas; dichoso, repito, y mil veces dichosos. Os habéis ganado al mundo entero; aun a los ausentes, a los muy distantes, os los habéis hecho amigos. Por todas las tierras y por los mares todos resuenan cantos de loor a vuestros preclaros hechos, celebrando vuestra fortaleza, vuestra constancia y vuestro ánimo varonil. Nada por grave que parezca os arredró: no al tribunal; no al verdugo; no los mil géneros de tormentos; no las amenazas que os anunciaban mil muertes; no el juez que respiraba fuego; no los adversarios que rechinaban los dientes de furor y os tendían mil lazos y asechanzas; no las enormes calumnias; no las desvergonzadas acusaciones; no las muertes ante vuestros ojos cada día, sino que todas estas cosas más bien os proporcionaban materia de abundantísimos consuelos. Y por eso os coronan y celebran todos, no sólo los amigos, sino aun los mismos enemigos y atormentadores. Pues aunque por fuera no, pero si alguien penetra en sus conciencias verá que están llenos de admiración hacia vosotros. Porque la virtud es tal, que hasta sus impugnadores mismos la admiran, y tal la malicia, que hasta sus mismos autores la maldicen y condenan. Y si tan próspera es vuestra suerte en esta vida, ¿qué será en el cielo? Escritos están vuestros nombres en el libro de la vida; en el número de los mártires sois contados. Esto lo sé yo de cierto, no porque haya penetrado en el cielo, sino por los oráculos divinos. Porque si aquel Juan, el hijo de la estéril, el morador del desierto, al ver la ilícita unión de Herodes, aunque no pudo conseguir la corrección y enmienda del prevaricador, todavía lo reprendió, y habiendo sido por esta causa encarcelado y degollado, fue mártir y el primero de los mártires, vosotros, que habéis tomado a vuestro cargo el patrocinio y defensa de las leyes y constituciones de vuestros padres, que traspasan

algunos, y del sacerdocio, que invaden y contaminan, y padecéis esto no sólo por la verdad, sino también para que cesen las desvergonzadas calumnias, pensad cuán grande galardón recibiréis. *No te es lícito tener la mujer de tu hermano* (Mt., 14, 4) dijo aquel varón fuerte y sublime, y la confesión de esa verdad le bastó para usar de una tan estupenda libertad de reprender. Pues también vosotros habéis dicho: aquí tenéis nuestros cuerpos; pronto estamos a sufrir castigos, suplicios y tormentos; consumidnos, acabadnos con cuantos suplicios queráis; no podréis arrancarnos una calumnia; antes morir mil veces.

Pero no os han degollado. Peores cosas aún y mucho más acerbas habéis sufrido. Porque no es lo mismo perder la cabeza en un momento que luchar tan largo tiempo con los dolores, terrores, amenazas, cárceles, conducciones a los tribunales, manos de esbirros, sayones y verdugos, lenguas de calumniadores descarados, befas, insultos, mofas y escarnios. Porque también es éste un género excelente de lucha, y lo pone San Pablo en el número de los grandes combates. *Recordad*, dice, *los primeros días de vuestra conversión, en que, después de haber sido iluminados, sufristeis con valor admirable un gran combate de persecuciones* (Hebr., 10,32); y luego, describiendo el combate, lo narra diciendo así: *Por un lado, habiendo servido de espectáculo al mundo por las injurias y malos tratamientos que habéis recibido, y por otro, tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes injurias* (Ib., V.33). Si, pues, los que comunican con los atormentados luchan, ¿cuánto más los que sufren los tormentos? Porque no habéis sufrido una, ni dos, ni tres muertes, sino muchas más; si no de hecho, de voluntad. *Gozaos, pues, y regocijaos* (Mt., 5, 12). El Señor de los cielos mandó no sólo que no nos aflijamos ni nos desanimemos o desmayemos, sino que nos alegremos y regocijemos cuando abominen de nuestro nombre como maldito (Lc., 6, 22). Pues si ya en las detracciones hemos de alegrarnos, cuando a ellas se juntan las calumnias, azotes, tormentos, agudas espadas, cárceles, cadenas, separaciones, conducciones, catervas de enemigos, figuraos cuál será el premio y cuántas las recompensas y coronas. *Alegraos, pues, y regocijaos*. ¡Animo, valor! Pensad a cuántos armáis con vuestro ejemplo para la pelea, a cuántos vacilantes animáis, cuánto valor infundís no sólo a los presentes, sino aun a los ausentes; no sólo a los que han visto vuestras penas, sino a los que de lejos las han oído, habéis proporcionado un gran provecho. Acordaos siempre de aquel dicho del Apóstol:

No son comparables los sufrimientos en esta vida con la gloria venida que se ha de manifestar en nosotros (Rom., 8, 18). Aguantad un poco, breve será la prueba, pronto quedaréis completamente libres. Pedid también mucho por Nos. Pues, aunque estamos a muy grande distancia y hace ya mucho tiempo que estamos separados de vosotros, besamos vuestro amado rostro y os recibimos con los brazos abiertos como a vencedores coronados, esperando también nosotros de la mutua caridad que os profesamos grandísima ganancia. Pero si los que os aman tienen esperanzas de grandes recompensas, ¿cuáles serán los premios que a vosotros os aguardan por tan precarias e insignes victorias?

CARTAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO A SANTA OLIMPIADA

ADVERTENCIA

Antes de comenzar la traducción de las diecisiete hermosísimas cartas de San Juan Crisóstomo a Santa Olímpíada que, por su estilo y profunda doctrina, merecen mejor el título de tratados que de cartas, nos ha parecido conveniente publicar la vida de esta insigne heroína de la caridad y de la paciencia cristiana.

Santa Olímpíades u Olímpíada, llamada vulgarmente Olimpia, nació en Constantinopla hacia el año 366, época en que el emperador Valente desencadenó sobre las regiones orientales la terrible persecución que llevó al destierro a los más insignes debeladores de la herejía arriana.

Fue hija de Anisio, que desempeñaba en la corte imperial un cargo de importancia, y descendía por línea materna de Arsaico *el Grande*, rey de Armenia; y muy niña aún, fue confiada, por muerte de su madre, a los cuidados de Teodosia, modelo de piedad y hermana de San Anfiloquio, el apóstol de Licaonia, llamado por San Gregorio Nacianceno ángel y héroe de la verdad.

Al lado de Teodosia se formó su corazón en el amor a Jesucristo y en la práctica de todas las virtudes con que más tarde había de edificar la Iglesia de Bizancio y a todo el mundo cristiano. La Iglesia de Bizancio, después de haber sido regida por el patriarca Pablo, desterrado el año 339, cayó en poder de los herejes Eusebio de Nicomedia, Macedonio y Eudoxio, a cuya muerte ocupó la sede, por orden del emperador Valente, Demófilo de Berea, el más cruel fautor de la perfidia arriana, según declaración del concilio de Aquilea.

En esta situación se hallaba aquella Iglesia, cuando los fieles de ella suplicaron a San Gregorio Nacianceno que fuera a consolar aquella grey sin pastor, y los emisarios enviados con este fin le hallaron en Seleucia, adonde se había retirado dos años después de la muerte de su padre; así que la Iglesia de Nazancio se halló provista de pastor.

En un principio rehusó trasladarse a Constantinopla; pero al fin hubo de ceder a los ruegos de su gran amigo San Basilio, próximo a morir, y de otros varones de autoridad que le representaron el bien que podía resultar para la verdadera fe de atender a los ruegos de aquellos fieles. Llegado a dicha ciudad, y no obstante la persecución de que inmediatamente le hicieron objeto los arrianos, se lanzó a combatir la herejía, haciendo de su morada una iglesia y dando en estos términos la razón de aquella transformación. “Del mismo modo, decía, que Jebus mudó su nombre en Jerusalén, y como Silo fue llamada más tarde Belén, así también doy yo a mi morada un nombre nuevo y profético, llamándola *Anastario*; esto es, *Resurrección*, porque en su recinto ha de resucitar la fe católica.

Una de las primera familias que frecuentó el *Anastario* fue la del conde de Anisio, cuyas funciones palatinas y la distinguida posición que ocupaba entre la nobleza bizantina le permitían ayudar eficazmente a la nueva Iglesia naciente, y allí aprendió Olimpia aquel amor a los pobres que había de ser su cualidad dominante en el resto de su existencia.

Muy niña aún, goza en servir por sí misma a los desvalidos que se presentaban en el palacio de su padre, y no había necesitado que, una vez socorrido por aquella angelical criatura, no volviera muchas veces, impulsado no sólo por su miseria, sino por la dicha de que disfrutaban sus corazones, conmovidos dulcemente por las palabras llenas de inefable consuelo que salían de los infantiles labios de nuestra santa.

San Gregorio, según él lo dice en una de sus cartas, se unió pronto con los vínculos de una fraternal amistad con el conde Anisio, y así que comenzó a tratarla, descubrió en Olímpida un entendimiento privilegiado, unido a un corazón abierto a todas las virtudes, y esto le movió a completar por sí mismo su educación religiosa, y pronto se vio que a las lecciones del maestro correspondían los adelantos de la discípula.

La hija de Anisio, discípula fiel del santo Obispo, fue testigo de

todas las persecuciones que contra él promovieron los arrianos. Vióles invadir el *Anastario*, al que acudía todo el pueblo de Constantinopla para escuchar la elocuente palabra de San Gregorio, y oyó cómo le amenazaban de muerte, sin que por ello se turbara el heroico predicador de la verdad. Allí también tuvo ocasión de admirar la valerosa perseverancia del glorioso Prelado, y en aquella escuela aprendió la firmeza con que todo cristiano digno de este nombre debe sufrir las más terribles pruebas.

Presente estuvo también a los hermosos días del triunfo de la fe, cuando el emperador Teodosio *el Grande*, vencedor de los godos, entró el año 380 en Constantinopla arrojó ignominiosamente a Demófilo de Berea de la Sede que había usurpado y llevó a triunfo a San Gregorio a la basílica de los Doce Apóstoles.

Desgraciadamente, esta alegría fue de corta duración, porque un año más tarde, y cuando acababa de brillar por su sabiduría y elocuencia en el Concilio ecuménico de Constantinopla, vióse San Gregorio objeto de violentas acusaciones lanzadas contra él por algunos envidiosos, que le reconvenían por haber dejado la Sede de Sásima por la de Constantinopla. La acusación carecía de valor, porque San Gregorio no había tomado posesión de Sásima; pero, por el bien de la paz, se creyó obligado, no obstante las súplicas de una parte del Concilio y el voto unánime del pueblo, a renunciar a la Sede de Bizancio y a salir de la ciudad.

Dieciocho años de edad contaba Olimpia cuando fue dada en matrimonio a Nebridio, prefecto de Constantinopla e intendente de los dominios del emperador Teodosio; y el conde Anisio, fiel a la amistad que profesaba a San Gregorio, le envió un mensajero para invitarle a las bodas de su hija; pero el venerable desterrado contestó al conde en una carta que comenzaba así:

A Anisio en buena salud, Gregorio enfermo.

Excusábase de asistir al matrimonio de Olimpia, diciendo que no era fácil ni decente a un hombre afligido por la gota sentarse a una mesa de bodas, y al mismo tiempo enviaba a la desposada un epitafio, en el que brilla juntamente el amor de padre y la inspiración de poeta.

“Hija mía, decía, he aquí mi regalo de boda, regalo útil porque los consejos de un padre son siempre excelentes. No son los colores brillantes, ni las pedrerías engarzadas en oro, ni las telas de púrpura

las que dan hermosura a una matrona. Deja a otras esos adornos, y sean la modestia, la gravedad y la inocencia los únicos ornamentos que realcen tu belleza. ¿Qué flores más embalsamadas podrás encontrar? “Sea para Dios tu primer amor, y el segundo para tu reposo, y sean comunes vuestras alegrías y comunes vuestros dolores.

“Deja a tu marido el cuidado de los asuntos de fuera, y maneja tú la rueca cargada de lana, y ocúpate en la meditación de los divinos oráculos. No pierdas de vista que los placeres del mundo acaban siempre por corromper el corazón más puro, del mismo modo que los rayos del sol consiguen poco a poco derretir la más blanca cera.

“Quiero añadir un último voto a mi presente. Sé en la casa de tu marido como una niña fecunda, y quiera el cielo que puedas ver a los hijos de tus hijos nacer y crecer alabando al Señor.”

Ambos esposos eran dignos uno del otro, y según Paladio, resolvieron, por mutuo acuerdo, guardar continencia perfecta. Veinte meses duró su unión, y al cabo de este tiempo, el alma de Nebridio voló al cielo, dejando a Olimpia en triste viudez a la edad de veinte años.

De rara belleza y dueña de una cuantiosa fortuna, vióse pronto asediada por una multitud de pretendientes a su mano, siendo uno de ellos un pariente de Teodosio, llamado Elpidio, a quien apoyaba el emperador en sus pretensiones, y fueron tantas las importunidades que Olimpia sufrió por esta causa, que para ponerles término escribió a Teodosio lo siguiente: “Si Dios me hubiera destinado a vivir en matrimonio, no me habría arrebatado a mi primer esposo. el hecho que ha roto este vínculo me muestra el camino que la providencia me ha trazado, que no es otro que el de la viudez cristiana.”

De aquel tiempo datan los sufrimientos y las persecuciones con que el Señor puso a prueba la virtud de su sierva; y fueron de tal naturaleza, que San Juan Crisóstomo, en una de las cartas que más tarde le escribió comparándola a Job, decía: “Pero vos sabéis cuáles son los méritos y las ventajas de los sufrimientos. Habéis tenido, pues, ocasión de regocijaros de haber vivido desde vuestra juventud en las aflicciones y de haber caminado por un sendero de laureles y coronas.”².

A Teodosio no le movieron las razones de la santa viudad, porque tal vez creería que se trataba de un dolor juvenil, más exaltado que duradero, y para ponerla a prueba, ordenó que, buscando algún color legal, le secuestrasen sus bienes hasta que cumpliera treinta años y

fuesen administrados por el intendente del dominio imperial. Esto era un acto de tiranía, ejecutado con un rigor que aumentaba su dureza, pues el encargado de administrar su patrimonio se arrogó una autoridad tan despótica sobre la persona misma de Olímpida, que llegó al extremo de privarla de la libertad de ir a la Iglesia y de comunicarse con su Obispo Nectario.

A todas estas vejaciones se sometió la santa; mas, conservando una actitud impasible ante aquel carcelero subalterno, juzgó que debía emplear directamente con el emperador un lenguaje digno de su rango.

“Os doy gracias, señor, le escribió, por haberos dignado tomar a vuestro cargo la administración de mi fortuna, librándome de tan pesada carga. Coronad ahora vuestra obra haciendo distribuir mis bienes a los pobres y a las Iglesias, como hubiera hecho yo misma. De esta modo me evitaréis las tentaciones de vanagloria que esa clase de distribuciones traen consigo”.

Leyó esta carta Teodosio, y como no era de esos príncipes que se avergüenzan de confesar una mala acción, reconoció el abuso de poder que había cometido y lo reparó inmediatamente, devolviendo a Olimpia su fortuna y su libertad.

Desde la muerte de su marido había adoptado Olímpida un género de vida austerísimo. Sus ayunos fueron continuos y rigurosos, comprometiéndose a no tomar carne ni pescado de ninguna clase, contentándose con un poco de pan y algunas legumbres. Se privó asimismo del baño, de uso diario y casi indispensable en climas como el de Constantinopla y, no queriendo tener esclavos —pues consideraba a todos los hombres como sus hermanos en Jesucristo—, dio libertad a cuantos poseía, aunque ninguno quiso dejar de servirla.

Al recobrar la administración de su fortuna, consideró a ésta como un depósito que Dios le había confiado para que repartiese su renta entre los pobres, y no hubo ciudad ni pueblo, por apartado que estuviera, que no gozase los frutos de su inagotable caridad, lo cual dio ocasión a que San Juan Crisóstomo dijera que las limosnas de nuestra santa eran semejantes a un río que corre hasta las extremidades de la tierra y cuya abundancia enriquece al mismo océano ³.

El obispo Nectario, sucesor de San Gregorio Nacianceno, premió las virtudes y el celo por la gloria de Dios que inflamaba el corazón de la bienaventurada Olimpia haciéndola diaconisa de su Iglesia, in-

stitución que databa de los tiempos apostólicos. Eran consagradas por los obispos que les imponían las manos no para que participasen de las funciones sacerdotales, sino para ayudar a los Presbíteros en la administración de los Sacramentos y en las obras de caridad. Estaban, además, encargadas de enseñar a los catecúmenos de su sexo; cuidaban de las ropas del altar, y al recibir el velo, señal del cargo que estaban llamadas a ejercer, hacían voto de perpetua castidad.

Dieciséis años ejerció estas sagradas funciones y en este tiempo sufrió grandes pruebas y trabajos. Padebió varias enfermedades muy dolorosas, y se vio combatida por la calumnia, y fueron tantas y tan extraordinarias las penalidades que sobre ella llovieron, que sus ojos no dejaron de verter lágrimas, según dice también San Juan Crisóstomo⁴. Este santo sucedió a Nectario en la sede de Constantinopla y fue grande su aflicción al ver a una gran parte de los habitantes de la ciudad entregados a la corrupción y divididos por grandes rencillas y antagonismos. Pero, al mismo tiempo, recibió un gran consuelo al saber que existía un número respetable de personas consagradas a la práctica de la virtud y a procurar la salvación de las almas extraviadas por el pecado.

Al frente de aquella piadosa actividad se hallaba Olímpíada, cuyo celo verdaderamente apostólico vino en ayuda del santo Prelado, compartiendo con él los trabajos y las persecuciones de que fue objeto, siendo su principal cooperadora en toda obra de caridad, como lo demuestra el hecho de haber fundado a sus expensas un hospital y un hospicio en Constantinopla. Cuando el temblor de tierra que el año 400 destruyó a Calcedonia, el santo Prelado y nuestra Santa fueron los únicos que tomaron a su cargo el mantenimiento de pueblos enteros, y a este propósito, se decía: “La emperatriz Eudoxia recibe las adulaciones del universo, pero Olimpia es quien oye los suspiros y recibe las bendiciones del mundo.”

El celo apostólico de San Juan Crisóstomo concitó contra él a todos los enemigos de la Iglesia, cuyos errores y vicios fustigaba con santa libertad cristiana, sin que sus censuras se detuvieran ante ninguna consideración mundana. Esto disgustó extraordinariamente a la avara y altanera Eudoxia, que no perdonó medio alguno para conseguir su deposición, llegando al extremo de reunir un conciliábulo en las cercanías de Calcedonia, en el que logró, al fin, sus criminales intentos. Cuando los soldados de Arcadio fueron a buscarle para con-

ducirle a Preneste, en Bitinia, se hallaba Olímpíada a su lado en la Iglesia de los Doce Apóstoles, y le acompañó hasta la nave, en donde fue apresuradamente embarcado, para evitar que el pueblo se levantara en favor de su Prelado.

Esto sólo lo consiguieron en parte los enemigos del Santo, pues si bien lograron que el pueblo de Constantinopla no pudiera impedir, por ignorarla, la partida de su amado Obispo, así que la advirtió, acudió tumultuosamente al palacio imperial, reclamando a grandes gritos que les fuera devuelto San Juan Crisóstomo, y como con este movimiento popular coincidiera otro de la tierra que hizo temblar las paredes y el suelo de la cámara del emperador, Eudoxia, poseída de espanto, se apresuró a levantar el destierro al santo Prelado, enviando una y otra vez emisarios que lo detuvieran y le hicieran volver.

La paz que con esta medida reparadora recobraron los espíritus fue de corta duración, pues ni el rencor que Eudoxia guardaba a San Juan Crisóstomo se desvaneció, ni los enemigos del santo Obispo le perdonaban el celo apostólico que descubría y desbarataba sus maquinaciones contra la Iglesia de Cristo, y algunos meses después los soldados de Arcadio invadieron de nuevo la morada del santo Prelado, quien, para cortar un nuevo levantamiento popular, se entregó voluntariamente a los arqueros del emperador, saliendo de la basílica de Santa Sofía por una puerta excusada.

Antes de dejar el bautisterio, según refiere Paladio, hizo llamar a Olímpíada y a las demás diaconisas para darles sus últimas instrucciones.

“Venid, hijas mías, les dijo, y escuchad por última vez a vuestro padre. Según todas las apariencias, las cosas de la vida pronto tendrán fin para mí. He terminado mi carrera, y es muy probable que no volveréis a ver mi rostro. Sólo os pido una cosa: que conservéis para esta Iglesia la adhesión con que la habéis servido hasta aquí. Recibir por Pastor al que os sea designado por el común sufragio del clero y del pueblo, e inclinaos bajo su bendición como lo habéis hecho ante la de Juan. Y ahora, hijas mías, os dejo confiadas a la misericordia del Señor, y no me olvidéis en vuestras oraciones”.

Olímpíada y sus compañeras se postraron a los pies del santo Obispo anegadas en llanto, sin querer, en modo alguno, separarse de él.

“Levantadlas, dijo a uno de los sacerdotes, y conducidlas a su morada, a fin de que sus gemidos no sean oídos por el pueblo.”

A estas palabras las santas mujeres se calmaron y contuvieron sus sollozos.

Cargado de cadenas fue conducido San Juan Crisóstomo al interior de Armenia, y durante su largo viaje, que duró varios meses, no dejó de pensar en Olimpia, cuyas virtudes regocijaban al cielo. Apenas llegó a Cesárea de Bitiniam, escribióle para consolarla de su partida ⁵:

“Veo en todas partes, le decía, grupos de hombres y mujeres que vienen a llorar por mí. Esas lágrimas me hacen pensar en las que derramáis, sin duda con más abundancia; pero pensad que en lo más fuerte de la borrasca un piloto no larga sus velas, sino que, al contrario, las recoge para moderar la velocidad de su embarcación. Moderad, pues, vuestro dolor.” ⁶.

Llegado a los pocos días a Nicea, volvió a pedirle noticias de su persona, suplicándole que despidiese su tristeza, y más lejos, en Cesárea de Capadocia, la conjuró a que no llorase más. Por último, al llegar al lugar de su destierro, le escribió nuevamente, y durante los tres años de su expatriación la correspondencia de ambos santos continuó sin interrupción.

El mismo día que San Juan Crisóstomo salió de Constantinopla, un incendio, cuya causa no pudo averiguarse, redujo a cenizas la basílica de Santa Sofía. Los partidarios de San Juan Crisóstomo fueron acusados como autores del siniestro, y los que más se habían distinguido por su adhesión al santo tuvieron que comparecer ante los tribunales. A este número pertenecía Olímpada, que fue sometida por el prefecto Filato al siguiente interrogatorio:

—¿Por qué habéis incendiado la basílica?

—¿Yo?, respondió Olimpia. No es ese mi papel. Toda mi vida la he pasado levantando templos, y en esto he gastado toda mi fortuna, y ¿había de dedicarme ahora a incendiarlos?

—Conozco vuestros antecedentes, replicó el prefecto.

—Entonces, exclamó la santa viuda, ya que como acusador queréis acriminar mi vida, bajad de ese tribunal, venid a sentaros entre los testigos de cargo y llamad a otro juez para que entienda en la causa.

El prefecto, entonces, cambiando de tono, se esforzó en persuadirle que era una locura de su parte exponerse a tantos sinsabores y enemistades, cuando fácilmente podía evitarlos reconociendo como Prelado al intruso Arsacio, instalado en lugar de San Juan Crisóstomo

en la Sede de Constantinopla, no obstante las reclamaciones del Papa San Inocencia I.

—Estoy delante de tu tribunal, dijo entonces Olimpia, para sufrir la sentencia que quieras imponerme y no tus consejos. Pero has de saber que, si quieres obligarme a comunicar con Arsacio, jamás haré una cosa tan contraria a mi conciencia.

El prefecto, fingiendo moderación, dejó marchar a Olímpida, como para darle tiempo de preparar su defensa, y la Santa se retiró a la modesta vivienda que había tomado cerca de Santa Sofía con sus compañeras, y, aunque molestanda por varias enfermedades y por las continuas vejaciones de que era objeto por su adhesión inquebrantable a la fe católica, no dejó de escribir a San Juan Crisóstomo cartas llenas de una afectuosa veneración, hablándole de los trabajos que padecía como de cosas de poca importancia.

El santo Prelado, a su vez, la felicitaba por su valor, que en un cuerpo tan débil y en una salud tan precaria, hacía de ella el sostén y la fuerza de una gran ciudad, donde sin salir de su morada, sin mostrarse en público, inflamaba con su propio heroísmo a los defensores de la verdad ⁷.

Pronto se vio obligada nuestra Santa a refugiarse en Cícico; mas, arrestada allí y conducida a Constantinopla, tuvo que comparecer de nuevo ante el tribunal del prefecto, que le ordenó que reconociera a Arsacio por su legítimo Prelado, y ante su formal negativa, fue condenada a pagar al fisco doscientas libras de oro.

Por esta causa vio sus bienes confiscados y vendidos, dispersa su amada comunidad, y lo que para ella era todavía más sensible, vio convertirse en enemigos de su persona a sus propios servidores, a quienes había colmado de beneficios. Sus compañeras más santas, con quienes la unía la más estrecha amistad, no fueron mejor tratadas, y al saber San Juan Crisóstomo el cúmulo de dolores que afligían el corazón de la santa viuda, le escribió lo siguiente:

“Una sola de vuestras aflicciones hubiera bastado para colmar vuestra alma de riquezas espirituales.” ⁸.

Estas y otras palabras del Santo sostenían su valor y le servían también de consuelo, distrayéndola de sus dolores las misiones que le confiaba, bien para la predicación de la fe católica en Persia y en Fenicia, bien para la propagación del Evangelio entre los godos acampados en las riberas septentrionales del mar Negro.

En esta santa obra sufrió también muchas persecuciones y, después de haber buscado refugio en diferentes ciudades, fue desterrada a Nicomedia, donde acabó su preciosa vida, dando ejemplo de todas las virtudes, el año 410.

No tuvo el consuelo de volver a ver al padre y guía de su alma, San Juan Crisóstomo, pero sus almas se encontraron en el cielo, adonde le había precedido al santo Prelado el año 407.

La fiesta de Santa Olímpida es celebrada por los griegos el 25 de julio, en que se cree que fue su glorioso tránsito, y por la Iglesia latina el 17 de diciembre. El arte cristiano suele representarla repartiendo limosnas.

-
1. El terremoto y el incendio.
 2. Carta III, n. 10, y carta VII, n. 4.
 3. Carta II, n. 10.
 4. Carta III, n. 10.
 5. V. Carta XI.
 6. Carta IX.
 7. Carta VI.
 8. Carta III, n. 10.

CARTA I

Enterado San Juan Crisóstomo del destierro de Santa Olímpada, que había tenido que dejar la ciudad de Constantinopla y refugiarse en Cícico, y de las enfermedades que había contraído, le escribió esta primera carta para consolarla. Por muy grandes que sean las desgracias temporales, nunca se debe perder la esperanza de un cambio en mejor. Dios aprieta, pero no ahoga. En este mundo no se debe temer nada, fuera del pecado. Todos los sucesos de la vida como las enemistades, las calumnias, la privación de los bienes, el destierro y aun la misma espada, son fábula y comedia que no pueden perjudicar el alma que vela en su fe.

Esta tesis la prueba con varios pasajes de la Sagrada Escritura (2 Cor., 4, 18; Is., 51, 7). Recuerda el caso de los tres jóvenes encerrados en el horno de Babilonia, las persecuciones de Jesucristo, las de la primitiva Iglesia y el martirio de San Esteban.

A MI SEÑORA EN EL SEÑOR, LA MUY VENERADA Y RILIGIOSISIMA OLIMPIA, DIACONISA, JUAN OBISPO, SALUD

De nuevo intento mitigar la llaga de tu tristeza y disipar los pensamientos que forman esta nube. Porque ¿qué es lo que te turba? ¿Qué cosa te aflige y te atormenta? ¿Por ventura esta tan horrible y tenebrosa borrasca que, desencadenándose sobre las Iglesias, y más horrorosa

cada día, va causando tantos naufragios que amenaza arruinar el orbe entero? También yo lo estoy viendo, y no hay hombre que negarlo pueda; más aun, si quieres, te trazaré un cuadro de los sucesos para presentar más clara ante tus ojos la tragedia. Viendo estamos al inmenso piélago, revuelto hasta sus más profundos abismos; los marineros, unos muertos y a merced de las tenebrosas ondas; otros, pereciendo; las naves, desunidas sus tablas, hacen agua; despedazadas y rotas las velas, tronchados los mástiles, abandonados los remos; los pilotos, sentados no al timón, sino sobre las tablas, las manos en las rodillas y tan faltos de consejos, que no saben más que lamentar, llorar y gemir; miran no al cielo, no al mar, sino a unas densísimas tinieblas y a una oscuridad tan imponente que no deja ver ni lo más cercano; y, finalmente, el horrísono rugir de las olas y los monstruos marinos que de todas partes se lanzan contra los tristes navegantes. Pero ¿a qué continuar explicando lo inexplicable? Mejor es desistir, pues no hay colores para pintar las presentes calamidades que no resulten pálidos si con la realidad los comparamos.

Y, sin embargo, a pesar de estar viendo tanto estrago, no pierdo la esperanza de mejores sucesos, poniendo los ojos en el soberano Gobernador de este universo, que no con arte ni industria supera la tempestad, sino con una ligera seña aplaca la borrasca. Y si no lo hace luego al momento, es esta costumbre suya no cortar desde el principio las calamidades, sino que cuando han ido en aumento y llegado al colmo, cuando ya muchos pierden toda esperanza, entonces suele hacer maravillas verdaderamente inconcebibles, mostrando de esta manera su poder y ejercitando la paciencia de los que soportan el peso de la desgracia. No desmayes, pues.

Nada es grave fuera del pecado. Dios tarda, a veces, en remediar las adversidades.— Porque una sola cosa hay grave y tremenda, ¡oh Olimpia!; un solo trance terrible: el pecado; todo lo demás es ficción y fábula: asechanzas, enemistades, fraudes, calumnias, acusaciones, improperios, afrentas, confiscaciones, destierros, agudas espadas, el proceloso mar y las guerras mundiales son nada; porque estas cosas serán todo lo graves que quieras, pero al fin pasan, son caducas y perecederas, sólo tocan al cuerpo y ningún daño causan al alma vigilante. Y así, queriendo San Pablo demostrar la nada de los goces y de las molestias temporales, las pintó con una sola palabra, diciendo: *Las cosas que se ven, temporales son; las que no se ven son eternas.*¹

Pues ¿por qué temes las cosas temporales, que pasan como los ríos? Tales son las cosas presentes, tanto las alegres como las tristes. Aún más: otro profeta toda la humana felicidad ni siquiera al heno quiso compararla, sino a otra cosa más vil y caduca, llamándola flor de heno. Y no a una parte sola, como las riquezas, el lujo, las delicias, el poderío, los honores, sino a todas las cosas que a los mortales parecen preclaras y espléndidas, comprendiéndolas en un solo vocablo, añadió: *Toda la gloria del hombre como flor de heno.* ²

2. Pero dirás: Pesada cosa es y acerba la adversidad. Pues mira cómo también a ésta la compara con otra imagen muy expresiva y la tendrás en nada. Porque las burlas y escarnios, las afrentas y oprobios, las molestias y estorbos causados por los enemigos y sus asechanzas y engaños, las compara a vestidos consumidos por el tiempo y a lanas carcomidas, diciendo: *No temáis los oprobios de los hombres, ni os arredren sus blasfemias, porque, como a un vestido, así los roerá a ellos el gusano, y como a lana, los devorará la polilla.* ³ Y así, no te turben acontecimientos, sino que, dejando de rogar a unos y a otros y de perseguir vanas sombras (que no otra cosa es el humano auxilio), suplica sin cesar a Jesús, a quien adoras, que haga una seña no más, y en un instante se disipará todo. Y si le has rogado ya y el mal no ha desaparecido, sabe que es uso de Dios, como antes dije, el no quitar luego las adversidades, sino que cuando de tal manera han crecido y aumentado que a los mismos que nos hacen la guerra les parece que no les queda maldad alguna que añadir, entonces, de repente, lo convierte todo en bonanza con inopinados cambios de las cosas. Porque puede hacer no solamente los bienes que aguardamos y esperamos, sino muchos más e infinitamente mayores. Y por esto decía también San Pablo: *A aquel Señor que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos o pensamos sea la gloria.* ⁴ ¿Por ventura no podía haber impedido que aquellos tres jóvenes del horno de Babilonia ⁵ llegasen a tan terrible trance? Pero no quiso hacerlo, para granjearles inmensa gracia. Por eso permitió que cayesen en manos de aquellos bárbaros y que se encendiese el horno hasta una increíble altura, y la ira del rey se inflamase más atrozmente que el horno, y que ellos, amarrados de pies y manos con estrechas ataduras, fuesen arrojados al fuego; y cuando todos los que estaban mirándolos tenían su salvación por desesperada, entonces, finalmente, contra toda esperanza, se manifestó de repente el poder de hacer milagros

del excelentísimo Artífice divino y brilló por maravillosa manera. Porque el fuego fue amarrado, los que habían sido atados quedaron sueltos y el horno transformado en templo, fuente y rocío, resultó más augusto y magnífico que los mismos regios alcázares; y aquel voracísimo elemento, que vencía a hierros, piedras y cualquier otra materia, quedó vencido por los cabellos de los niños. Oíase allí el armoniosísimo coro de los santos invitando a todas las criaturas a entonar magníficos concentos; dirigíanle a Dios alegres himnos de acción de gracias por haber sido ahrojados, y, en cuanto de sus enemigos dependía, abrasados, de haber sido arrancados de su patria y llevados cautivos, despojándolos de su libertad, de carecer de sus ciudades y casas y vivir en el destierro en tierra extranjera y bárbara; todo esto es de corazones agradecidos. Mas luego que llegó a su colmo tanto la maldad de sus enemigos (porque ¿qué podían pretender más que la muerte?) como el valor y virtud de los atletas; cuando estaban ya entretejidas las coronas y ganados los premios; cuando nada faltaba a la gloria y esplendor de su nombre, entonces se desvanecen los males, y el que había encendido el horno y los había condenado a tan atroz suplicio él mismo ensalza a los campeones con maravillosas alabanzas y celebra el milagro hecho por Dios enviando cartas encomiásticas a todas las naciones, hecho pregonero fidedigno de las maravillas divinas, porque, siendo él enemigo y adversario, su testimonio estaba exento de toda sospecha y amaño.

3. Por tanto, no te turbes ni te apures por nada, sino dales siempre gracias por todo y alábalo y ruégale y suplícale, y aunque ante tus ojos veas mil tumultos y perturbaciones, mil y mil borrascas, nada te turbe ni te espante. Porque para la amorosa providencia que el Señor tiene de nosotros no hay dificultad insuperable, aunque hayan llegado las cosas a la mayor perdición y ruina. Porque poderoso es El para levantar a los caídos, reducir a los extraviados, corregir a los que tropiezan y a los que se han manchado con innumerables pecados, sacarlos del abismo en que están hundidos y hacerlos santos, dar vida a los muertos, restaurar con mayor esplendor lo derruido y renovar lo envejecido, puesto que haciendo, como hace, que comience a ser lo que antes no era y dando cada día el ser a nuevos seres, mucho más se enmendará, por cierto, lo que ya no existe o se ha hecho.

Pero son muchos los que perecen, muchos los que sufren escándalos. Pues también acaecieron muchas de estas cosas que recibieron

después medicina conveniente, aunque es verdad que no faltaron algunos que, a pesar de los cambios acaecidos, persistieron, pertinaces, en su incurable enfermedad. ¿A qué te apuras y desmayas de que unos hayan sido echados e introducidos otros? Cristo era puesto en cruz y Barrabás preferido, y el vulgo corrompido gritaba que se pusiese en salvo al homicida antes que al Salvador y Autor de tantos beneficios. ¿Cuántos hombres, si piensas, recibieron escándalo de esto y a cuántos fue ocasión de ruina? Pero conviene comenzar más arriba. ¿Por ventura no mudó de país el Crucificado apenas nació, emigrando ya desde su cuna con toda su familia en largo y penoso viaje a tierra bárbara y extraña? Derramóse con esta ocasión mucha sangre inocente; hubo gran destrozo y mortandad; tiernos niños eran acuchillados cual si fueran guerreros en batalla; arrancábanlos del materno regazo y les daban cruel muerte, y aún tenían en las fauces la leche cuando traspasaba sus gargantas el hierro; ¿hay cosa tan acerba y cruel como esta tragedia? Todo esto lo hacía el que buscaba a Cristo para la muerte, y, sin embargo, permitíalo el mansísimo Dios cuando se perpetraba tan horrendo crimen y corría tanta sangre; sufríalo, repito, pudiendo impedirlo, mostrando en los arcanos designios de su infinita sabiduría su inmensa ecuanimidad y clemencia.

Pues luego que, saliendo del país de los bárbaros, volvió a su patria y creció en edad, de todas partes le declararon guerra, y ya en los discípulos de Juan, a pesar del aprecio y estima en que éste le tenía, se despertó la envidia. Porque aquellas palabras ⁶: EL QUE ESTABA CONTIGO DE LA OTRA BANDA DEL JORDAN MIRA COMO BAUTIZA Y TODOS SE VAN CON EL, palabras son de hombres punzados ya de la envidia y tocados de esta enfermedad. Por esta causa, uno de aquellos discípulos que habían hablado así altercaba y debatía con un judío, disputando sobre las purificaciones y comparando el bautismo de Juan con el de los discípulos de Cristo. Pues luego que empezó a hacer milagros, ¿cuántas calumnias no tuvo que sufrir, llamándole unos samaritano y poseído del demonio: *Samaritano eres y demonio tienes* ⁷; otros impostor, diciendo: *Este no es de Dios, sino que trae embaucado al pueblo* ⁸; otros prestidigitador, diciendo: *Por arte de Beelzebud, príncipe de los demonios, echa los demonios?* ⁹. Estas cosas repetían y le llamaban enemigo de Dios, glotón, voraz y dado al vino y amigo de gente mala y perdida. *Vino, dice, el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: He aquí un hom-*

bre voraz y bebedor de vino y amigo de publicanos y pecadores. Aún más: cuando hablaba con la pecadora, llamábanlo falso profeta, diciendo: Si éste fuera profeta, sabría quién y qué tal es la mujer que le habla ¹⁰. Finalmente, cada día aguzaban sus dientes contra El. Y no sólo se le oponían los judíos, pues ni siquiera aquellos que pasaban por hermanos suyos procedían con El sinceramente. Mira por lo que añadió el evangelista cómo estaban también mal afectos a El: *Ni sus mismos hermanos creían en El* ¹¹.

4. Ya que dices que muchos han padecido escándalo y se han apartado del camino recto, ¿cuántos discípulos crees que hubo en el tiempo de la pasión que sufrieran escándalo? Uno le entregó, otros huyeron, otro fue perjuro y, habiendo huído todos, sólo El fue llevado preso. ¿Cuántos hombres hubo que, habiéndole visto poco antes hacer milagros, resucitar muertos, curar leprosos, echar demonios, multiplicar panes y hacer otros muchos milagros, luego en aquel tiempo sufrieron escándalo viéndolo solo y atado, rodeado de viles y abyectos soldados, seguido de alborotados sacerdotes judaicos, detenido en medio de sus enemigos, presente e impune el traidor y jactándose insolente? Pues ¿qué cuando fue azotado? De creer es que se halló presente una gran muchedumbre, porque era una fiesta muy solemne adonde concurrían de todas partes, y en la metrópoli misma, la que había tomado sobre sí la tragedia de tan nefando crimen, y se celebraba a la luz del mediodía. ¿Cuánta muchedumbre, pues, no concurría, y al verlo atado, azotado, bañado en sangre y dando cuenta de Sí ante el tribunal del presidente, sin ver allí presente ni a uno de sus discípulos, quedarían escandalizados juzgándolo un gran criminal? ¿Qué al verlo burlado y escarnecido de mil maneras, coronado con corona de espinas, ahora vestido de una clámide vieja y desechada, ahora haciéndole empuñar por cetro una caña y adorándole de rodillas como a un rey de burlas, sin omitir finalmente género alguno de irrisión y escarnio? ¿Cuántos piensas quedarían escandalizados, agitados y perturbados al ver que le golpeaban las mejillas, diciéndole: *Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido* ¹²; y que llevándole de acá para allá gastaban todo el día en mofas y denuestos, en risas y escarnios, y esto en medio de la pública asamblea judaica? ¿Qué al verle abofeteado del siervo del Pontífice? ¿Qué al partir sus vestiduras los soldados? ¿Qué cuando, desnudo y señaladas con los azotes sus espaldas, fue llevado a la cruz y levantado en ella? Porque ni siquiera entonces se

amansaban aquellas crueles fieras, sino que se precipitaban con mayor furor, agravándose la tragedia y aumentando los ludibrios. Porque unos decían ¹³: *¡Ah, Tú, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas!* Otros también ¹⁴: *¡A otros ha salvado y a sí mismo no puede salvarse!* Otros, en fin ¹⁵: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz, y creemos en Ti.* Pues ¿qué decir al verlo cruelmente insultado con suma afrenta ofreciéndole para apagar la sed hiel y vinagre? ¿Qué al verle denostado de los mismos ladrones? ¿Qué de aquel horrendo y nefando crimen de que hice antes mención, es, a saber, cuando aquel ladrón y allanador de moradas, reo de muchos homicidios, dijeron que era más digno que Jesús de ser librado del suplicio a ruegos suyos, y dándoles el juez a elegir, recibieron ellos a Barrabás, porque estaban deseando no sólo crucificar a Cristo, sino hacerle aparecer como hombre infame, lo cual pretendían probar diciendo que era más criminal que un ladrón y reo de tantas maldades, que ni la misericordia ni la solemnidad de la fiesta podían librarlo del suplicio? Porque a esto dirigían todos sus tiros, a denigrarlo, y por eso crucificaron a sus lados a dos facinerosos. Pero la verdad no se oscurecía, sino que brillaba más espléndida.

Acusáronle también de ambición de reinar, diciendo ¹⁶: *El que se hace rey no es amigo del César.* ¡Alzarse rey el que no tenía donde reclinar su cabeza! Aún más, también le calumniaron de blasfemo, pues el Pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo ¹⁷: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos?*

Pues ¿y su muerte? ¿No fue, acaso, violenta? ¿No fue como de reo merecedor de pena capital? ¿No fue propia de hombre execrable? ¿No fue vergonzosísima? ¿No fue como de aquellos hombres que, a causa de sus enormes delitos, son tenidos por indignos de exhalar su último aliento en ninguna parte de la tierra?

Y su sepultura, ¿no fue de prestado? Acercóse uno y pidió su cuerpo. A tal punto llegó, que ni sus parientes, ni sus discípulos, ni los enfermos curados, ni los muertos resucitados, nadie se hallaba que le diese sepultura. Desaparecieron todos, todos huyeron. Pues aquella voz siniestra y malintencionada que después de su resurrección hicieron correr, previniendo a los guardas: *Decid que han venido sus discípulos y lo han robado*, ¿a cuántos no perjudicó y engañó? Porque esta expresión, aunque falsa y comprada a precio de oro, entonces estuvo valida; valida de muchos aun después de los sellos, después del res-

plandor de tanta verdad. Porque la confusa multitud del vulgo ignoraba la doctrina de la resurrección. Ni es extraño, pues los mismos discípulos la ignoraban ¹⁸. *Porque ni sus discípulos sabían*, dijo San Juan, *que era preciso que El resucitase de entre los muertos*. ¿Cuántos, pues, si piensas, no serían inducidos a engaño en aquellos días, y, sin embargo, en su suave providencia lo permitía, gobernándolo todo con su arcana sabiduría?

5. Luego, después de aquellos días, los discípulos, otra vez escondidos, huidos, aterrorizados y medrosos ocultábanse andando de escondrijo en escondrijo; y cuando, pasados ya cincuenta días, empezaron a presentarse en público y a hacer milagros, ni siquiera con esto lograron seguridad. Pues, después de obrar muchos milagros, hubo aún mil ocasiones de escándalos para los débiles, viéndolos azotados ¹⁹, perturbada la Iglesia, expulsados ellos y sus enemigos vencedores en muchos sitios, con grandes tumultos y desórdenes, y otra vez los discípulos aterrados, huidos, angustiados y en continuo afán.

Pero aun así iban siempre en auge las cristiandades, floreciendo y teniendo felices comienzos con los milagros. Y uno era descolgado desde una ventana en una espuerta, escapando así de las manos del prefecto ²⁰; a otros los sacó un ángel y los libró de la cárcel; a otros también vejados y perseguidos por hombres ricos y prepotentes acogíanlos y agasajábanlos con todo género de obsequios hombres forasteros y pobres obreros, mujeres mercaderas de púrpura ²¹ y artesanos fabricantes de tiendas de campaña ²² y curtidores, habitantes de las riberas ²³, de las playas y de los barrios extremos de las ciudades. Muchas veces ni se atrevían a presentarse en medio de las ciudades, y si ellos se atrevían, no osaba nadie hospedarlos. De este modo, entre tempestades y bonanzas, se iba urdiendo la tela: los heridos se curaban y volvían a buen camino los extraviados, y lo que había sido derruido y asolado era restaurado con mayor arte y magnificencia. Y por esta causa, habiendo Pablo suplicado con grande empeño que el Evangelio se propagase en medio de paz y tranquilidad solamente, no le escuchó el sapientísimo y providentísimo Dios, ni cedió a sus ruegos por más que lo pidiese con grande instancia, sino que le respondió: *Bástale mi gracia, porque en las dificultades brilla mi poder y resplandece* ²⁴.

Si quieres, pues, ahora comparar con los sucesos prósperos los adversos, verás que si no hay hoy muchos portentos y milagros, hay,

en cambio, muchas cosas, en nada desemejantes a ellos, que son argumentos clarísimos del auxilio y providencia divina.

Pero a fin de que no sea todo oírme a mí sin trabajo alguno de tu parte, sea ésta la tuya reunir con cuidado y diligencia todas las cosas prósperas y compararlas con las molestas y acerbos, para que así, al paso que esparces el ánimo en una ocupación excelente, te libres a ti misma de angustia y de tristeza, pues de aquí sacarás grandísima consolación.

Afectuosísimos saludos a toda tu excelente familia. Quiera Dios, señora mía, religiosísima y digna de la mayor veneración, que goces siempre de completa salud y gran contento y alegría.

Si quieres escribirme más largo, dame minuciosamente cuenta de esto y no me engañes; es, a saber, que gozas de entera paz y tranquilidad, desechada toda tristeza y amargura. Pues éste es el blanco de mis cartas, proporcionarte grande alegría, y espéralas frecuentes. Pero no me digas que mis cartas te son de gran consuelo, que eso ya lo sé, sino que ha sido tanto como yo deseo; de manera que no vivas en aflicción y llanto, sino gozosa y tranquila.

-
1. 2 Cor., 4, 18.
 2. Is., 40, 6.
 3. Is., 51, 7 8.
 4. Ephos., 3, 20.
 5. Dan., 3, 21.
 6. In., 3, 26.
 7. In., 8, 48.
 8. In., 7, 12.
 9. Mt., 9, 34.
 10. Lc., 7, 39.
 11. In., 7, 5.
 12. Mt., 26, 28.

13. Mt., 27, 40.
14. Mt., 27, 42.
15. Mt., 27, 40.
16. Jn., 19, 12.
17. Mt., 26, 65.
18. Jn., 20, 9.
19. Act., 5, 4.
20. 2 Cor., 11, 33.
21. Act., 16, 14.
22. Act., 18, 3.
23. Act., 16, 13.
24. 2 Cor., 12, 9.

CARTA II

En esta carta continúa San Juan Crisóstomo consolando a Santa Olimpiades. Dícele primero que contribuya también ella de su parte a desterrar la tristeza como el enfermo concurre con el médico observando bien sus prescripciones; y respondiéndole la Santa que aunque quiere, no puede, le dice que eso son excusas y pretextos, pues tiene bien conocidas las maravillosas virtudes de su excelente alma.

Lo que afligía a Santa Olimpiades, lo mismo que a San Juan Crisóstomo y a todos los buenos no sólo de Oriente, sino también de Occidente, que de ellas tuvieron noticia, como se ve por las cartas del Crisóstomo al Papa San Inocencio y de éste al Crisóstomo, eran las públicas calamidades originadas en gran parte por la persecución de que fue objeto San Juan Crisóstomo, parte por su celo en fustigar desde el púlpito los vicios de Constantinopla y parte por los manejos de los arrianos, novacianos y anomeos del envidioso Teófilo, patriar de Alejandría, que no veía con buenos ojos ni el engrandecimiento de la Sede patriarcal constantinopolitana, ni la fama del Crisóstomo, a pesar de ser tan pura y tan justamente adquirida por su admirable santidad y elocuencia, como lo han proclamado ya quince siglos.

Dio Teófilo con un príncipe débil e inepto, de quien podría decirse cosa parecida a lo que de Carlos III de España dijo Menéndez Pelayo en su obra de los Heterodoxos Españoles (Libro VI, cap. II, § 2): "Cuando tales

beatos *inocentes* llegan a sentarse en un trono, tengo para mí que son cien veces más perjudiciales que Juliano el Apóstata o Federico II de Prusia.” Dio asimismo con una emperatriz dominante de su marido y de un orgullo y avaricia desenfrenada, que concibió contra el Crisóstomo a causa de sus reprensiones un odio satánico, y se valió de los enemigos del Santo para descargar sobre él y sobre todos los que le seguían como a su legítimo Pastor una horrorosa persecución, que llenó de luto y llanto a todas aquellas Iglesias, como lo pondera San Juan Crisóstomo en su carta a San Inocencio.

A consolarla, pues, en estas públicas calamidades van dirigidas estas tres primeras cartas, que son las más importantes y elocuentes que escribió el Crisóstomo.

En la primera la consuela ponderándole la sabia y benigna providencia de nuestro Todopoderoso Dios, con que permite sean tentados sus escogidos, los tres niños del horno de Babilonia, los Apóstoles y hasta el Santo de los Santos, Jesucristo, desde la cuna al sepulcro. En esta segunda, escrita en Cucuso el año 404, sigue consolándola y armándola contra la tristeza con estas consideraciones. Primero: *Es muy dañoso el afligirse y desalentarse demasiado por los pecados ajenos*, pues aun por los propios no quiso San Pablo que se desalentase y desesperase el incestuoso de Corinto, sino que, para evitarlo, ordenó que, al verlo ya arrepentido, usasen con él de indulgencia y le consolasen, *para que no fuese absorbido por la demasiada tristeza y se desesperase* (2 Cor., 2, 7), *a fin de que Satanás no arrebatase a ninguno de nosotros, pues no ignoramos sus ardides* (2 Cor., 2, II).

También le aconseja que en las públicas calamidades piense en otras mayores, como el juicio final y el infierno, con lo cual ahuyenta los pensamientos tristes y alcanza el fruto del temor de Dios.

Mas ya que a una virtud tan sublime como la suya no le conviene tanto el pensar en el juicio como a los reos de grandes crímenes, entre los cuales se cuenta él, le dice que, quitando el pensamiento de las públicas calamida-

des, lo ponga en la multitud de sus espléndidas virtudes, en su caridad con los pobres, las viudas, los enfermos y los necesitados; su invicta paciencia en sufrir desde su niñez ofensas de propios y extraños, amigos y enemigos, y hasta del clero y de las autoridades; la mortificación de su cuerpo con ayunos, vigiliass y austeridades; los bríos con que desde niña luchó contra su carne, sojuzgándola de manera que ya ni siente siquiera las perturbaciones de las pasiones, y todo esto en un cuerpo delicado y criado en lujosos palacios. Más pobre que un mendigo en el vestir, ha superado en esto a las que tienen hecho voto de pobreza.

Muy grande tiene que ser esta virtud cuando es tan castigado por Dios el vicio contrario. Magnífica ampliación por los castigos de las hijas de Sión (Is., 3, 16, ss.).

Excelencias de la virginidad que ni Abraham, ni Moisés, ni Job, siendo tan santos, se atrevieron a guardarla. Pues ella, con ánimo sublime, ha superado en pobreza a las mismas vírgenes que la profesan.

Otro motivo de la aflicción de Olimpia era la ausencia del Santo. Dícele que la mano tiene el remedio, que lea sus escritos. La consuela además con sus cartas y con las sublimes coronas del sufrir los dolores del alma, que superan en mérito a los sufrimientos del cuerpo.

Aunque la carta que poco ha te envié bastaba y sobraba para mitigar tu intensa tristeza, sin embargo, como la ola del dolor ha crecido, juzgo necesario escribirte de nuevo para proporcionarte más copioso y abundante consuelo y asegurar tu curación. Trataré, pues, de limpiar el polvo que la tristeza te produjo, pero por otra vía, pues creo que esta úlcera y tu amor maligno ha venido a parar en polvo. Pero aun así no hemos de abandonar el cuidado de tu salud, pues también el polvo, si no cuidamos de sacudirlo a tiempo, acarrea gran daño al órgano más principal, estragando la claridad de la pupila y enturbiando la vista del enfermo. Pues, para que esto no suceda, arranquemos de raíz las reliquias del mal con gran cuidado y diligencia. Pero esfuérzate también tú y echa una mano. Pues, como suele acae-

cer en las enfermedades del cuerpo, que, aunque el médico haga bien su oficio, se malogra la cura si el enfermo no hace también el suyo, así suele suceder también en las del alma. Por eso, para que aquí no pase esto, procura tú también contribuir según de ti lo exige la prudencia, a fin de que por ambas partes sea mayor el provecho.

Pero tal vez dirás: bien lo deseo, pero no puedo; pues, aun poniendo en ello todo el empeño posible, no logro deshacer esta densa nube de tristeza. Meras excusas y pretextos, pues tengo bien conocida la nobleza de tu alma, la robustez de tu piedad, la grandeza de tu prudencia y el inmenso caudal de tu sabiduría, y me consta que te bastará una voz de imperio a ese furioso mal de la tristeza para que haya completa bonanza. Mas, para que te sea más fácil lograrlo, quiero contribuir también de mi parte cuanto pueda. ¿Cómo conseguirlo, pues? Teniendo presente lo que te dije en mi anterior —pues en ella se hallan muchos documentos que hacen al caso— y cumpliendo, además, lo que en ésta te mando.

Que es dañoso desalentarse por pecados ajenos.— ¿Qué es ello, pues? Cuando te digan que una iglesia ha dado al través, que la tempestad azota a otra, que a otra la sepultan las terribles ondas y otra sufre calamidades sin cuento, que una tiene por pastor a un lobo, otra un pirata por piloto y otra por médico un verdugo, siéntelo, sí —pues no es bien sufrir sin dolor tales desgracias—; pero sea moderada tu aflicción. Pues siendo así que aun en aquellas culpas que nosotros mismos cometemos, y de que hemos de dar estrecha cuenta, no es necesario ni seguro, sino antes perjudicial y funesto el apurarse en demasía, ¿cuánto más será inútil y vano, más aún, satánico y desastroso al alma, desalentarse y perder el ánimo por delitos ajenos?

2. Y para que veas que es así, voy a contarte una historia antigua. Cierta hombre de Corinto, lavado ya en las sacrosantas ondas y santificado así en el Sacramento del Bautismo, admitido, además, a la tremenda mesa y a todos los misterios, en suma, de nuestra sacrosanta religión, y ejerciendo, además, según dicen muchos, el cargo de maestro, después de la sagrada iniciación, después de admitido a los arcanos favores y obtenidos ya en la Iglesia los primeros grados de sus dignidades, cometió un delito gravísimo. Pues habiendo mirado con criminales ojos a la mujer de su padre, no contento con el deseo, lo puso en obra, cometiendo un crimen que no era sólo fornicación, sino

adulterio, y más atroz aún que el mismo adulterio. De lo cual, enterado San Pablo, no hallando expresión bastante fuerte contra tal crimen, declaró de otro modo su gravedad y grandeza con estas palabras ¹: *Es ya pública voz y fama que se cometen entre vosotros deshonestidades y tales cuales ni entre gentiles se oyen*. No dijo no se cometen, sino *ni se nombran*, queriendo dar a entender con estas palabras la enorme magnitud de tal crimen. Y así lo entregó a Satanás y lo apartó de la Iglesia, sin permitir a nadie ni siquiera admitirle a la común mesa. *Con los tales*, dijo, *no es lícito ni comer siquiera* ². Finalmente, movido de grande enojo, condenóle a gravísima pena, entregándolo a Satanás para que, cual cruel verdugo, atormentase su cuerpo, *a fin de que salve su alma en el día de Nuestro Señor Jesucristo* ³. Y, no obstante, el mismo que lo había echado de la Iglesia, que ni la común mesa profana permitía a nadie compartir con él, que por causa de él había impuesto a todos luto y llanto —con todo, *vosotros estáis engreídos y no os habéis*, al contrario, *entregado al llanto para que fuese quitado de entre vosotros el que ha cometido tal maldad* ⁴—, que lo arrojaba de todas partes como un apestado, que lo había echado de las casas de todos y lo había entregado a Satanás; el mismo, repito, que lo condenó a tan tremendo suplicio, luego que lo vio verdaderamente contrito y arrepentido de su crimen e implorando el perdón públicamente, también él casó y anuló su anterior sentencia, de tal modo que a aquellos mismos corintios a quienes antes vedó su trato ahora les manda lo contrario. Pues el que antes dijo: Separadlo, echadlo, llorad y sea presa del diablo ahora ¿qué dice? *Reanudad con él la caridad para que no quede aplantado por la demasiada tristeza y se desespere y seamos engañados por Satanás, que no ignoramos sus maquinaciones* ⁵. ¿No ves cómo el hacer que demos demasiada entrada a la tristeza es nativo ardid de Satanás y blanco de sus celadas para, por la inmoderación, convertir en veneno las más saludables medicinas? Porque en veneno degenera y a Satanás nos entrega cuando es inmoderada; y por eso dijo: *para que no nos engañe Satanás*. Lo cual es como si dijese: Sarnosa, además, estaba la oveja, separada estaba del rebaño y apartada del gremio de la Iglesia; pero ya ha lanzado de sí la enfermedad y vuelto a su antigua salud —que éste es el gran valor de la penitencia—, a nuestro rebaño ha vuelto ya. Acariciémosla, recibámosla altas las manos, abracémosla, besémosla y acojámosla en nuestro gremio. Porque si no nos resolvemos a hacerlo así, ya nos ha

defraudado Satanás, tomando no al que era suyo, sino al que ya se ha hecho nuestro, sumergiéndolo y haciéndolo suyo para adelante por nuestra incomprensión y por la inmoderada tristeza de él. Y por eso añadió: *No ignoramos sus ardidés* ⁶; esto es, que aun por aquellas cosas que son de provecho, cuando no se hacen como es debido, suele hacer caer en sus lazos a los que no son bastante advertidos y prudentes.

3. Pues si por un delito, y delito tan grave, no permite San Pablo que el delincuente se abandone a un dolor inmoderado, sino que se esfuerza con todo empeño y no deja piedra por mover para cortar demasías, diciendo que el ser en esto inmoderado es entrar de lleno en los dominios de Satanás, que es el causante de esto con sus astutas y perversas invenciones, ¿no sería necedad y estulticia suma por pecados ajenos, de que otros han de dar cuenta y sufrir la pena, angustiarse y atormentarse tanto que vengas a abrumar tu ánimo con densísimas tinieblas y desencadenar sobre él una negra borrasca de tumultos, confusiones y perturbaciones horrendas? Y si me repites la misma cantilena de que quieres y no puedes, también yo te repetiré que eso son meras excusas y pretextos, pues me son bien conocidos los inmensos bríos de tu cristianísima alma.

¿Qué hemos de hacer en las públicas calamidades? – Para más facilitarte también por otra vía la lucha y el triunfo contra esa pestífera e importuna tristeza, quiero que pongas por obra este consejo que voy a darte. Cuando alguno te miente esta calamidad, aparta de ella tu pensamiento cuanto antes y ponlo en el tremendo día del juicio; imagínate aquel tribunal horrendo, aquel juez incorruptible, los ríos de fuego, las ardientes llamas, las agudas espadas, las atroces penas, el tormento sempiterno, la horrible oscuridad, las tinieblas exteriores, el gusano roedor, las infrangibles cadenas, el crujir de dientes, los inconsolables alaridos, el espectáculo del orbe entero o, mejor dicho, de las dos naturalezas, la superior y la inferior, porque *las virtudes de los cielos temblarán, dice Cristo* ⁷. Porque aunque no tienen conciencia de pecado, ni han de ser juzgadas, sin embargo, al ver a todo el género humano y a infinitas naciones sufriendo el juicio, no estarán allí sin admiración y espanto. Tan grande será entonces el terror. Piensa bien esto y los argumentos de aquel juicio absolutamente ineludibles. Porque aquel juez no necesita acusadores, ni testigos, ni

pruebas, sino que pone de manifiesto todas las cosas, tal como fueron hechas, delante de los ojos de los mismos delincuentes. Reunidas, pues, todas estas consideraciones y aumentado así el terror, oponlo y enféntalo con la satánica y fatal tristeza, emprendiendo así la lucha contra ella, y verás cómo, al primer encuentro, la vences, la rasgas y destruyes más fácilmente que si fuera una tela de araña. Porque, además de ser inútil y vana, produce inmensos daños y perjuicios; mientras que aquel temor es necesario, en gran manera útil y ventajoso y de grandísimo fruto y provecho.

Pero sin pensar me he dejado arrebatar del ímpetu del discurso, escogiendo, para exhortarte, una materia que a ti de ningún modo te conviene; a mí, sí; y a otros que, como yo, estamos abrumados y oprimidos bajo la inmensa mole de nuestros crímenes, nos es muy necesario este discurso, porque aterra y aviva; pero a ti, adornada con tantas flores de virtudes, que vas tocando ya en el vértice del cielo, no puede causarte miedo alguno. Por eso, al dirigirme a ti, me veo precisado a tocar otras teclas y ejecutar más delicadas sinfonías, porque ese miedo no puede causarte más mella que la que a los mismos ángeles haría. Por eso, cambiemos el hilo del discurso, y tú asimismo dirige allá tu pensamiento y recapacita despacio y considera los magníficos premios y espléndidas coronas, las alegres danzas con el coro de las vírgenes, los sagrados tálamos, la celestial mansión, tu silla entre los ángeles, el trato íntimo y familiar con el Esposo, aquel soberano esplendor y aquellos eternos bienes verdaderamente incomprensibles e inefables.

4. Las viudas pueden aventajar en mérito a las vírgenes.— No desapruebes mis palabras por haberte colocado en el coro de aquellas santas vírgenes siendo viuda, porque muchas veces, ya en privado, ya en público, me has oído defender, al definir la virginidad, que nunca será obstáculo para contar en el número de las vírgenes, y aun mucho más altas, a las que en las demás virtudes han dado pruebas de su heroica santidad. Que por eso también San Pablo, al describirnos la virginidad, no llamó solamente vírgenes a las que no han conocido varón ni se han casado, sino también a aquellas otras que tienen cuidado de las cosas pertenecientes al culto de Dios⁸. Más aún, el mismo Cristo, mostrando cuanto aventaja a la virginidad la limosna, de la que tú tanto tiempo ha tienes la primacía y has conseguido la

corona, echó del coro de las vírgenes a la mitad de ellas por hallarlas sin esta virtud, o más bien por no poseerla en suficiente grado, porque sí tenían, pero no bastante. Y, al contrario, a los que fueron sin la virginidad, por verlos adornados de la misericordia, honrólos grandemente nombrándolos benditos de su padre, llamándolos a sí, dándoles la herencia del reino y ensalzando sus virtudes delante del orbe entero⁹ y hasta no dudando llamarlos, en presencia de los ángeles y de todo el linaje humano, hospedadores y nutricios suyos. También tú oirás entonces esta voz; también alcanzarás este amplísimo premio. Pues bien; si por sola la limosna se consiguen tantos premios, tantas coronas, tanta estimación, tanto esplendor, tanta gloria; si a ésta añadimos todas las otras virtudes tuyas, ¿mereces, acaso, perdón de Dios tú, que, mientras debieras cantar victoria, regocijarte y saltar de gozo, y ceñir a tus sienes mil diademas, te abandonas a mortal tristeza, facilitando el ataque de tu santa alma al demonio, a quien hasta ahora has hecho morder el polvo tantas veces, sólo porque uno se ha vuelto furioso y otro se ha precipitado en un abismo? ¿Qué necesidad hay de alabar tan varia y múltiple paciencia? ¿Qué discurso, qué digo discurso, qué volúmenes de historia bastarían, si quisiéramos referir las calamidades que desde tu niñez hasta hoy has soportado, recibidas ya de los tuyos, ya de los extraños, tanto de amigos como de enemigos, ora de parientes, ora de otros, ahora de particulares, ahora de la autoridad misma y del clero? ¿Hay cosa de éstas que, si se quisiera descender a pormenores, no llenara una historia? Pues si de aquí pasamos a otra clase de padecimientos e intentamos contar las aflicciones que no ya otros, sino tú misma te has causado, ¿qué mármol, qué hierro, qué diamante hay que no haya sido por ti superado? Porque, habiendo recibido un cuerpo tan tierno y delicado, y acostumbrado a todo género de lujo y abundancia, lo has atormentado con tantas y tales aflicciones, que lo has dejado completamente aniquilado, pues has excitado en él tal enjambre de enfermedades, que vence la ciencia de todos los doctores y el poder y fuerza de todas las medicinas y todo régimen de curación, y estás hecha un retablo de perpetuos dolores.

5. Virtudes de Santa Olimpiades.— Pues ya, quien intentase referir tus asperezas y tu aguante, ¿a qué términos se vería obligado a recurrir? Porque la palabra continencia y sufrimiento no es ya suficiente, sino que hay que buscar otro nombre mucho más excelente a

tus virtudes. Porque decimos que un hombre resiste y se contiene cuando, asaltado de alguna pasión, la vence y la supera; pero en ti no hay ya pasión alguna que vencer, porque luchaste desde el principio contra tu carne con tal brío, que extinguiste todas tus pasiones, pues no fue aquello dar al caballo sofrenadas, sino constreñirlo y postrarlo inmóvil. Y entonces fuiste subiendo uno a uno los grados todos de la continencia; hoy has conseguido ya quedar exenta de toda perturbación. Porque los deseos de delicias no te dan ya pena ni trabajo alguno para vencerlos, sino que, una vez que los venciste y les cerraste del todo la entrada a tus sentidos, has avezado a tu cuerpo a comer y beber solamente tanto cuanto es preciso para seguir aún viviendo y penando en esta vida. Por esta razón no llamo a esto continencia ni ayuno, sino otra cosa mucho más sublime. Y esto mismo se echa de ver en tus sagradas vigiliass, porque el apetito de dormir extinguióse con el otro juntamente, pues *el sueño se alimenta del comer*.

Pero a éste lo venciste también por otra vía, haciendo guerra a la naturaleza ya desde el principio, pasando sin dormir noches enteras y convirtiendo el hábito en naturaleza a fuerza de asidua costumbre. Porque así como para los otros el dormir es cosa natural, así para ti el velar. Maravillosas son y estupendas estas cosas, aun en sí consideradas. Pero si, además, se tiene en cuenta el tiempo; es decir, la tierna edad en que comenzaste a ejercitarlas, la falta de buenos ejemplos y la sobra de los malos y perversos, y todo esto en un alma recién convertida de la infidelidad a la verdad, en el cuerpo de una frágil mujer, delicado y muelle a causa del lujo y esplendor de sus mayores, ¿qué mar de maravillas no se ofrecerá al punto a la vista de quien una a una todas estas circunstancias considere?

Por lo cual tampoco voy a hacer mención de otras preciosidades; es, a saber, de la humildad, de la caridad y demás virtudes de tu santa alma. Porque al sólo recuerdo y pensamiento de estas cosas mil nuevos manantiales alumbran mi mente, obligándome a tratar, al menos en general, de cada una, o más bien los argumentos solamente, porque aquello exigiría un discurso inmenso. Mas para no salirme de la materia que me propuse tratar, no me dejaré arrastar a ese inmenso piélago. Que si no fuera por haberme hoy propuesto únicamente arrancar de raíz de tu alma la tristeza, de buen grado hablaría de tan suave materia, engolfándome en ese inmenso piélago o, mejor dicho, en esos inmensos mares, recorriendo las innumerables vías de cada una

de tus virtudes, que producirían, a su vez, cada cual nuevos piélagos, tratando ya de la paciencia, ya de la humildad, ya de las mil maneras de limosnas, repartidas hasta los últimos confines del orbe; ya de la caridad, más encendida que mil fuegos; ya de tu infinita prudencia, templada con tan fino y oloroso perfume que excede toda natural medida. Qué frutos se han seguido de aquí, si alguien intentara narrarlo, fuera lo mismo que pretender contar las olas del Océano.

6. Del vestido vil y despreciado de Olimpíades.— Por lo cual, pasando de largo esos vastos mares, procuraré mostrar por la uña al león, diciendo dos palabras sobre el sencillísimo vestido con que cubres tu cuerpo. Porque, aunque esta virtud parece ceder a las otras, sin embargo, si bien se considera, se verá que es muy grande y tal que requiere un alma prudente, desprendida, superior a las cosas de la tierra y encumbrada sobre los cielos. Por eso no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo, cuando Dios gobernaba por sombras y figuras a aquel pueblo rudo, que carecía de las copiosas luces que nos trajo Cristo para conocer mejor las cosas del espíritu, prohibiéndoles severamente el lujo en el vestir, diciéndoles por Isaías ¹⁰: *Por cuando se han ensoberbecido las hijas de Sion y andan con el cuello erguido, descompuestos los ojos, dando palmadas y danzando y haciendo ruido con los pies, y caminan con pasos afectados, las humillará el Señor y les quitará sus soberbios vestidos, raerá sus cabezas y las despojará de sus cabellos, les quitará el adorno de su calzado, y las lunetas, y los collares de perlas, y los joyeles, y los brazaletes, y tendrán hediondez en vez de suaves olores, y por ceñidor una cuerda, y calva en lugar de cabellos rizados, y en vez de túnicas recamadas de púrpura las vestirán de saco y cilicio. Estos serán tus adornos. ¿No ves la ira, que supera toda ponderación? ¿No ves el acerbísimo tormento y suplicio, la rigurosísima cautividad?* Saca de aquí la gravedad del pecado, porque no hubiera impuesto el benignísimo Dios tan gran castigo si no fuera gravísima la culpa. Ahora bien, si el delito es tan grande, sin duda que es grandísima también la virtud que se le opone. Por eso San Pablo, dirigiéndose a las mujeres que viven en medio del mundo, no sólo les disuade los adornos de oro, sino que no les permite usar vestidos costosos. Porque sabía muy bien que es ésta una enfermedad grave del alma, de difícil curación, porque es clarísima señal de un alma corrompida cuando

exigiría para su remedio un alma santa. De lo cual son prueba evidente no sólo las mujeres casadas que viven con sus maridos en el siglo, que por maravilla siguen este dictamen, sino también las que ostentan mayor virtud y pertenecen al número de las vírgenes.

Porque muchas de éstas, habiendo declarado guerra a la naturaleza y profesado la virginidad sin falta alguna, emulando en esto la pureza angélica y preludiando en un cuerpo mortal las excelencias del cuerpo resucitado y glorioso (porque *en aquel siglo*, dice Cristo, *ni se casarán ellos ni ellas*)¹¹ y rivalizando en un cuerpo perecedero con aquellas naturalezas incorruptibles e inmortales, y alcanzando de hecho lo que muchos proclaman imposible, lanzando de sí el placer sensual como si fuera un perro rabioso, domando las furiosas olas y navegando tranquilas a través de un mar tempestuoso, sin quemarse en medio del encendido horno de los atractivos sensuales, y caminando sobre las ascuas como sobre rosas, fueron, no obstante, esclavizadas por esta pasión del lujo y, habiendo triunfado en mayores batallas, sucumbieron a este vicio.

7. Excelencias de la virginidad.— Es la virginidad cosa tan grande y tan trabajosa, que Cristo, habiendo bajado del cielo para hacer a los hombres ángeles y sembrar aquí abajo la vida celestial, ni aun así quiso mandarla y dar ley que la prescribiese, y siendo así que mandó morir, y llevar la cruz perpetuamente, y hacer bien a los enemigos, no mandó la virginidad, sino que la dejó al arbitrio y voluntad de sus oyentes, diciendo estas palabras: *El que pueda alcanzarlo, alcáncele-lo*¹². Porque es esta obra de grandes alientos, difícilísima esta lucha; hay que sudar y trasudar, pues es el terreno de esa virtud resbaladizo y arriesgado. Así nos lo declaran aquellos santos del Antiguo Testamento, que florecieron en toda virtud.

Porque aquel gran Moisés, cabeza de los profetas, sincero amigo de Dios, y que tuvo en El tan grande autoridad y confianza que libró de la pena de muerte decretada por Dios a seiscientos mil hombres, un hombre tan grande y tan insigne que mandó al mar y dividió en dos mitades el inmenso piélago, y rompió las rocas, y cambió los vientos, y convirtió en sangre las ondas del Nilo, y levantó contra Faraón ejércitos de ranas y langostas, y cambió las naturalezas de las cosas e hizo otros innumerables milagros y nos dejó otros muchos ejemplos de virtud, pues así en lo uno como en lo otro fue excelente; a estos

combates ni echó ojos siquiera, sino que necesitó del matrimonio y no se atrevió a engolfarse en el mar de la virginidad por miedo a su oleaje.

Asimismo, aquel valeroso patriarca, sacrificador de su hijo, fue capaz de pasar por encima del violentísimo afecto natural de padres a hijos, tan profundamente arraigado en la naturaleza, llegando hasta sacrificar voluntariamente a su hijo, y un hijo como Isaac, en la flor de su edad, en todo el vigor de su juventud (tenía veinticinco años), hijo único, queridísimo, concedido por Dios fuera de toda esperanza, dotado de tantas prendas y virtudes, único báculo de su extrema vejez, y subirlo al monte para tal objeto, y erigió el altar y amontonó la leña y acomodó encima la víctima, y desenvainó el puñal y lo acercó al cuello del joven (Gen., 22, 9), porque lo acercó, y llegó a teñirlo en sangre aquel diamante, y más firme que el diamante, pues éste lo es por naturaleza, aquél lo fue por gracia, emulando la natural firmeza y dureza diamantina merced a su abnegada voluntad, ostentando angélica tranquilidad, exenta de toda perturbación. Y, sin embargo, este fortísimo varón, que obtuvo el triunfo en tan heroica lucha y excedió los límites de la naturaleza, no osó afrontar el combate de la virginidad, sino que receló también esta palestra y se acogió al seguro del matrimonio.

8. Alabanzas de Job; sus calamidades.— ¿Quieres que añadamos también a éstos al paciente Job? ¿Aquel varón recto, sencillo, temeroso de Dios y que se apartaba de toda maldad? ¹³. Pues éste dio de bofetadas al diablo, y, herido él y sin herir, dejó vacía toda su aljaba, y recibiendo sus continuas saetas, aguantó como un yunque toda suerte de tentaciones y pruebas a cuál más atroces. Porque las cosas que aquí parecen molestas y, en efecto, lo son, son principalmente éstas: la pobreza, enfermedades, pérdida de hijos, irrupción de enemigos, ingrátitudes de amigos, hambre y dolores perpetuos, calumnias, improperios, infamias; pues todas ellas cayeron de repente sobre un solo hombre, y, lo que es más, cuando menos lo esperaba.

Y hay que entender de este modo lo que voy diciendo: cuando uno ha nacido pobre y, como tal, se ha educado, fácilmente tolera la pobreza, como experimentado en ella; mas el que está nadando en riquezas y abunda en toda suerte de comodidades y regalos, y viene a caer de repente en el extremo contrario, no lo sufre tan aínas, porque,

como a hombre inexperto que se ve de repente asaltado de ella, le parece acerba en demasía. De un modo semejante el que es villano y dejaba alcurnia y ha vivido siempre en perpetua abyección, poca mella le hacen los dictérios y afrentas; mas al que antes vivió en grande honra, escoltado de muchos, celebrado en lenguas de todos y magníficamente ensalzado, si viene luego a menos y cae en la abyección y deshonra, le acaece lo mismo que a aquel que de rico vino a ser pobre. Asimismo, el que queda sin hijos, aunque los pierda todos, con tal que no sea en un mismo día, alivia el llanto por la desaparición de los muertos con el consuelo de los que quedan vivos; y calmado el dolor que la muerte de los primeros le causara, si, pasado algún tiempo, sobreviene la muerte de otros, le resulta más llevadera la desgracia, pues no viene sobre una herida reciente, sino calmada ya y cerrada por el tiempo, lo cual aminora mucho el dolor. Mas este varón, al contrario, en un punto vio desaparecer juntamente una corona de hijos (siete hijos y tres hijas), y con un género de muerte acerbísimo, porque fue violenta y prematura, y con tales circunstancias de lugar y de tiempo que ponen el colmo al dolor, porque fue en medio de un banquete y en una casa que estaba siempre abierta a los huéspedes y vino a servirles de sepulcro.

Pues ¿qué diré de aquel nuevo linaje de hambre, que no hay palabras bastantes para expresarlo? ¿La llamaré voluntaria o forzosa? Porque no sé cómo llamarla, ni qué nombre dar a una tan impensada calamidad. Preparada estaba la mesa, pero su abstinencia era perpetua, sin tocar siquiera los manjares que estaba viendo, pues el hedor de las llagas que cubrían su cuerpo le quitaba las ganas y llenaba de horror la misma mesa. Lo cual declaraba con estas palabras: *Hedor se han vuelto mis manjares* 14. La fuerza del hambre le aguijaba para que gustase los manjares preparados; pero el increíble hedor que de sus carnes emanaba vencía la fuerza del hambre. Por eso, como antes dije, no sé cómo llamarla. ¿Voluntaria? Pero deseaba gustar los manjares presentados. ¿Forzosa? Pues los manjares allí los tenía y no había nadie que le impidiese tomarlos. Y, además, ¿cómo referir sus dolores, los manantiales de gusanos, los regueros de podre, las afrentas con que le baldonanban sus amigos y aun el desprecio de sus mismos criados. *Pues ni mis criados me perdonaron, dice, sino que me escupían en el rostro* 15. ¿Y aquellos que insultaban su desgracia y le daban en cara con ella? *Los que yo no me dignaba de poner con los*

mastines de mis ganados se han echado sobre mí, y me dan castigo hombres de ínfima ralea(30, I). ¿No te parecen graves todas estas cosas? Ciertamente, lo son. Pero ¿por qué no decir ya lo más capital de todo, el colmo de toda su calamidad y su mayor tormento? Esta era aquella tempestad de ideas y turbaciones que acosaban su alma, esto era lo que principalmente le ahogaba de un modo intolerable, y su misma pura conciencia levantaba deshecha borrasca, entenebreciendo su mente y perturbando al piloto. Porque a los que tienen conciencia de muchos crímenes, aunque tengan que sufrir algo acerbo, sírveles, al menos, de alivio el saber la causa de lo que les sucede, considerando dentro de sí sus pecados y deshaciendo así la turbación que proviene de la duda. Otros hay que no tienen conciencia de crimen alguno, sino que, al contrario, se ven enriquecidos con los adornos de las más eximias virtudes; éstos, si algo semejante se les ofrece que sufrir y tienen noticia del dogma de la resurrección, ven que todas esas luchas se les convertirán en mil coronas de inmensa gloria. A éste, empero, siendo, como era, hombre recto y careciendo, al mismo tiempo, de noticia cierta acerca de la resurrección, lo que principalmente le estremecía era el ignorar la causa de sus males; de manera que más tormento le causaba esta ansiedad y esta duda que los gusanos y todos los dolores del cuerpo. Y para que veas que esto es así, luego que Dios, en su benignidad, se dignó mostrarle la causa de estas luchas, diciéndole que había permitido todo esto para que apareciese clara su justicia, entonces respiró, al fin, como si no hubiese padecido nada, lo cual consta claramente por las palabras que entonces pronunció. Por lo demás, aun antes de saber la causa, sufría, es cierto; pero con ánimo esforzado, y, después de perder todos sus bienes, pronunció aquella admirable sentencia: *El señor me lo dio, el Señor me lo quitó; como al Señor agradó así se ha hecho; sea su nombre bendito* ¹⁶.

9. Pero, entusiasmado con el amor de ese varón, veo que me he separado demasiado de mi propósito, por lo cual, después de añadir algunas cosas, volveré a lo comenzado. Pues este varón de tan eximia virtud, que triunfó de tantas inclinaciones naturales, no se atrevió tampoco a descender a esta liza, sino que tuvo mujer y engendró un gran número de hijos. ¡Tan grande es la virtud de la virginidad; tan sublimes son sus combates; tan grandes sus trabajos, que reclaman grande fortaleza! Y, sin embargo, muchas de las que se han obligado a sostener esta lucha no han logrado vencer esta pasión, sino que han

sucumbido y sufrido mayor derrota que las mujeres que viven en el siglo. Y no me digas que aquéllas no visten oro y seda ni llevan joyas ni pedrerías. Porque lo más grave, y lo que más pone de relieve su enfermedad y demuestra la tiranía con que este afecto las tiene esclavizadas, es que toda su alma y todo su empeño lo tienen puesto en aventajar, con color de vestidos viles y humildes, la elegancia y ornato de las que visten oro y sedas, y de esta manera atraer sobre sí, más que ellas, las miradas y afectos de todos, en lo cual hacen una cosa, a su parecer, indiferente y completamente irreprochable; pero en realidad de verdad, como la misma naturaleza de las cosas lo demuestra, perniciosísima y en sumo grado escandalosa, que arrastra a profundos abismos innumerables almas. En razón de lo cual es preciso cantar tus alabanzas con mil lenguas, porque lo que a las vírgenes se les hace tan difícil, a ti, que vives en la viudez, te resulta tan fácil y hacedero como lo está diciendo tu género de vida. Porque no admiro yo únicamente esa tan maravillosa pobreza de tu vestir, que excede a la de los mendigos, sino, más aún, el no hallar en tu vestido y calzado, y en tu porte y andar, cosa ninguna artificial, postiza o contrahecha, nada exquisitamente elaborado y rebuscado; todo lo cual son preciados colores que nos pintan exteriormente la santidad que adorna tu alma. *La manera de vestir, de reír y de andar del hombre dicen lo que él es*, dice la Escritura¹⁷. Porque si no hubieras pisoteado por maravillosa manera las pompas y vanidades terrenales, no habrías llegado a tan gran desprecio de ellas, ni hubieras sojuzgado tan valientemente este vicio y gravísimo pecado. Grave he dicho, y no crean que exagero llamándole gravísimo pecado. Porque si sobre las mujeres mundanas de los hebreos atrajo tan terribles castigos, ¿qué perdón podrán esperar aquéllas, cuyo pecado es tanto más grave, pues se obligaron a imitar la puridad angélica y contristar al Espíritu Santo, que habita en sus almas?¹⁸. Porque si ves una doncella con vestidos transparentes y muelles —cosa que ya el profeta¹⁹ condenó como crimen—, de andar lascivo, cuyo hablar, mirar y vestir va ofreciendo el veneno en copa de oro a los que la miran con ojos impúdicos, y abriendo precipicios tras precipicios, y tendiendo lazos y más lazos a los transeúntes, ¿cómo podrás llamarla virgen, sino más bien mujer perdida?²⁰. Porque ni aun las malas mujeres presentan los atractivos que éstas, desplegando la voluptuosidad en todo. Por eso te llamamos santa y te celebramos con grandes alabanzas, porque, triunfadora de este vicio, has dado

también ejemplo de mortificación en este punto, no para ostentar elegancia, sino fortaleza cristiana, pretendiendo, no mundanidad mujeriego, sino armas para pelear las batallas del Señor.

10. Más como ya he mostrado por la uña del león y aún sólo en parte, pues no he recorrido esta virtud tuya en toda su extensión, porque temo, ya lo dije, penetrar en los mares sin fin de tus múltiples y varias virtudes, ni me propongo ahora tejer tu panegírico, sino consolar tu aflicción, voy a resumir todo lo dicho. ¿Y qué es ello? Que no pares mientes en los delitos de éste ni en los crímenes de aquél, sino que, desechados esos importunos pensamientos, fijas tu atención en tu paciencia y aguante; en tus ayunos, oraciones y vigiliass; en tu continencia, limosnas y hospitalidad, y en las luchas y victorias de tantas tentaciones y pruebas. Considera despacio cómo desde tu misma niñez hasta el día de hoy no has cesado de alimentar a Cristo hambriento, darle de beber sediento, hospedarle peregrino, visitarle enfermo y encarcelado. Piensa en el inmenso piélago de tu caridad, que has abierto en tal manera, que ha llegado impetuoso hasta los últimos confines del mundo. Pues no sólo ha estado abierta tu casa a todo el mundo, sino que son sinnúmero los que por mar y tierra han podido gozar de tu hospitalaria liberalidad. Reúne en un ramillete todos estos méritos, y con la esperanza de tantas coronas alegra y regocija tu alma. Y si anhelas presenciar los castigos de esos hombres crueles y sanguinarios de otros que han perpetrado crímenes mucho más atroces, no pierdas la esperanza de verlos, que también el mendigo Lázaro vio arder al rico Epulón, pues aunque por haber sido sus vidas tan diferentes ocupaban sitios muy distintos y separados por un abismo, morando uno en el seno de Abraham y el otro en intolerables hogueras, no obstante, le vio Lázaro y le oyó y le respondió. Porque si el que sólo despreció a uno sufre tan terribles tormentos, y al que escandalice a uno le fuera mejor que le arrojasen al profundo del mar con una piedra de molino al cuello ²¹, los que han escandalizado tan extensas e importantes regiones y arruinado tantas Iglesias, introduciendo guerra, perturbaciones, tumultos en todo, y han sobrepujado a los forajidos, piratas y bárbaros en crueldad y barbarie; los que, incitados a diabólica furia por su capitán Satanás y por sus aliados los demonios, han entregado a la fábula y burla de judíos e infieles religión y enseñanza tan veneranda, sacrosanta y digna del que nos la dio; los que han sumido en el abismo tantas almas y causado tantos naufragios

11. **Consuela a Olimpiades, afligida por su ausencia.** Piensa todo esto y recapacítalo, y así lograrás deshacer esa nube de tristeza. Pero como, según creo, hay, además, otra causa de tu angustia y tormento, pongamos ahora remedio a esa idea con lo ya dicho y lo que vamos a decir. Porque me parece que tu dolor no reconoce por causa únicamente las cosas dichas, sino también el hallarte alejada de este vil hombrecillo, pronunciando y repitiendo mil veces ante todos estos lamentos: Ya no oímos aquella voz, ni gozamos de su enseñanza, sino que estamos muriéndonos de hambre y sufriendo lo qué en otro tiempo amenazaba Dios a los Hebreos; esto es, hambre no de pan y sed no de agua, sino hambre de las divinas enseñanzas ²³. Pues ¿qué remedio? En primer lugar, que, en ausencia mía, puedes valerte de mis libros. Luego, yo, por mi parte, si encuentro portadores, te escribiré largo y frecuente. Pero si, además, deseas oír de viva voz mis enseñanzas, quizás lo lograrás también, y, con la ayuda de Dios, verme de nuevo; y no quizás, sino de cierto, no lo dudes. Y cuenta que lo digo de pensada y no por mantenerte ilusionada y engañada; lo que ahora recibes por cartas me lo escucharás después de viva voz. Y si la tardanza te es molesta, piensa que no te será sin provecho, sino que te proporcionará muy grande galardón si la llevas en paciencia y sin quejarte; antes bendiciendo también a Dios por este título, como constantemente lo haces, porque no es prueba corta ni ligera, sino grande y de ánimo valiente y generoso el sufrir la partida y la ausencia del amigo. ¿Qué quién nos lo asegura? Todo el que ama con amor sincero y tiene bien conocida la fuerza de la caridad entiende lo que digo. Y para no andar vagando acá y allá en busca de sinceros amantes —porque es rara la virtud de la caridad— vamos a San Pablo, y él nos expondrá cuán grande es este empeño y cuán grande ánimo requiere. Porque este Pablo, que se había desnudado de su carne, y había despreciado su cuerpo, y recorría el mundo casi con sola el alma, y había echado de sí toda afición desordenada, imitando la paz de las jerarquías angélicas, viviendo en la tierra vida de cielo y habitando con los querubines en las altas moradas, participando con ellos de aquellas místicas melodías, sobrellevaba sin pena todas las cosas, como si las padeciera en cuerpo ajeno: cárceles, cadenas, destierros, azotes, amenazas, muertes, pedreas, sumersiones y todo género de suplicios. Pero este mismo varón, separado de un hombre a quien amaba, experimentó tan grande perturbación, que salió sin pararse de aquella ciudad por

no haber hallado allí al amigo que esperaba. Testigo la ciudad de Tróade, que abandonó sólo por esto, porque no pudo mostrárselo allí entonces. *Como llegase a Tróade, dice, a causa del Evangelio de Cristo, y me hubiese abierto el Señor entrada favorable, no tuvo sosiego mi espíritu por no haber hallado allí a mi hermano Tito, y así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia* ²⁴. ¿Qué dices, Pablo? Atado a un leño, encarcelado, llagadas las espaldas por los azotes y bañado en sangre, catequizabas y bautizabas, ofrecías el sacrificio y no desechabas a un solo hombre que hubiera que salvar; y ahora, llegado a Tróade y viendo el campo desbrozado y limpio, alzado y binado, y dispuesto para la siembra, llena la era, y hallando facilidades para todo, ¿dejaste ir de las manos tanto fruto que con haber ido allá precisamente para esto —habiendo llegado a Tróade para el Evangelio; esto es, con el fin de evangelizar— y sin que nadie te estorbase —y habiéndoseme abierto la entrada—, no obstante, te retiras al punto? Sí, por cierto, dice; porque me invadió con tal tiranía la tristeza, me conturbó tanto la ausencia de Tito y me aplanó y venció de tal modo, que me obligó a proceder así. Pues que todo esto fue a causa de la tristeza, no necesitamos conjeturarlo, pues de su boca debemos oírlo. Porque la razón de su partida la expone él mismo con estas palabras: “No tuve sosiego para mi espíritu por no encontrar allí a Tito, sino que, diciéndoles adiós, partí de allí.”

12. ¿Ves cuán grande lucha es tolerar de buen grado y con paz el apartamiento de un amigo, y cuán sublime y valeroso ánimo requiere? Esta lucha estás tú luchando ahora. Mas cuanto mayor es la lucha, tanto más preciosa será la corona y espléndido el premio. Sírdate, pues, esto de consuelo en la tardanza, y juntamente que te habremos de ver colmada del galardón así merecido, coronada de imperial diadema en medio de la alabanza y aclamación universal. Porque los que aman no quedan satisfechos con la unión sola de los corazones, ni tienen esto por suficiente consuelo, sino que ansían, además, la presencia del cuerpo y, en faltando ésta, carecen de una gran parte de su gozo. Y también esto hallaremos ser así si vamos al alumno de la caridad, pues en aquella carta que escribió a los Macedonios dijo estas palabras: *Nosotros, hermanos míos, después de haber estado un poco tiempo separados de vosotros con el cuerpo, no con el corazón, hemos deseado con tanto más ardor y empeño volveros a ver; por eso*

quisimos pasar a visitaros, y en particular yo, Pablo, he estado resuelto a ello más de una vez; pero nos lo ha estorbado Satanás..., por lo cual, no pudiendo sufrir más el estar sin noticias vuestras, tuvimos por bien quedarnos solos en Atenas y os enviamos a Timoteo ²⁵. ¡Oh, cuánta fuerza encierra cada palabra!, pues manifestaba clarísimamente la ardiente llama que devoraba su pecho. Porque no dijo separados de vosotros, o apartados, o distantes, o ausentes, sino *orbatí a vobis* (= huérfanos de vosotros, buscando un vocablo que fuera capaz de expresar su dolor. Pues con ser él el padre de todos, con todo, usa palabras de niños huérfanos y pupilos que han perdido a sus padres en la menor edad para indicar la tristeza que embarga su ánimo... Porque no puede pensarse cosa más acerba que la orfandad prematura, cuando ni la edad les ayuda para nada útil, ni hay hombres de buen corazón que quieran encargarse de su tutela y curatela, mientras se alzan de súbito muchos que les arman mil celadas, con ojos a su hacienda, porque se ven entregados, como ternos corderos, a carniceros lobos, que los hieran y desgarran del todo. No hay discurso capaz de explicar calamidad tan enorme. Por eso Pablo, habiendo mirado a todas partes en busca de palabra que indicase la soledad y acerbísima calamidad en que se hallaba su alma; al verse apartado de los que amaba, usó de esta palabra, y luego la exageró aún más por las siguientes. Huérfanos, dice, y no por un largo espacio de tiempo, sino muy breve (= *ad tempus horae*) ²⁵ (I Tess., 2, 17); y separados no en el espíritu, sino de vista sólo; pero ni aun así podemos sufrir el dolor que esto nos causa; a pesar del gran consuelo que nos produce la estrecha unión de nuestra alma, y el llevaros dentro del corazón, ni, finalmente, el haberos visto ayer y anteayer; no obstante, nada de esto nos libra de la tristeza. ¿Qué es, pues lo que deseas; qué pides, qué anhelas con tanta vehemencia? Ver su mismo rostro. *Abundantius enim*, dice, *festinavimus faciem vestram vider* (= con mayor ardor nos damos prisa para ver de nuevo vuestro rostro) ²⁶. ¿Qué dices, oh varón grande y excelso? A ti, que llevas dentro al mundo crucificado y, a tu vez, estás crucificado para el mundo; que te has apartado de la carne y sangre y casi te has despojado del cuerpo, ¿te ha cautivado la caridad hasta tal punto que te ha hecho postrarte delante de una carne hecha del lodo de la tierra y que cae bajo humanos sentidos? Mucho, dice, y no me avergüenzo de confesarlo; antes de ello, me glorío, pues, teniendo en mi pecho el manantial de la caridad, madre de todos los bienes, no

exijo menos. Y no anhela sólo la presencia corporal, sino que ansía ver su rostro. *Con gran anhelo nos dimos prisa a ver vuestro rostro*, dice. ¿Conque su vista deseas y ardes en vivas ansias de mirar sus semblantes? Y con vehemencia, dice, porque allí están juntos en ellos los órganos de todos los sentidos. Porque una mera alma unida con otra alma no es capaz de decir ni de oír cosa alguna; mas si yo llego a gozar de su corporal presencia, podré yo hablar y escuchar a mi vez al que amo. Por eso deseo con gran vehemencia ver vuestro rostro, en el cual está la lengua que es la que produce la voz y expresa los sentimientos del alma, y el oído que recibe las palabras, y los ojos que reflejan los movimientos del alma, pues por medio de ellos se puede gozar mejor de la unión del alma amada.

13. Y para que veas cuánto es el deseo en que se abrasa de verlos, después de haber dicho: *nos dimos prisa con gran ardor*, no se contentó con esta frase, sino que añade: *in multo desiderio* (= *con gran deseo*). Y luego, no sufriendo ir mezclado entre los demás, después de haber dicho: *nos dimos prisa y deseamos ir a vosotros*, se salió de esta generalidad y, poniéndose aparte, dijo: *Yo, Pablo, en particular una y otra vez*, mostrando así que lo había deseado con más vehemencia que los demás. Luego, no habiendo logrado ir a verlos, no contento con enviar cartas, les envió, al fin, a su compañero Timoteo que hiciese las veces de carta; por eso añadió: *No sufriendome el corazón* ²⁷. ¡Oh expresión enérgica y noble, que muestra una caridad incoercible, irrefrenable e irresistible! Y como un hombre abrasado de voraz incendio no deja piedra por mover, buscando algún respiro, así también éste encendido, sofocado, inflamado de la caridad, excogitó, como pudo y era hacedero, un rayo de consolación. No sufriendonos más el corazón, hemos enviado a Timoteo, ministro del Evangelio, compañero y ayudador nuestro, apartando de nuestra compañía un miembro tan necesario y cambiando tristeza por tristeza. Pues que él no sufría fácilmente su ausencia, sino que pasaba esta molestia por bien de ellos, claramente lo indicó con estas palabras: *tuvimos por bien quedarnos solos*. ¡Oh alma convertida en la caridad misma! Pues por la ausencia de un solo hermano dice que se ha quedado solo, teniendo consigo muchos otros.

14. **Galardón de la paciencia.** Piensa entre ti estas mismas cosas, y, cuanto mayor tormento te cause la separación, piensa que tanto

será también mayor el fruto si lo toleras de buen grado. Porque no sólo las heridas corporales, sino también los pesares del alma nos labran coronas sublimes sobre todo encarecimiento, y el dolor del alma más que el del cuerpo, cuando los heridos lo sufren con hacimiento de gracias. Pues así como alcanzarías grandísima recompensa si, desgarrándote y deshaciéndote el cuerpo a poder de azotes los sufrieses con generosidad y valentía, pregonando así la gloria de Dios, del mismo modo, sufriendo con paciencia esta ausencia, has de esperar por esto grandes premios. También quiero que esperes vernos de nuevo, quedando así libre de esta tristeza y alcanzando después y ahora de esta aflicción grande ganancia.

Y para alivio de tu aflicción esto te basta; más aún, no sólo a ti, sino a cualquiera otro, aunque fuera de corazón vil y de piedra. Pero donde tanta discreción hay, y de piedad tan gran tesoro, tan sublime virtud y un alma tan despreciadora de la mundana pompa, la curación de la enfermedad es mucho más fácil. Y así, muestra también en esto tu caridad para conmigo haciendo tanto caso de mis cartas como si me estuvieses oyendo en tu presencia. De lo cual darás clara muestra si vemos que nuestras cartas han hecho algún fruto, y no sólo alguno, sino tanto como deseamos. Y es nuestro deseo verte tan alegre como te veíamos estando ahí. Si esto llegamos a saber, recibiremos también nosotros no pequeña consolación de la presura y afán en que ahora estamos. Así, pues, si tienes interés en que vivamos tranquilos —y me consta que en gran manera lo deseas y procuras—, haz que recibamos noticias de que has despedido de ti esa nube de tristeza y gozas de perfecta tranquilidad y paz, y págame así mi benevolencia para contigo. Porque no se te oculta; por cierto, no ignoras, repito, cuán grande consuelo y alivio me proporcionarías si así lo hicieres y nos avisares de ello por cartas.

-
1. I Cor., 5, 1.
 2. I Cor., 5, II.
 3. I Cor., 5, 5.
 4. I Cor., 5, 2.
 5. 2 Cor., 7, II.
 6. 2 Cor., 2, II.
 7. Mt., 24, 29.
 8. I Cor., 7, 34.
 9. Mt., 25, 34.
 10. Is., 3, 16; 18, 24.
 11. Luc., 20, 35.
 12. Mt., 19, 12.
 13. Job., I, 1.
 14. Job., 6, 7.

15. Job., 30, 10.
16. Job., I, 21.
17. Eccli., 19, 27.
18. Ephes., 4, 30.
19. Is., 3, 16.
20. Is., 3, 16.
21. Mt., 18, 6.
22. I Cor., 12, 57.
23. Amos., 8, II.
24. 2 Cor., 2, 12, 13.
25. 2 Thess., 2, 17, 18 y c. 3, 1, 2.
26. I Thess., 2, 17.
27. I Thess., 3, 1.

CARTA III

La escribió desde Cucuso el año 404, y es la más larga y elocuente de todas. Lo que en esta carta pretendo, dice el Santo, es no sólo quitarte la tristeza, sino proporcionarte grande ánimo y alegría, lo cual es fácil con tal que tú quieras, porque la alegría y el valor del alma no depende de las leyes naturales, sino de los libres pensamientos del alma, que está en nuestras manos gobernar y regir.

Hay muchos ricos tristes y muchos pobres alegres, como en nuestras conversaciones te dije con frecuencia. Pero es precioso que practiques mis consejos; si no, nada consigues y la culpa es tuya, como sucedió a los judíos con el Salvador (Jn., 15, 22; y Mt., 23, 37, 83.) Explica la naturaleza de la tristeza, que es polilla no sólo de los huesos, sino aun de la mente, y carcoma que roe no sólo el cuerpo, sino también el alma, y horribles tinieblas, en las cuales se vuelve noche el mediodía. (Amos., 8, 9.)

Pruébalo con ejemplos de los dolores de Eva y de sus hijas. Es más terrible que la muerte, y ésta lo es tanto, que: *a*), se da por castigo a los sacrilegios (I. Cor., II, 30); *b*), la temió mucho Abraham al penetrar en Egipto (Gen., 12, 12, 13); *c*), Elías (3. Reg., 19); *d*), a pesar de que la vemos cada día, siempre nos consterna y aterra, porque viene como ladrón cuando no la esperamos (Mt., 24, 44 y Apoc., 3, 3). ¿Quién no se consterna al ver muerto a un hombre que ayer mandaba y triunfaba, etc.?

Pues más terrible es la tristeza: *a)* Abatidos de ella, no quisieron los hebreos escuchar a Moisés, que les anunciaba de parte de Dios la liberación de su cautiverio (Exod., 6, 9). *b)* Como el mayor de todos los castigos la puso Dios (Deut., 28, 75). *c)* Tristeza de los Apóstoles (In., 16, 5, 6). *d)* Elías (3. Ref., 19, 3, 4) deseó la muerte para librarse de la tristeza. *e)* Y lo mismo Jonás (Jon., 4, 3). *f)* Y David (Ps., 38, 2-5). *g)* Inmensas coronas para el padecer más que para el hacer. *h)* Compara la benignidad de Job con su paciencia y dice que ésta es más meritoria (Job, 31, 32; 29, 15, 17; 31, 31). Ven ahora conmigo a contar sus calamidades (Job, I, 9; 6, 8). *i)* Sin trabajo ninguna virtud merece alabanza. Lázaro ganó mucho con sólo padecer. *j)* Cada uno recibirá el premio según su trabajo. (I. Cor., 3, 8). *k)* San Pablo más mereció padeciendo que haciendo (2. Cor., II, 23-30). *l)* Realizar alguna hazaña con sufrimientos es de más mérito que hacerla sin ellos. Pruébalo comparando a Nabucodonosor con los Apóstoles (Dan., 3, 96-100). *ll)* A los repetidos ruegos de Pablo para que lo librase de sus sufrimientos no quiso Dios acceder: *Bástate mi gracia* (2. Cor., 12, 9). Sus coronas, porque por tres años no cesó de amonestar ni de día ni de noche *con lágrimas* a los de Efeso y Mileto (Actos, 20, 31).

Inmensos premios merecidos por Olimpia a causa de sus múltiples y continuas calamidades, sufridas desde su niñez y durante toda su vida. Prueba lo mismo por sus sufrimientos que el patriarca José tuvo que soportar de sus hermanos y de la Egiptia, por las calumnias y por la sucia y tenebrosa cárcel; mas le admira en ella que cuando, sentado en el trono de Egipto y vestido de oro y pedrería repartía el trigo y era el refugio de todo el mundo, y Dios, para que brillase más la virtud del joven, permitía que se sucediesen peligros a peligros, pruebas a pruebas, y lo toleraba todo con infinita magnanimidad. Porque a la envidia sucedió la calumnia, y a la calumnia el tormento, y al tormento la esclavitud. Y no pases de largo esta prueba, porque fue muy dura, en país extraño y

entre gente bárbara, para un joven muy querido de sus padres y criado con regalo en una casa rica y abastada de todo. Mas no pararon aquí las desgracias, sino que, después de haber tenido aquellos sueños de grandeza y de gloria, se vio sumido en la mayor miseria, vendido, calumniado y cargado de cadenas en horrorosa cárcel. Con una amplificación elocuentísima describe luego muy detallada la terrible tentación de que fue objeto de parte de su señora y su insigne victoria.

Pero ¿qué consiguió con ella, qué premio le dieron? Nuevas injurias y atentados, nuevos abismos de malicias, y muertes, y peligros, y calumnias, y odio necio e inicuo, porque a una pasión siguió otra pasión, y a los deseos impuros, la ira y la venganza; y es condenado aquel varón eximio que merecía mil coronas.

Y, no obstante, en medio de tantas calamidades, no piensa en sus injuriadores, ni recuerda sus ofensas, sino que estaba tan radiante de alegría, que despenaba a los tristes compañeros que halló en la cárcel, y al vaticinarle su liberación, a uno de ellos le rogó que se acordase de él delante del rey; pero aquél olvidó, ingrato, el beneficio, y, mientras él disfrutaba en el palacio, seguía José en la cárcel. ¡Providencia de Dios amorosa, que dilataba la lucha para multiplicar las coronas! Pero en medio de los trabajos Dios le guarda y le cuida, y no permite a la ira de sus hermanos, ni a la de Putifar ofendido, que le quiten violentamente la vida.

Desecha, pues, la tristeza y espera en la infinita magnanimidad de Dios y no ceses de cantar su gloria.

Ni los cuerpos que han estado luchando con fiebres graves se reponen en un momento, ni las ondas del mar, agitadas por el ciclón, recobran de súbito su tranquilidad, sino poco a poco. Pues así como aquellos necesitan larga convalecencia para restablecerse, despidiendo la debilidad que la enfermedad les causara, así también éstas, calmados los vientos, siguen agitándose aún algún tiempo y ludiendo unas con otras con grande ímpetu, hasta que, pasado algún tiempo, sobreviene la completa bonanza.

1. El comenzar a escribirte con este exordio no creas que es sin razón; es para que entiendas que te escribo ésta impulsado por la necesidad. Pues aunque por las anteriores logremos deshacer la tiránica tristeza echándola del alcázar en que se había encastillado, necesito, sin embargo, insistir mucho en mis razonamientos para proporcionarte tranquilidad completa y, que borrado el recuerdo de las turbaciones que te causó aquella angustia, disfrutes de una cándida y segura paz y pases la vida en grande animación y alegría. Porque eso es lo que ahora pretendo, y en esto pongo todo mi empeño, no sólo en quitarte la tristeza, sino en colmarte de un grande y perfecto gozo y placer, y esto es fácil con tal que tú quieras. Porque la alegría y el valor del alma no dependen de las leyes naturales, que son incontrastables e inmutables, sino de los libres pensamientos del alma, que está en nuestro arbitrio moderar y regir. Ya recordarás las muchas y largas conversaciones que no hace mucho teníamos cuando traía yo y te contaba a este propósito varias historias. Porque muchos que nadaban en la abundancia tuvieron esta vida por pesada y acerba, mientras otros que vivían en estrechez y pobreza vivían tranquilos y en dichosa paz; aquéllos, rodeados de muchos amigos y servidores y encumbrados a las más altas honras y dignidades, maldecían su suerte; y estos otros, en cambio, de oscuro linaje y desconocidos de todo el mundo, se tuvieron por más dichosos que otros muchos, porque (no me cansaré de repetirlo) la tranquilidad y la paz no dependen de la naturaleza de las cosas, sino del ánimo y juicio de los hombres; no te apures, pues, sino ten grande ánimo y confianza; atiende a mis consejos y echa tú también una mano para que consigamos que salgas de la dura esclavitud de tus pensamientos. Porque si no pones tú de tu parte tanto como yo de la mía, será de poco provecho la cura. Y que a mí me suceda esto nada tiene de extraño, pues el mismo potentísimo Dios, cuando aconseja o amonesta, si no le hacen caso los oyentes, sino que le desobedecen, el mal es para ellos, que se acarrean mayores castigos, como nos lo enseñó Cristo en estas palabras: *Si yo no hubiera venido y no les hubiera predicado, no tendrían culpa de no haber creído en mí; mas ahora no tienen excusa de su pecado*¹. Y por la misma razón, cuando lloró sobre la indócil Jerusalén, dijo estas palabras: *Jerusalén, Jerusalén, que matas los profetas y apedreas a los enviados de Dios, ¿cuántas veces he querido reunir a tus hijos y tú no has querido?*².

2. **Consuela a la afligida; explica la naturaleza de la tristeza; es castigo de Eva.** Cierta, pues, como estás de estas cosas, señora mía religiosísima, trabaja y lucha con valor, haciéndote violencia y acudiendo a los remedios que te he indicado; arroja y lanza muy lejos de ti aquellos pensamientos que te turban y levantan tanto oleaje y tan gran borrasca. Que serás dócil y practicarás lo que te aconsejo, nadie lo duda; lo urgente es suministrarte armas, prepararte espadas y lanzas, arcos y flechas, corazas y escudos y fuertes botas con que no sólo te protejas y defiendas, sino que eches por tierra, cortes y deshagas esos pensamientos que te intranquilizan y perturban. Mas ¿de dónde sacar máquinas y hondas con que no sólo ahuyentes a los enemigos, sino que los rechaces y arrojes lo más lejos posible? —De la misma manera—. ¿Cómo? Estudiando su naturaleza y demostrando cuán grave cosa es, cuán molesta y dañosa. Porque la tristeza es el tormento del alma, es un dolor inenarrable y el suplicio mayor de todos los suplicios; semejante a la pestífera carcoma, no sólo roe el cuerpo, sino que extiende su estrago hasta la misma alma; polilla es no sólo de los huesos, sino de la mente, y verdugo perpetuo que no sólo traspasa el pecho, sino que consume las fuerzas todas del alma; noche sin fin, horribles tinieblas, tempestad y borrasca; guerra sin tregua ni cuartel; ceguera que impide ver las cosas que están delante de los ojos. Pues a los que adolecen de esta enfermedad hasta el sol y el aire les molesta, y el pleno día se les vuelve profunda noche. Por esto dijo aquel eximio profeta: *A mediodía se les pondrá el sol*³; no porque se oculte aquel astro o se interrumpa su ordinario curso, sino porque al corazón triste y afligido el más claro día le parece noche. Porque no son tan espesas las tinieblas de la más oscura noche como las de la tristeza, la cual es noche; pero no lo natural, que comienza con la puesta del sol, sino la que forma la oscuridad de la razón y la mente, horrenda a la verdad e intolerable, que tiene un semblante feroz más cruel que todos los tiranos; y con gran dificultad cede a nadie que intente disiparla, pues al alma que coge, si ella no procede con mucha discreción, no la suelta, sino que la tiene asida más fuerte que un diamante.

3. Mas ¿a qué detenernos en largos discursos cuando podemos recurrir a los que fueron presa de ella y en ellos podremos ver sus enormes fuerzas? Pero, si te parece, demostrémoslas antes por la razón. Cuando Adán cometió aquel grave pecado que trajo la condenación a todos los hombres, solamente fue condenado a trabajar: *Con el*

sudor de tu frente comerá el pan ⁴. Eva, en cambio, cuyo pecado fue tanto más grave que, comparado con él, el de Adán ni el nombre merece de pecado, pues dice la Escritura: *Adán no fue engañado, sino que la engañada en la transgresión fue Eva* ⁵; a Eva, digo, que fue la engañada y la que violó la ley de Dios y preparó el veneno para sí y para su marido, la condena Dios a mayor dolor, porque más penoso es éste que las labores del campo. *Multiplicaré tus dolores y tus gemidos en tus embarazos. Con dolores parirás tus hijos* (Gen., 3, 16). Nada de trabajos aquí, nada de sudores y miserias, sino tristezas, dolores y gemidos y el consiguiente tormento, tan grave y más grave aún, pesado y terrible que mil muertes.

3. Demuestra que nada hay más grave y terrible que la muerte. Aunque ¿qué cosa puede haber más terrible que la muerte? ¿No es, acaso, el mayor y más capital de todos los males humanos? ¿No es horrenda e intolerable y digna de llorarse con lágrimas de sangre? ¿No dijo ya San Pablo que es castigo de un atrozísimo delito? Porque a los sacrílegos que se llegan indignamente a los sacrosantos misterios y a la mesa adorable esta pena dice que les aguarda: *Por eso hay entre vosotros, dice, enfermos y débiles y mueren muchos* ⁶. ¿Y este suplicio no lo imponen los legisladores todos por los más atroces crímenes? ¿Qué digo los legisladores humanos? El mismo Dios, ¿no señala esta pena para los que se hacen reos de los mayores delitos? ¿Y no fue, por ventura, el miedo a la muerte el que, contra la misma naturaleza, movió a aquel patriarca a entregar su mujer a la barbárica lascivia, inventando aquel cuento y suplicando a su esposa que obrase contra él en tan grave y trágico hecho? Y no le arredró el pudor y la vergüenza de dar la razón de aquella simulación casi teatral, sino que dijo: *Sucedará, cuando los egipcios te vean tan hermosa y de rostro agraciado, que me matarán a mí y a ti te reservarán para sí. Di, pues, te ruego, que eres hermana mía, para que yo sea recibido y salve mi vida por tu respeto* ⁷. ¿Has visto qué miedo? ¿Has visto cuál sacude el pánico a aquel excelso y valerosísimo ánimo? ¿Has visto cómo quebranta el miedo a los mismos diamantes? Parentescos inventa, imponiendo a su mujer un nombre por otro y exponiendo a la cordera a ser presa de aquellos lobos. ¿Hay cosa más acerba para un marido que ver, y aun meramente sospechar, a su mujer deshonorada? Pues eso, y, lo que es aún más duro (pues no era mera sospecha, sino que intenta-

ba el mismo hecho), eso no sólo lo está viendo, sino que trabaja para que se perpetre, porque un sentimiento vencía a otro: al grave, el más grave, y al celo del marido, el terror de la muerte.

Y también aquel gran profeta Elías, por miedo a la muerte, sin otro motivo de recelo que la amenaza de aquella mujer intemperante y criminal, abandona su país y huye ⁸, y el que había cerrado el cielo y hecho tantos milagros no tuvo valor para sufrir una palabra de amenaza, sino que de tal modo invadió el pavor aquel ánimo excelso y levantado hasta los cielos, que después de tanta firmeza y confianza, después de haber hablado a los reyes con tanta libertad y haber dado muestras de tan gran valor, abandona de repente su patria y aquel pueblo por amor del cual se había arrojado, intrépido, a tantos peligros y emprende él solo un viaje de cuarenta días para irse a vivir a un desierto. Y es que es cosa horrenda, sumamente horrenda, la muerte. Viéndola estamos llegar a cada paso y arrebatrar hombres y más hombres, y, sin embargo, siempre nos impresiona y conturba, siempre nos consterna y aterra, porque, cuando menos pensamos ⁹, viene como ladrón ¹⁰ y roba y mata y saquea lo mismo los regios alcázares que las pobres cabañas. Y no vale, para consolarte y esforzarte, que medites y recapites cada día:

*Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.*

No amengua ni se envejece esta angustia con el tiempo, sino que conserva siempre su juventud y lozanía, produciéndonos cada día y cada momento un nuevo y terrible miedo. Y con mucha razón. Porque ¿quién no se consterna y aterra al ver a un hombre que ayer andaba por esas calles, que gobernaba su casa, árbitro de todos los negocios; que cuidaba de su mujer, y de sus hijos, y sus criados, y aun de grandes ciudades; que lanzaba amenazas y era el terror de toda la comarca; que imponía y quitaba a su talante los castigos y suplicios y llevaba a cabo mil empresas en ciudades y regiones enteras; al verle, repito, tendido de repente en una tumba más mudo que una piedra? ¿Y que mientras hombres sin cuento están llorando, sus más amigos deshechos en llanto y su mujer hiriéndose el rostro y mesándose los cabellos, rodeada de multitud de criadas que estremecen con sus alari-

dos la casa, él, sin embargo, nada sepa ni sienta? ¿Cómo no aterrarse, repito, al verlo todo de repente perdido? ¿Perdida la razón, el talento y el alma, la hermosura, la gentil frescura y tez de la cara y el movimiento de los miembros, y que a esto ha sucedido todo lo contrario y lo más feo y desagradable: el silencio, pasmo, corrupción, podredumbre, hedor, gusanos, polvo, ceniza, nada, completa disolución y ruina y convertirse por momentos el cuerpo en horrible vil y feo esqueleto?

4. **Más terrible es la tristeza que la misma muerte.** Y, no obstante, este mal, que considerado tanto en sí como en la apreciación de aquellos varones santos es tan grave y horrendo, no alcanza, ni con mucho, en la gravedad a la tristeza. Y por eso precisamente me he alargado tanto en ponderar su gravedad, para que entiendas cuán pesada cruz es la que llevas auestas, y, por lo mismo, el galardón, no ya igual a ella, sino mil veces mayor, que puedes esperar. Y para que veas cuánta verdad es lo que te digo, recurriré de nuevo a los que han experimentado este mal, a lo cual ya antes dirigí mi discurso. El pueblo de los hebreos, al llegar Moisés anunciándole que se acercaba el fin de su cautiverio, ni escucharlo siquiera quiso. Y ¿por qué? La razón la da el mismo legislador, diciendo: *Habló Moisés al pueblo, y el pueblo no quiso escucharlo por miedo y cobardía*¹¹. Estaban angustiados y abatidos por el agobio de excesivos trabajos que les hacían soportar los egipcios. Más aún: cuando Dios hizo a los judíos grandes amenazas por sus muchos delitos; después de amenazarles con la cautividad, el destierro en tierra extraña; después de la esclavitud, la peste y el hambre tal que llegaron a comer carne humana, les añadió aún esta pena: *Os daré un corazón melancólico y espantadizo, y ojos desfallecidos, y un alma consumida de tristeza*¹².

Pero ¿por qué me detengo en citar a los judíos, pueblo petulante, ingrato, carnal e irreflexivo, pudiendo aducir en mi favor a grandes y excelsos varones? Porque el colegio mismo de los Apóstoles, después de haber estado tres años en la escuela de Cristo y aprendido de él muchas cosas de la inmortalidad y otros divinos arcanos; después de haber hecho tantos y tan estupendos milagros, y haber visto a su Maestro realizar tantas maravillas, y haber conversado y comido con El a una mesa, y oído de su boca tan eximios discursos, y de haber sido instruidos en todo género de doctrina, luego que oyeron palabras de tristeza; los que antes no sabían separarse de él y de él estaban

pendientes como niños de pecho, sin cesar de preguntarle: ¿Adónde vas?, esos mismos de tal modo fueron presa de la tiránica tristeza, y fue tal la angustia que se apoderó de sus corazones, que no volvieron ya a hacerle esa pregunta. Por lo cual les reprendió Cristo, diciéndoles: *Habéis oído que voy a Aquel que me envió y vengo a vosotros, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Mas porque os he dicho estas cosas vuestro corazón se ha llenado de tristeza* ¹³. ¿No ves cómo la tiránica tristeza ha oscurecido el oro de la caridad y se ha cambiado su color bellissimo? (Tren., 4, I.) ¿Cómo se ha apoderado de sus corazones, sujetándolos a la más dura servidumbre?

También aquel Elías (porque no acierto a separarme de él), después que huyó y se apartó de Palestina, no pudiendo sufrir su acerba tristeza —que era muy grande su angustia, lo cual dio a entender el sagrado texto con estas palabras: *Se fue por donde le llevaba su imaginación*—, quiero que oigas lo que pidió a Dios en su plegaria: *Bástame ya lo que he vivido, pues no soy yo de mejor condición que mis padres* ¹⁴. Así es cómo aun lo más tremebundo que hay en la tierra, el colmo y remate de todos los suplicios, el más horroroso de todos los males, lo que es pena y castigo de todos los crímenes, lo desea ardientemente y se lo pide a Dios como si fuera el mayor de todos los beneficios y favores. ¡Hasta tal punto excede en terribilidad la tristeza a la misma muerte! Pues, huyendo de aquélla, viene a refugiarse en ésta.

5. Voy a explicarte, a propósito de esto, una cuestión, pues sé cuánto gustas de ver explicadas y resueltas estas cuestiones. ¿De qué cuestión se trata? ¿Cuál es la dificultad? Esta: si tenía a la muerte por menor mal que la tristeza, ¿por qué, para evitar la muerte, huyó de su patria y parentela? ¿Y por qué primero la huía y ahora la desea tanto? Por aquí entenderás cuánto excede a la muerte la tristeza; pues cuando no tenía otro temor más que el de la muerte, hacía todo lo posible por evitarla. Mas luego que asaltó su corazón la tristeza y conoció su fuerza y condición, que es morder, carcomer, consumir y causar intolerable tormento, entonces juzgó, por fin, que la cosa más grave y acerba de todas es más llevadera que la tristeza.

Asimismo, Jonás, huyendo de la tristeza, se refugió en la muerte y se la pidió a Dios con instancia, diciéndole: *Ahora, Señor, te ruego que me quites la vida, porque para mí es ya mejor morir que vivir* ¹⁵. Esto mismo indicó David en un salmo, escribiendo o en persona suya,

o de otros afligidos: *Enmudecí, dice, y humilléme y me abstuve de responder aun cosas buenas, con lo cual se aumentó mi dolor. Sentí que se inflamaba mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego* ¹⁶, designando por aquel fuego el sentimiento de la tristeza, que es más acerbo que el mismo fuego. Por eso, no pudiendo ya sufrir sus heridas y dolores: *Solté, dice, mi lengua. ¿Qué es lo que dices? Di. También éste pide la muerte, diciendo: Ahora, Señor, hazme conocer mi fin y cuál es el número de mis días, para que yo sepa lo que me resta de vida* ¹⁷. Palabras diferentes, cierto, de las de Elías; pero que significaban lo mismo, porque lo que aquél dijo: *No soy de mejor condición que mis padres*, éste lo significó diciendo: *Dame, Señor, a conocer mi fin, para que sepa por qué tardaré aún en ir a Ti; esto es, por qué causa me han dejado aquí hasta ahora y tendré que resignarme a ir más tarde; por qué razón, habiendo desaparecido los otros de la escena de esta vida, he quedado yo aún aquí y se prolonga aún mi vida*. Y desea la muerte con tanto ardor, que, antes que llegue, desea saber siquiera su tiempo, porque aún esto le sirve de gran contento y alegría. De este modo, lo que en sí es tan horroroso, se hace deseable por el intolerable dolor de la tristeza y el fuego que consume su ánimo. *En mi meditación se encendían llamas de fuego*.

Los trabajos granjean coronas. Por tanto tú, que tantas y tan pesadas cruces estás llevando, debes esperar grandísimo galardón, multitud de premios, inenarrables remuneraciones, espléndidas y relucientes coronas por tan heroicos combates. Porque no sólo el bien obrar, sino también el sufrir los males con paciencia nos granjea grandes recompensas y premios amplísimos. Por eso voy a tratar ahora de este asunto, utilísimo para ti y para todos, que basta para aficionar los ánimos a sufrir y librarlos del desaliento en los trabajos, sures y calamidades.

Ya queda demostrado que la tristeza es la mayor de las calamidades y el colmo de todas ellas; resta comparar las otras virtudes como la paciencia en soportar calamidades, para que veas que no sólo a las virtudes, sino también al sufrimiento de calamidades le está preparado premio, y premio amplísimo, y a veces mayor a las calamidades bien llevadas.

Y si no llevas a mal, traigamos aquí como prueba a aquel fortísimo atleta de la paciencia, aquel que de ambas cosas fue maravilloso

ejemplar; aquel diamante, aquella roca incommovible que, aunque sólo vivió en la tierra de Hus, ilustró al mundo entero con el vivísimo resplandor de sus heroicas virtudes y comparemos con éstas sus calamidades, para que aparezca con claridad en qué fue más admirable, heroico e ilustre. *Patente, dice, estuvo siempre mi casa al peregrino, y seguro puerto fue a todo caminante*¹⁸. Más aún, de tal modo poseía sus bienes, que más eran de los pobres que suyos. *Ojos fui al ciego, dice, pies al cojo y padre era a los pobres; con suma diligencia me informaba de los pleitos de los desvalidos, de que no estaba enterado. Quebrantaba las quijadas de los malvados y les sacaba la presa de entre los dientes*¹⁹. *Si negué a los pobres lo que pedían; si burlé jamás la esperanza de la viuda; si comí solo mi bocado y no comió también el huérfano (pues desde mi infancia creció conmigo la misericordia...); si no hice caso del que estaba muerto de frío por falta de ropa, ni del pobre que estaba desnudo; si no me llenaron de bendiciones los miembros de su cuerpo al verse abrigado con la lama de mis ovejas; si alcé mi mano contra el huérfano, aún viéndome superior en el tribunal y amigo de los jueces, despréndase mi hombro de su coyuntura y quíebrese mi brazo con todos sus huesos.* (Job., 31. 1.6III).

¿No ves cuántas especies de benignidad y cuán varios puertos de limosna pronto siempre al socorro de los injustamente agraviados? ¿Ves cómo socorre a los necesitados, protege a las viudas y huérfanos, auxilia a los que padecen desafueros y es el terror de los injuriadores? Porque no se contentaba con ayudar de cualquier modo a los damnificados (cosa de muchos practicada), sino que trabajaba con tesón en favor de los pobres oprimidos, hasta conseguirles de los tribunales sentencia favorable. *Quebrantaba, dice, las quijadas de los malvados e injuriadores, oponiéndome como muro a sus conatos y manejos.*

Ni se comentaba tampoco con atajar injusticias humanas, sino que pasaba adelante su cariñosa solicitud y se extendía hasta los mismos defectos de la humana naturaleza, subsanándolos en lo posible con exquisita e inagotable caridad. Pues viéndose imposibilitado de restituirles sus miembros, suplía su falta sirviendo de ojos al ciego, pies al cojo, brazos al manco, y con su auxilio veían los ciegos y andaban los cojos, los mutilados y los paralíticos. ¿Qué cosa hay comparable con esta benignidad?

Bien conocidas te son otras muchas virtudes tuyas, que, por no

alargarme demasiado, sólo nombraré: su maravillosa modestia y templanza, y de qué manera, siendo con los malhechores tan vehemente y terrible —en lo cual era ciertamente admirable—, no obstante, era suave y manso y más dulce que la miel con todos los demás, pero especialmente con sus criados, que le mostraban su grande amor y cariño diciendo: *Quis det de carnibus cis ut saturemur?*²⁰. La Iglesia se sirve de estas palabras del libro de Job para expresar el ardiente deseo de sus hijos por alimentarse con el adorable cuerpo o carne del Salvador. Y en el lenguaje de nuestro pueblo hay una frase que puede servir de traducción a aquella: *Me los comería a besos*, con que una madre expresa su cariño a sus pequeñuelos. Pues si de sus criados era tan querido, siendo así que hay necesidad de tratarlos muchas veces con autoridad y con terror, ¿cuánto más lo sería de los demás hombres?

7. Después de haber pensado en ti tantas y tan relevantes virtudes, ven ya conmigo a contar el número de las calamidades que sufrió, y haciendo comparación, veamos cuándo alcanzó más gloria, cuando se ejercitaba en aquellas virtudes o cuando sufría acerbísimas cosas que le producían tan gran tristeza. ¿En cuál de esos dos tiempos fue Job más ilustre, cuando tenía abierta su casa a todos los peregrinos o cuando, arrasada aquella, no dijo ni una palabra de impaciencia, sino que se deshizo en alabanzas de Dios? Pues aquello era oficio de la virtud, esto de la paciencia. ¿En qué ocasión se mostró más ilustre, cuando ofrecía sacrificios por sus hijos y los avenía y reconciliaba entre sí, o cuando, sepultados entre las ruinas de su casa y arrebatados con un género de muerte acerbísima, sobrellevó este desastre con gran paciencia? ¿Cuándo brilló más su virtud, cuando abrigaba al desnudo con la lana de sus ovejas, o cuando, al darle la noticia de que, cayendo fuego del cielo, había consumido todos los rebaños con sus pastores, recibió de buen grado y sin turbarse tan gran calamidad? ¿En qué tiempo fue mayor, cuando gozando de buena salud, la empleaba en defender a los injustamente oprimidos y quebrantaba los atrevimientos de los malvados, arrancando de sus garras la presa y constituyéndose en puerto seguro de los afligidos, o cuando veía su cuerpo, refugio de los vejados, comido de gusanos, y sentado en un muladar, se ría él mismo la podre con una teja? (Job., 2, 8.). Pues todo aquello eran obras de virtud, esto padecimientos; y, sin embargo, esto le granjeó mayor gloria y esplendor, porque era la parte más recia y difícil de la pelea, y la que requería mayor fortaleza, magnanimidad y virtud. Y

por eso, cuando ejercitaba aquellas virtudes, aunque con gran descaro y malicia, todavía osaba reluchar el demonio, diciendo: *¿Acaso Job respeta y sirve de balde a Dios?*²¹. Más cuando vio tan altos ejemplos de paciencia, volvió la espalda, avergonzado, y se retiró, no encontrando ni sombra siquiera de contestación y descarada objeción que alegar. Esta es la corona cumbre; ésta la más alta cúspide de la virtud; éste el más claro argumento de fortaleza y valor; esto es lo sumo de la santidad. El mismo santo Job, queriendo significar cuánto más acerba es la tiránica tristeza que la muerte, deseaba ésta como descanso y la pedía como gran merced para librarse de aquella, diciendo: *¿Qué me diera que fuera otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo, y el que comenzó a herirme acabase conmigo, dejase caer su mano y me cortara la vida?*²². ¡Tan cierto es que la tristeza es la más grave de todas las cosas! Pues cuanto más grave y costosa, mayor será también su galardón.

8. Cuán grande es el fruto de las calamidades. Ninguna virtud merece grande alabanza sin trabajo. A fin de que también por otra vía comprendas cuánto es el fruto de las calamidades, aunque uno no sufra por causa de Dios (nadie crea que en este punto hablo con hipérbole), con tal que las sufra con ánimo plácido y sereno, glorificando a Dios en todo, éste mismo no sabía que sufría estas cosas por Dios, y, sin embargo, recibió las coronas, porque, aun sin conocer la causa, sufrió con valor las calamidades.

También aquel Lázaro con su enfermedad (y eso que no padecía por Dios); sin embargo, no ignoras qué coronas ganó sufriendo con paciencia y fortaleza la carencia de médicos y enfermeros y la tristeza que le producían las úlceras, el hambre y los desprecios y crueldad del rico. Y, aunque no encontramos en él esclarecidas hazañas, ni compasión y misericordia con los pobres, ni socorro a los oprimidos, ni otra alguna obra de virtud, sino sólo que estuvo derribado a las puertas del rico, que estuvo enfermo, que lamían los perros sus llagas y, finalmente, que sufrió los menosprecios del rico, todo lo cual pertenece al padecer, sin embargo, aunque no presentó servicios de otras virtudes, por haber tolerado con magnanimidad aquella tristeza y sufrimiento, logró la misma suerte que el patriarca que había llevado a cabo tantas cosas. Añadiré también una cosa que, aunque parezca extraña al juicio humano, no obstante, es verdadera, y es que, aunque uno haga una

grande e insigne obra, si la hace sin trabajo, peligros y calamidades, no alcanzará por ella recompensa grande, porque *cada cual recibirá el galardón según su trabajo* ²³; no según la magnitud de las cosas que su valor haya realizado, sino según la magnitud de las calamidades soportadas. Por lo cual, al jactarse San Pablo, no se gloria sólo de haber realizado preclaras hazañas, sino de haber tolerado muchos males. Pues habiendo dicho: *Ministros de Cristo son (aunque me pongo a pasar por imprudente); más lo soy yo* ²⁴; queriendo probar con comparación cuánto más excelente era, no dijo: A tantos y tantos hombres he predicado, sino, omitiendo las hazañas que su gran valor había realizado, pasa a enumerar los males que había sufrido con estas palabras: *Pues me he visto en muchísimos trabajos, en más cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; estuve una noche y un día como hundido en alta mar a punto de sumergirme; en penosos viajes muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en poblados, peligros en despoblados, peligros en la mar, peligros entre los falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliass y desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; fuera de estas cosas o males exteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada día, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias* ²⁵.

9. ¿Ves qué serie de sufrimientos y ocasiones de gloriarse? Después añade las preclaras hazañas que realizó, y también en ella vale más lo que sufrió que lo que hizo. Pues habiendo dicho: *Mi afán cotidiano*; esto es, los apartamientos, tumultos y calamidades, añadió la solicitud de todas las iglesias; no dijo la corrección sino el afán y solicitud, que pertenece más al padecer que al obrar; y lo mismo en lo que sigue: ¿Quién enferme que no enferme yo con él? ¿Quién es encandalizado, o cae en pecado, que yo no me requeme? ²⁶. No dijo: ¿y yo no lo libré del escándalo?, sino ¿y no participé yo de su tristeza? Luego para indicar que estos pesares son los que alcanzan el galardón más principal, añade: Si hay que gloriarse de algo me gloriaré de aquello que es propio de mi flaqueza ²⁷. Y añade otra cosa del mismo género, aquella fuga que emprendió cuando le bajaron por la ventana en una espuerta, lo cual pertenece también a los padecimien-

tos. Si, pues, la paciencia tiene tan grande premio, y entre los sufrimientos es la mayor la tristeza, hazte cuenta qué galardón tendrá, porque no he de dejar de repetirte esta cantilena, para cumplirte lo que al principio te prometí; es decir, que la naturaleza misma de la tristeza había de sacar las razones que te consuelen en ella.

Hacer alguna grande hazana con sufrimiento es de más mérito que hacerla sin ellos. Y para que veas también por otra vía cuán gran cosa es juntar en los grandes hechos el hacer con el padecer, recuerda aquel babilonio Nabucodonosor, que empuñaba cetro y ceñía diadema cuando ejercitó en cierta ocasión el ministerio de evangelizar al Dios verdadero. Porque después del milagro del horno se hizo predicador del mundo entero no sólo de palabra, sino aún por cartas, escribiendo a todas las regiones del mundo en el tenor siguiente: *Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, tribus y lenguas que habitan en toda la redondez de la tierra, paz que vaya siempre en aumento. Los portentos y maravillas que ha obrado conmigo el Altísimo Dios quiero anunciaros, porque son grandes y estupendos; su reino es un reino eterno y su poderío permanece por los siglos de los siglos* ²⁸. Y dio un edicto mandando que todo pueblo, tribu o lengua que hablase contra el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago pereciese y fuesen arrasadas sus moradas; y añadió: *Porque no hay otro Dios que pueda salvar de esa manera* ²⁹. ¿No ves cómo amenaza en su carta? ¿No ves cómo aterra convertido en predicador sublime, difundido su edicto por todo el mundo? Pues dime ahora: ¿Qué recompensa recibirá? ¿Será igual a la de los Apóstoles, puesto que pregonó tanto el poder de Dios y puso tanto empeño en anunciar esta verdad a todo el mundo? No, por cierto, sino que será tu paga inmensamente inferior a la de los Apóstoles. Pues el ministerio ejercitado por uno y otros el mismo fue. Pero a él no le costó nada; no tuvo trabajo alguno, ni fue su acción acompañada de sufrimientos; por eso es menor la recompensa, porque éste hacía eso por su real poderío, sin riesgo ni peligro alguno; mientras que aquellos se vieron estorbados, arrojados, azotados, afligidos, precipitados, sumidos en el mar, pereciendo de hambre, con la muerte siempre al ojo, apenadísimos, requemados con las enfermedades y pecados de sus hermanos y abrasados de cualquier escándalo. Por esos trabajos, pues, y principalmente por sus pesadumbres, y aflicciones, se les concedió tan grande premio. *Cada cual*, dijo San Pablo, *recibirá su galardón propio según su trabajo* ³⁰, porque no dejaré de

repetirlo a cada paso. Por eso el benignísimo Dios, a los repetidos ruegos de Pablo para que le librara de sus calamidades, de la tristeza, del dolor y de los peligros, no quiso acceder en modo alguno. Tres veces (quiere decir muchas veces) supliqué al Señor que me librara, y no lo conseguí. Y, a la verdad, ¿qué títulos había de alegar en otro caso para pretender amplísimos premios? ¿Acaso por predicar sin trabajo, nadando en delicias, quieto y tranquilo? ¿Por abrir la boca y mover la lengua sentado en su hogar? Pues eso cualquiera lo hace, aun los más perezosos y los que viven en la disolución y el regalo. Mas ahora, por el contrario, va a recibir con grande confianza y alegría los premios y coronas de las heridas y las muertes de mil géneros de los viajes por mar y tierra, de sus tristezas y dolores. (*Por tres años no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros*).³¹.

10. Las calamidades de Olimpia. José, esclarecido por sus calamidades. Alégrate, pues, y regocíjate considerando la inmensa ganancia que trae consigo la vida dura y llena de trabajos; alégrate tú, que, continuamente atormentada de calamidades, has llevado desde tu niñez una vida fructuosísima y merecedora de innumerables coronas, porque nunca ha cesado de asediarte las enfermedades corporales, más terribles que mil muertes, y asaltarte un ejército de insultos, afrentas, calumnias y continuos dolores y manantiales de lágrimas. Cualquiera de estas cosas fue de tanto mérito a sus poseedores, que les proporcionó un inmenso premio. Pues el mendigo Lázaro sólo por su enfermedad consiguió la misma morada que el patriarca; y al publicano el injusto dicterio del fariseo le granjeó una justicia mayor que la del fariseo, y, finalmente, las lágrimas del Príncipe de los Apóstoles curando la llaga de su pecado. Pues si a éstos les bastó un solo sufrimiento para tan grande Paga, mira cuántas recompensas alcanzarás tú, que has padecido todas esas cosas juntas acerbísimamente y durante toda la vida. No hay cosa que tan glorioso y admirables haga a los hombres y los colme de tan grandes tesoros como las frecuentes tentaciones y pruebas, los peligros, trabajos, tristeza y perpetuos lazos y asechanzas, armadas precisamente por aquellos mismos de quienes menos podían aguardarse, con tal que se sufran de buen grado.

Así, nada hizo tan glorioso y feliz a aquel hijo de Jacob como

aquella calumnia que le levantó su ama, y las cadenas y la tenebrosa cárcel con todos sus horrores. Grande fue, ciertamente, su pudicia cuando venció la liviandad de la egipcia, rechazando a aquella miserable mujer, que le incitaba a un acto tan criminal³²; pero no fue esto de tanto mérito como lo que tuvo que padecer. Porque ¿qué alabanza es no haber cometido adulterio, ni manchado el ajeno lecho, ni injuriado a un hombre que tan bien había merecido de él, envolviendo en la infamia y la deshonra la casa de su señor? Lo que a él lo hizo ilustre fue el peligro, las asechanzas, el furor de aquella hiena, esclava de su torpe pasión; la violencia que le hacía, la inevitable cárcel del lecho que la adúltera le tenía preparada, las redes que por todas partes le había tendido, la calumniosa acusación, la cárcel, los grillos y cadenas, así como el no haberle hecho justicia, sino que, después de tan terrible lucha, por la cual merecía mil coronas, fue conducido a la cárcel como reo y criminal y encerrado con los mayores delincuentes, que habían perpetrado gravísimos crímenes, y sufrió allí con ellos el hedor y suciedad y aflicción de aquella tenebrosa cárcel. Para mí, más brilla y resplandece entonces que cuando, sentado en el trono de Egipto, repartía el trigo a los necesitados y era para los hambrientos hartura, puerto y ciudad de socorro para todo el mundo. Más esclarecido lo veo cuando lo aherrojaban esposas, grillos y cadenas, que cuando, vestido de púrpura, oro y pedrería, ostentó tan asombroso poderío. Porque aquel tiempo de la cárcel fue tiempo de negociar, tiempo de inmensas ganancias, y este otro, en cambio, fue tiempo de lujo, de reposo, de honores y de muchas delicias; pero de poco lucro y ganancia. Por eso no le admiro tanto cuando su padre le daba tantas muestras de aprecio como cuando le perseguía la envidia de sus hermanos, teniendo en cada uno de ellos un encarnizado enemigo. Porque ya desde niño comenzaron en su propia casa a hacerle cruda guerra, y, por cierto, enemigos que nada tenían que reprocharle, sino que se carcomían de envidia por la preferencia con que su padre lo miraba. Ciertamente Moisés afirma que estas preferencias traían origen no de la virtud del joven, sino de la época en que fue engendrado. Pues habiendo nacido después que los otros, siendo ya su padre muy anciano (que suelen amarse más los hijos nacidos cuando se ha perdido ya la esperanza de tenerlos), *por eso lo amaba su padre más que a los otros, por haberlo engendrado en su vejez*³³.

II. Mas esto, a lo que yo creo, escribiólo el legislador no describiendo la verdadera causa, sino la excusa y pretexto del padre. Porque viéndolo blanco de la fraterna envidia, para curar esta enfermedad, inventó una causa tal de aquella preferencia que no le crease gran odiosidad. Pues que no era esa la verdadera causa de la preferencia, sino la insigne y precoz virtud de José, bien claro se ve por Benjamín, puesto que, si aquella era la causa, mucho más debió amar a Benjamín, que era el menor, nacido después que José y engendrado en más avanzada edad. Sino que, como antes decíamos, inventó el padre este pretexto para aminorar el odio fraterno, aunque ni así pudo conseguirlo. Y, pues, que entonces no podían hacer otra cosa, echaron sobre él una fea mancha y acusáronle de una torpeza, anticipándose a la bárbara egipcia y mostrándose mucho más criminales que ella. Porque aquella calumnió a un extraño, éstos a un hermano. Y no paró aquí su maldad, sino que no cejaban nunca en su constante empeño de añadir agravios a agravios y cada día mayores injurias, y, cogiéndole solo en el desierto, decidieron matarle y lo vendieron como esclavo y con un género acerbísimo de esclavitud no a gente de su nación, sino a extranjeros y bárbaros de lengua extraña que iban a bárbaras regiones.

Y Dios, para que brillase más su virtud, permitía todo esto; sucedíanse peligros a peligros, pruebas a pruebas. Y Dios lo toleraba todo con su infinita longanimidad. Porque a la envidia y fea calumnia sucedió el tormento y al tormento la esclavitud, todavía más atroz. Y no pases de ligero lo que acabo de decir, sino recapacita cuán duro era para un joven noble, educado en la casa paterna con tanto gusto, condescendencia y amor de su padre, verse de repente vendido por sus hermanos sin haberles dado motivo alguno de resentimiento, y vendido a unos bárbaros de lengua extraña, y entregado a gentes feroces, más bien fieras que hombres, expulsado, desterrado. Era no sólo hombre libre, que jamás había conocido esclavitud ni yugo extraño, sino que, además vivía dichosísimo en casa rica y bien abastada, gozando en ella del amor y regalo de sus padres; y en un punto lo pierde todo; pierde su libertad y queda reducido a la más dura servidumbre; pierde toda su anterior felicidad y ventura y viene a caer en manos de cruelísimos amos, que le conducen a tierra extranjera y bárbara. Y no pararon aquí las desgracias, sino que, después de haber tenido aquellos maravillosos sueños de grandeza, que le auguraban la adoración de sus hermanos, en vez de esto no encuentra más que

lazos y más lazos, y precipicio sobre precipicio. Porque los mercaderes que lo compraron no lo retuvieron, sino que lo revendieron a otros peores y más bárbaros. No se te oculta cuánto sube de punto la calamidad con este cambio de amos y más amos; sobre todo cuando los compradores son extranjeros y cada vez más atroces. Condúcenlo luego a Egipto, a aquella nación enemiga implacable entonces del Dios verdadero, gente furiosa, descarada y de abobinable lengua, para vivir entre aquellos hombres, de los cuales bastó uno para hacer del gran Moisés un fugitivo y desterrado.

Y después de un breve respiro —porque el benignísimo Dios, que de modo tan asombroso y apartado del humano entender gobierna al mundo tuvo a bien convertir en cordero a aquella fiera que lo había comprado—, luego al punto se le prepara nueva arena, nuevos estadios, luchas, combates y sudores más duros aún que los pasados. Porque fue mirado con ojos criminales por su señora, que, vencida de su hermosura y gracia, perdidamente enamorada y presa del mal deseo, más que mujer, era una leona. Era éste un nuevo enemigo doméstico, pero de intención diferente y contraria a los anteriores, porque a aquellos los movió el odio a arrojarlo de su casa, a ésta la inflamaba el amor apasionado y el deseo del joven. Y la guerra no era una, ni doble, ni triple, sino múltiple. Y no creas que, por haber burlado de un salto las redes y cortado en un punto los lazos, no fue trabajosa esta lucha, porque tuvo que sudar y trasudar.

12. Y si quieres comprender bien esto, piensa lo que es la mocedad y la flor de la juventud. Porque en la flor de la juventud se hallaba, tiempo en que la sangre hierve, y son mayores las tempestades que la carne levante, y más débil la razón que las sosiega. Porque los ánimos juveniles no cuentan aún con gran caudal de prudencia, ni se cuidan de obrar siempre conforme a la virtud, sino que entonces es más atroz la tempestad de las pasiones y más flaca la razón que debe gobernarla y regirlas. A todo esto se añadía la gran desvergüenza de aquella mujer. Pues así como aquellos persas no daban paz a sus manos encendiendo con gran ardor el horno babilónico y suministrándole más y más combustible, y toda clase de materias inflamables, del mismo modo aquella mísera e infeliz mujer se propuso encender una llama más grave y peligrosa que el horno. Y así, perfumaba con mil aromas su cuerpo, se pintaba mejillas y ojos, tratando de enloquecer al joven con una voz lánguida y quebrada, con gestos, movimientos y

andares lascivos, con vestidos muelles y ostentoso alarde de oro y otros mil incentivos y engaños. Y como un cazador experto, para apoderarse de una astuta fiera, difícil de coger, emplea todos los recursos de su arte, así ella, bien persuadida de la virtud del joven (pues no podía ignorarla después de tanto tiempo), juzgó que para cautivarlo era preciso usar mil redes, y no dejó ninguna máquina lasciva por mover. Y, temiendo aún que ni todo esto bastaría, andaba afanosa pensando sin cesar cuál sería el tiempo y el lugar más a propósito. Por eso no le atacó luego al punto que se sintió apasionada, sino que esperó mucho tiempo, madurando esta secreta pasión y preparándose mucho, porque temía que, si se daba mucha prisa y alborotaba en la emboscada, se escapase la presa. Mas como cierto día le hallase solo en la casa, ocupado en sus ordinarias faenas, le puso una trampa más profunda, desplegando del todo las alas de la voluptuosidad, y, teniendo al joven enredado en sus lazos, se arrastró como siempre y, encontrándose sola con él solo (digo mal, que no iba sola, pues llevaba por compañeras la naturaleza y la edad (del joven) y sus máquinas propias), quiso obligar al generoso atleta a una acción indigna y criminal. ¿Qué tentación hay tan grave como ésta? ¿Qué horno, qué llamas tan vivas y vehementes? ¡Un joven en todo el vigor de su juventud, esclavo, desamparado de todos, sin pueblo ni familia, extranjero, desterrado, encontrarse asido por la capa y solicitado por los atractivos de su señora, mujer tan lasciva y furiosa, tan rica y poderosa, y en tan grande soledad —cosa que tanto influye en semejantes ocasiones— y conducido al lecho señorial, y esto después de tantos peligros y tantas asechanzas!. Porque no ignoras que los hombres, por lo común, cuando se hallan sumidos en las calamidades y abrumados de acerbísimos trabajos, si los invitan a una vida ancha, muelle y libertina, suelen acceder de muy buen grado. Mas no así él, sino que en toda ocasión mostró una paciencia y constancia inquebrantable. Yo, ciertamente, no tengo dificultad en llamar a este tálamo horno babilónico, lago de los leones de Daniel y vientre de la ballena, y más grave aún que todo esto, porque allí peligraba la vida del cuerpo, aquí la del alma y seguida de muerte sempiterna, calamidad suma sin remedio ni consuelo posible. Y no sólo por este título fue más grave y peligroso este trance, sino porque, además del dolo y la violencia, estaba rebosando provocativa lascivia y muchos grandes incendios, que abrasaban no el cuerpo sino la misma alma. Lo cual

atestigua también Salomón, que sabía muy bien cuán peligroso es el trato con mujeres casadas, y dice así: *¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos, o andar sobre las ascuas sin quemarse las plantas de los pies? Así, el que se pega a la mujer de su prójimo, en tocándola, quedará manchado* ³⁴. Quiere decir: Así como es imposible el que está en medio del fuego no se abra, así también lo es que el que está tratando con mujeres escape al incendio que de aquí proviene. Pues mucho más difícil es lo que éste hizo, porque no la tocó él, sino que fue detenido por ella, y cogido, y agarrotado estando solos, y eso viéndose oprimido de tantas desgracias, afligido de tantos atentados y deseoso de seguridad y descanso.

13. Y, sin embargo, en medio de tantos lazos y redes, y a pesar de verse atacado y desgarrado por tanta multitud de fieras, por el tacto, por la voz, por los ojos, por los afeites y cosméticos, por los zarcillos y arracadas y demás adornos de oro, por las esencias y perfumes, por los vestidos, por las acciones, por las palabras, por el tocado y adornos que en su cuerpo llevaba, por la soledad en que nadie podía verlo ni saberlo, por las riquezas y poderío, y teniendo, además, por compañeras, como antes dije, la edad, la naturaleza, la esclavitud y habitación en país extraño, todas esas llamas las superó y de todas salió ileso.

Yo afirmo y aseguro que esta tentación fue mucho más grave que la envidia de sus hermanos y el odio de sus parientes; más que la venta y el señorío de los bárbaros y los largos viajes y habitación en tierra extraña; más que las cadenas y las largas cárceles con todos sus horrores y miserias, porque el peligro que aquí corrió fue en cosas de la mayor y más capital importancia y trascendencia.

Después que escapó de este peligro y salió victorioso de esta guerra por la gracia de Dios y la virtud suya, también aquí sopló un viento fresco y refrigerante, porque era tan grande la paz de su alma y tal la abundancia de su candor y pudicia, que hasta procuró reprimir y aplacar a aquella furia, después, digo, de haber salido ileso, como aquellos niños escaparon de las llamas pérsicas —porque ni aun el dolor y vecindad del fuego percibieron (Dan., 3, 94), y brilló el gran atleta de la castidad más fuerte que el diamante. Veamos que fue lo que consiguió y qué premio le dieron en seguida. Nuevas injurias y atentados, nuevos abismos de malicia, y muertes y peligros, y calum-

nias, y odio inicuo y necio. Porque aquella infame mujer trató de consolar su amor desdeñado con un extremo acceso de furor, y a una pasión sigue otra pasión, y a los deseos impuros añade la criminal ira y venganza, y después de haber sido adúltera se hace verdugo. Y respirando descomunal fiereza, y mirándolo con ojos feroces y sanguinarios, forma un tribunal y coloca en él a un juez parcial y corrompido; es decir, al amo, a su propio marido, un bárbaro y además egipcio, y lo acusa de un crimen atroz, sin presentar testigo alguno. Y ni siquiera se le permite al reo ir al tribunal a defenderse sino que acusa a mansalva al ausente., fiada en la estulticia y benevolencia del juez, en su testimonio como si fuese fidedigno, y finalmente, en el estado de vil esclavitud en que se hallaba el acusado, y perforando su causa contra la verdad de lo acaecido, venció al juez, inclinándolo a sentenciar en favor suyo y a condenar al inocente, imponiéndole una pena gravísima; y luego al punto le prenden, le encadenan y encarcelan, y sin haber visto siquiera al juez es condenado aquel varón eximio, que merecía mil coronas, y, lo que es más grave, condenado como adúltero, como allanador del lecho de su amo y violador del matrimonio ajeno como convicto y cogido *in fraganti*. Porque la persona del juez y la acusadora y, en fin, la pena que luego al punto le aplicaron, hacía muy verosímil y creíble el crimen para los que no conocían la verdad.

Mas nada de esto bastó para turbar aquel ánimo excelso y hacerle decir: ¿En esto, por ventura han parado sueños de tanta dicha? ¿Es éste el feliz resultado de aquellas visiones? ¿Este el galardón de la castidad? ¿Un juicio precipitado y loco y una injusta e infamante sentencia? Como torpe e invertido me echaron poco ha de la casa paterna, y como adúltero y violador de mujeres me llevan hoy preso, y todos se creen con derecho a juzgarme y sentenciarme. Y mientras mis hermanos, que, según los sueños, debían rendirme adoración, gozan de libertad y viven seguros y dichosos en la casa de mi padre, yo en cambio, bajo cuya potestad y dominio habían de estar ellos, estoy aquí preso con ladrones y piratas y profanadores de sepulcros; y ni en el destierro me veo libre de borrascas y azares, sino que aun en país extraño tropiezo con abismos y agudas puntas. Y al paso que la inventora de la fábula y urdidora de la calumnia, merecedora por dos títulos del último suplicio, danza y triunfa, ostentando diademas y trofeos de victoria, yo, por el contrario, que en nada he delinquido,

sufro gravísimos castigos. Nada de esto dijo él, ni le pasó por el pensamiento; sino que, como el generoso atleta camina al triunfo hollando honras, así él estaba radiante de gozo y alegría, y con ánimo tan excelso, que ni se acuerda siquiera de las injurias recibidas de sus hermanos y de la adúltera. ¿Que de dónde consta esto? Por las palabras que dijo a uno de sus compañeros de prisión. Pues tan lejos estuvo de rendirse a la tristeza, que, por el contrario, él mismo la hacía desaparecer de los demás. Pues habiendo encontrado allí a ellos para averiguar la causa de sus temores, y viendo que procedían de ciertos sueños que habían tenido, los aquietó con sus interpretaciones. Y tratando luego con uno de ellos para que hablase al rey en su favor y le negociase la dotación (porque, aunque varón fuerte, animoso y digno de toda admiración, al fin era hombre, y no quería consumirse y acabarse en las prisiones); tratando, pues con él y rogándole que se acordase de él delante del rey y le persuadiese que lo sacase de la cárcel y viéndose obligado a mencionar la causa de su prisión, para que el intercesor tuviera un motivo plausible para alcanzar lo que deseaban, con todo, no quiso hacer mención de ninguno de sus injuriadores, sino que, una vez proclamada su inocencia, aquí se detuvo, sin nombrar a ninguno de los que le habían agraviado. *Porque yo, dice, furtivamente fui arrebatado de la tierra de los hebreos, y aquí, siendo inocente, fui metido en la cárcel* ³⁵.

¿Y por qué no haces mención de la meretriz, de la adúltera, de los fraticidas, de la envidia, de la venta, de la furia del ama, de su pasión, de su lascivia, de sus lazos y redes, de las máquinas, de las calumnias, del juicio inicuo, del juez cohechado, de la criminal sentencia y de la completa sinrazón de la condena? ¿Por qué callas y ocultas todo esto? Porque no quiero, dice, conservar memoria alguna de injurias, pues todas esas cosas son coronas y premios, y ocasión de mayores ganancias.

II. ¿Habéis visto cuánta sabiduría? ¿Has visto un ánimo libre de ira y más excelso, levantado y sublime que todas las celadas y todas las adversidades? ¿No lo ves cómo más bien siente la suerte de sus injuriadores que las mismas injurias? Porque por no nombrar a sus hermanos y a aquella fiera malvada y carnícera, dice: Furtivamente me arrebataron de la tierra de los hebreos, y aquí no he cometido culpa alguna. Ni nombra en parte alguna las personas, ni la cisterna, ni los ismaelitas, ni nada. Y, no obstante, tuvo que soportar aún una no

pequeña prueba. Porque aquel que de él recibió tan gran favor y, según se lo vaticinó, salió libre de la cárcel y fue restituido a su antiguo puesto, se olvidó del beneficio recibido y de lo que el varón justo le encargó y le suplicó. Y mientras el criado gozaba en el real palacio de gran felicidad y ventura, aquel que vencía en esplendor al mismo sol y lanzaba de sí tan claros y brillantes rayos de virtud, seguía encerrado en la cárcel y no había quien dijese una palabra al rey en su favor. Porque había que entregarle todavía más coronas y prepararle mayores palmas. Y por eso se fijaban más dilatados espacios a las carreras del valeroso atleta, y permitía Dios que durase aún la arena; pero sin abandonarle enteramente, aunque permitía a sus enemigos que siguieran manifestando y ejecutando sus dañados intentos; pero con tal medida que ni llegaban a la ruina del luchador, ni quitaba tampoco de en medio al impugnador de la virtud. Porque, aunque permitió que lo arrojasen a la cisterna y ensangrentasen sus vestidos, no los dejó que le quitasen la vida, sino que uno de sus hermanos sugirió aquel expediente; pero todo iba ordenado y dispuesto por la providencia divina. La cual intervino también en el negocio de la mujer egipcia. Porque dime: ¿Cuál pudo ser la causa de que un hombre tan feroz y desalmado (porque ya sabes la condición y proceder de los egipcios) que este hombre furioso e iracundo (que también este vicio los domina de un modo increíble) no traspasara al punto con su espada o arrojara al fuego a un hombre adúltero e injusto forzado de su esposa (que por tal lo tenía a él), sino que, a pesar de ser tan precipitado e inconsiderado en el juzgar, que sentenció al arbitrio de una de las partes, sin dar lugar a defenderse al acusado, no obstante todo esto, al tiempo de imponer el castigo dio tales muestras de humanidad y clemencia, y esto cuando estaba viendo a su mujer rabiando de ira y hecha una furia quejándose de que había querido forzarla y mostrando, exasperada, los vestidos rotos entre llantos y lamentos? Y, sin embargo, nada de esto le inflamó hasta perpetrar el homicidio. ¿Qué es esto, dime; qué es esto? ¿No es cosa evidente que andaba aquí el dedo de Dios y que aquel que cerró las bocas de los leones y quitó su ardor al fuego del horno babilónico amortiguó también la desmedida ira e indignación de esta fiera para que usase de moderación y rebajase la pena? Y en la misma cárcel son también de notar estos efectos de la divina providencia, porque, si bien permitió Dios que fuese encerrado en ella y tuviese allí por compañeros insig-

nes criminales y facinerosos, libróle, sin embargo, del rigor y crueldad del alcaide (bien sabes la condición dura y cruel de los carceleros), pues, no obstante, era con él tan suave y benigno, que no sólo lo libró de todo trabajo, sino que lo puso al frente de todos los reclusos, y eso que lo había recibido en la cárcel como criminal y adúltero insigne, puesto que aquel atentado lo había cometido contra una casa y familia muy ilustre, y en aquel país, grande y espléndido. Pero nada de esto lo conmovió, ni lo decidió a tratarlo con acerbidad y dureza. Sino que a un mismo tiempo, por medio de las calamidades, se le iban tejiendo al varón justo las coronas, y el auxilio divino corría para él abundantísimo.

Más largo aún quería escribirte; mas como lo escrito excede ya mucho las medidas de una carta, aquí doy fin, rogándote lo que nunca cesé de pedirte: que deseches la tristeza y —lo que siempre has hecho y continuas haciendo— no ceses de ensalzar la gloria de Dios y darle gracias por todas estas molestias y tribulaciones. Porque de este modo alcanzarás muy grandes bienes, darás al diablo un golpe mortal y a mí un grandísimo consuelo, y podrás deshacer y lanzar muy lejos la nube de la tristeza y gozar de una tranquilidad completa. No vivas, pues, desanimada, sino que, libre ya y apartada de ese humo —pues, si quieres, toda esta tristeza la dispararás más pronto que el humo—, escríbenos de nuevo acerca de esto, a fin de que, apartados muy lejos de ti, gocemos, no obstante, del consuelo de tus cartas.

-
- | | |
|-----------------------|------------------------|
| 1. Jn., 15, 22. | 19. Job., 29, 15, 17. |
| 2. Mt., 23, 37, 38. | 20. Job., 31, 31. |
| 3. Amos., 8, 9. | 21. Job., 1, 9. |
| 4. Gen., 3, 19. | 22. Job., 6, 8. |
| 5. I Tim., 2, 14. | 23. I Cor., 3, 8. |
| 6. I Cor., II, 30. | 24. 2 Cor., II, 23. |
| 7. Gen., 12, 12, 13. | 25. 2 Cor., II, 23-28. |
| 8. 3 Reg., 19. | 26. Ibid., v. 29. |
| 9. Mt., 24, 44. | 27. Ibid., v. 30. |
| 10. Apoc., 3, 3. | 28. Dan., 3, 98-100. |
| 11. Exod., 6, 9. | 29. Ibid., v. 96. |
| 12. Deut., 28, 75. | 30. I Cor., 3, 8. |
| 13. Jn., 16, 5, 6. | 31. Act., 20, 31. |
| 14. 3 Reg., 19, 3, 4. | 32. Gen., 39. |
| 15. Jon., 4, 3. | 33. Gen., 37, 3. |
| 16. Ps., 38, 2-4. | 34. Prov., 6, 27-29. |
| 17. Ib., v. 5. | 35. Gen., 40, 15. |
| 18. Job., 31, 32. | |

CARTA IV

Escribióla en el invierno del año 407 en Arabiso, adonde había sido trasladado desde Cucuso, y empieza “A causa de lo crudo del invierno y de la debilidad de mi estómago, no hay por qué vivas consumida de cuidados... porque, contando con los rigores del clima, nos precavemos con mil reparos, usando mucha ropa, con el fuego perpetuamente encendido y resguardados de la interperie.” Le pondera la eficacia de un remedio y le pide que le envíe más. Aquí nos enseña el Santo lo mucho que vale la enfermedad llevada en paciencia y el cuidado que hemos de tener a la salud recurriendo a buenos médicos y medicinas. Dícele que está mejor que el invierno anterior. La anima a sufrir con paciencia la enfermedad, diciéndole que este género de paciencia es el que más merece, más que la pérdida de hacienda, patria, hijos, y lo prueba con el ejemplo de Job (Job., 2, 8), que amplifica. Vale más que sufrir burlas aunque esto cueste mucho (Jer., 15). “Pero no vayas a creer que puede servirte de justa excusa para desear morirte el que Job deseara la muerte para librarse de la enfermedad, porque a nosotros, que vivimos en la ley de gracia, se nos exige más que antes, pues tenemos los ejemplos de Cristo y su gracia más abundante. Si no abundare vuestra justicia más que la de los fariseos, etc.” (Mt., 5, 20); Filip., I, 23, 24). Con sola la paciencia en su enfermedad mereció Lázaro ir al mismo sitio que Abraham (Luc., 16). Ella expía las cul-

pas: el incestuoso de Corinto (I Cor., 5, 5) y las comuniones sacrílegas (I. Cor., II, 27-32). Acrecienta los méritos y coronas de los justos (I. Tim., 5, 23; 2. Cor., 12, 7 8).

Dícele que la enfermedad no es ociosidad, sino gran mérito, y que no se apena por su ausencia, que aún le verá. Envíale dos tratados: I, "Que nadie que no se dañe a sí mismo puede recibir daño de otro." 2.^o "A los que se han escandalizado por las adversidades acaecidas, y por la persecución y la perversión de muchos sacerdotes." Este último es mucho más largo; en él hace una estupenda apología de la divina providencia. Prueba muy prolijamente que no hemos de ser escudriñadores de los consejos de Dios, cuyas obras son siempre laudables, aunque a primera vista no nos lo parezcan.

Alegraos también de mi buen estado de salud, así como nuestros enemigos se alegran de lo contrario." Dice que le ha causado gran pesar lo acaecido al monje Pelagio, que muchos dicen que es el heresiarca.

A causa de lo crudo del invierno, la debilidad de mi estómago y las correrías de los Isauros, no hay por qué vivas consumida de cuidados y continuos afanes. Cierto que el invierno ha sido crudo, como de ordinario, en Armenia, y huelgan ponderaciones; pero a mí no me ha causado incomodidad notable. Porque, contando con los rigores del clima, nos precavemos con mil reparos: teniendo el fuego encendido a la continua, resguardando por todas partes la habitación en que vivimos y usando mucha ropa, mantas, alfombras, y tapices y permaneciendo quietos en casa. Lo cual, si bien nos causa alguna molestia, es tolerable por el bienestar que nos proporciona, pues mientras estamos en casa no nos atormenta mucho el frío; pero, si tenemos necesidad de salir y pasar por la interperia, luego nos resentimos mucho. Por lo cual te pido y te suplico como un gran favor y una muy grande gracia que pongas gran cuidado y diligencia en despedir las enfermedades corporales. Porque la tristeza causa también enfermedad. Mas cuando también el cuerpo está consumido de trabajos y debilitado por las enfermedades; cuando yace descuidado, sin valerse de médicos y medicinas, de buenos temporales, de alimentos y de todo lo que necesita, hazte cuenta lo que con esto aumentan los peligros y los males. Por lo

cual te ruego que consultes médicos varios y peritos y uses de medicinas a propósito para curar esas enfermedades. Yo, sintiendo, hace unos días, por el mal tiempo, amagos de bascas, usando algunos remedios, y en especial aquella medicina que me envió mi distinguidísima y dignísima señora Sinclética, tres días bastaron para corregir este achaque. Te aconsejo pues y te suplico que te medicines y procures que nos envíen de nuevo ese medicamento, pues, habiendo sentido de nuevo el estómago malo, recurrí a él, y al punto sentí alivio. Porque cura las inflamaciones del estómago y la destilación de los bronquios, y dotado como está de un calor notable, comunica extraordinario vigor y abre el apetito. Pocos días bastaron para que conociéramos en él esta virtud. Procura, pues, que mi señor, el conde Teófilo, digno de toda veneración y respeto, se digne preparar y enviarnos otra vez ese medicamento. Y no pases fatiga por verme yo obligado a pasar aquí otro invierno, pues estoy este año mucho mejor y con más fuerzas que el pasado. Y si tú empleases las precauciones y diligencias convenientes para curarte y mirar por tu salud, sin duda lo pasarías mucho mejor.

Mas pues dices que el origen de tus enfermedades es la tristeza, ¿por qué me pides nuevas cartas, no habiendo sacado fruto alguno de las pasadas para alegrar tu ánimo, antes de tal manera te han sumergido las olas de la tristeza, que desees emigrar de esta vida? ¿Ignoras, por ventura, cuán grande paga está preparada para las almas que reciben la enfermedad con acciones de gracias? ¿No te he dicho mil veces esto ya de palabra, ya por escrito? Mas como la multitud y ajetreo de los negocios, o la calidad de tu enfermedad, o las frecuentes adversidades, acaso no dejarán que te acuerdes y tengas siempre en la memoria lo que te tengo dicho, óyeme de nuevo cantar a las úlceras de tu tristeza la misma cantilena: *Porque escribir las mismas cosas, dice, a mí no me es molesto, y para vosotros es provechoso* ¹.

2. Nada más glorioso que la paciencia, ni más acerbo que la enfermedad. ¿Qué es, pues, lo que digo y escribo? Nada hay, Olimpia, para alcanzar alabanzas y glorias, nada hay que compararse pueda con la paciencia en sufrir enfermedades. Porque ella es principalísimamente la reina de las virtudes y la corona cumbre; y, así ella aventaja a todas las virtudes, así dentro de ella este género de paciencia excede con mucho a todos los otros. Quizás no parezca claro lo

que digo. Voy, pues, a explicar y declarar. ¿Qué he dicho, pues? Que no el ser despojado de la hacienda, aunque se pierda toda entera; no el ser deshonrado; no el ser echado de la patria, y condenado a cruel destierro y a trabajos forzados; no el ser recluido en dura cárcel y cargado de cadenas; no las afrentas y oprobios; no las burlas y befas. Y no creas que es este pequeño género de paciencia; si no, mira aquel tan insigne y eximio varón, Jeremías, cuánto sintió esta prueba²; no la pérdida de los hijos, aunque los arrebate a todos juntos una muerte repentina y violenta; no los repetidos insultos de los enemigos, ni otras semajantes desgracias; no, finalmente, la muerte misma, que es el colmo de las molestias y acerbidades; pues, a pesar de ser tan formidable y horrenda, no es tan grave y acerba como la enfermedad del cuerpo. Testigo aquel sumo atleta de la paciencia, Job, que, luego que cayó enfermo, juzgó a la muerte cosa deseable como libración de los males que aquí nos oprimen, y habiendo padecido tantos géneros de tormentos, parecía insensible y fuerte como un yunque, recibiendo los mil golpes que de todas partes le asestaban; recibiendo, digo, una serie de calamidades que se sucedían unas a otras sin cesar y la última acerbísima y mortal. Porque no se ha de pasar de largo, sino que es muy de considerar la suma astucia y perversidad del adversario que lo combatía, que no le atacó con esta mortífera llaga cuando estaba todavía fuerte y vigoroso antes de emprender los combates, sino cuando estaba ya herido y acabado con los continuos golpes, y esto tan pesadamente y con tal acerbidad, que oprimió con muerte violenta y repentina a todos sus hijos de uno y otro sexo y en temprana edad, y el mismo modo de aquella súbita ruina les sirvió de sepulcro. Y ni siquiera le fue dado al padre verlos en sus lechos, ni besar sus manos, ni recibir sus últimas palabras, ni juntar sus moribundos labios y cerrar sus ojos, cosas que sirven a los padres de no poco consuelo al apartarse de sus hijos; ni, enviados unos al sepulcro, encontró en su casa otros cuya vista amenguase la pena de la pérdida de los otros, sino que en medio de un banquete, y banquete, por cierto, no de orgía y embriagueces, sino sazonado por la caridad y en una mesa preparada por el amor fraterno, recostados sobre sus cojines, oye que han quedado sepultados y soterrados, mezclado todo entre ruinas, la sangre, la casa, las ropas, el techo, la mesa, el polvo y los miembros de sus hijos. Y, sin embargo, al oír tan terrible catástrofe y otras también antes muy graves y acerbas, porque un fatal mensaje le anunció que

sus rebaños de ganado menor y mayor habían perecido, parte abrasados por el fuego del cielo, parte robados por sus enemigos, otros degollados y matados junto con los pastores; al oír, digo, tempestad tan deshecha desencadenada en un momento y que se agolpaban olas sobre olas, y continuos escollos, y negros nubarrones e intolerable marejada, no pierde su serenidad, ni se deja abrumar de la tristeza, ni le hacen apenas mella tan terribles golpes, sino solamente como hombre y padre que era.

Mas cuando la enfermedad le hizo presa y vio su cuerpo cubierto de llagas, luego comenzó a desear la muerte y prorrumpió en llantos y lamentos. ¿Qué nos enseña esto? Que esta adversidad es la mayor de todas y lo sumo de la paciencia. No ignoraba esto el perverso enemigo, y por eso, viendo que en todas aquellas pruebas permanecía tranquilo e impertérrito el valeroso atleta, recurrió a este combate como el mayor de todos, echando en él el resto de su artillería, porque juzgaba tolerables todos los males, aunque pierda uno todos los hijos, los bienes y todas las cosas —porque esto dio a entender con aquellas palabras: *Piel por piel*³—, y entonces es, por fin, mortal la ofensiva, cuando queda el cuerpo acribillado de llagas y dolores. Por eso, al verse también derrotado en este postrer combate, ni a abrir la boca se atreve, cuando antes tan audazmente acometía y resistía. Aquí cesa ya su osadía, y ni una palabra se le ocurre, sino que emprende vergonzosa y precipitada fuga.

3. Pero no vayas a creer que puede servirte de justa excusa para desear morirte que, no pudiendo él tolerar la violencia y acerbidad de los dolores, se desease la muerte. Porque has de considerar el tiempo y el estado de cosas en que se hallaba él cuando tanto lo deseaba; esto es, antes que hubiese ley ni profetas, ni abundase, como hoy, la gracia y careciendo de otros divinos auxilios (como los ejemplos y enseñanzas de Cristo). Pero que a nosotros se nos exija más que a los que entonces vivían y nos aguarden mayores combates, oye cómo lo enseña Cristo: *Si no fuera vuestra justicia más llena y perfecta que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*⁴. Por lo cual no creas que carece hoy de culpa el desear la muerte, sino oye esta voz de Pablo: *El verme libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo es, sin comparación, mejor para mí; pero, por otra parte, el permanecer en esta vida es necesario por vosotros*⁵. Cuanto más graves son las calamidades, son también mayores las coronas; cuanto

más se caldea el oro en el crisol, tanto más puro queda; cuanto más lejos navega el comerciante, tanto mayor es la cantidad de mercancías que atesora. Y así, no creas que el combate que ahora te aguarda es cosa baladí, sino el más alto y sublime de todos; hablo del que consiste en la falta de salud corporal. Pues a Lázaro –que, aunque otras muchas veces te he traído este ejemplo, no hay inconveniente en citarlo de nuevo aquí–, a Lázaro, digo, esto le bastó para la salvación (Luc., 16); pues por esto se fue al seno de aquel cuya casa estuvo siempre abierta a todo peregrino, y que, por obedecer al divino mandato, estuvo siempre expatriado y llegó a punto de sacrificar a su hijo único, habido en su vejez de su principal mujer; y 61, no obstante, que no había hecho a Dios ninguno de estos insignes obsequios, sólo por haber soportado gustoso la enfermedad y la pobreza, y la privación de valedores, mereció tan gran apremio. Porque es tan grande este bien para los que llevan la enfermedad con ánimo esforzado y generoso, que, si da con un hombre que se ha hecho reo de grandísimos delitos, en un momento lo libra de esa gravísima carga. Porque es para los justos una esplendente corona incomparablemente más fúlgida, que los rayos del mismo sol, y para los que han caído en pecados es la mejor expiación. Y por esta razón, a aquel que había violado el matrimonio de su padre y contaminado su lecho entrégallo Pablo a los padecimientos del su cuerpo, purificándolo de esta manera. Pues que con eso quedase expiada tan gran culpa. óyelo a él mismo, que dice: *a trueque de que el alma sea salva en el día de Nuestro Señor Jesucristo* ⁶. Aún más echando en cara a otros un crimen sumamente horrendo; esto es, el sacrilegio de los que participan indignamente de la mesa sacrosanta y de los arcanos misterios, y habiendo dicho que el que cometiera tan gran pecado se hacía reo del cuerpo y de la sangre del Señor ⁷, mira de qué manera dice que quedarán purgados y limpios: *Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerza* (ibid., v.30). Y dando luego a entender que no duraría siempre aquel castigo, sino que de allí sacarían gran provecho; es decir, librarse de este modo de los eternos tormentos que por sus pecados merecían, añadió: *Porque si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, no seríamos así juzgados por Dios. Si bien, cuando lo somos, el Señor nos castiga como padre, a fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo* ⁸.

Pues ahora que también aquellos que se han distinguido por su

virtud y han hecho a Dios grandes servicios reporten de la enfermedad muy grandes frutos, vese muy claramente ya por Job, que sacó de aquí doble esplendor; ya por Timoteo, que, a pesar de hallarse muy lejos de todo vicio y de haber dado tan buena cuenta de un ministerio de tanta importancia, recorriendo el orbe con Pablo, estuvo sujeto a la enfermedad no dos o tres días, ni diez, ni veinte, ni ciento, sino mucho más, y muy de ordinario vivía lleno de achaques y falto de fuerzas corporales, como lo indicó el mismo Pablo con estas palabras: *Usa de un poco de vino a causa de la debilidad de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades* ⁹. Y no quiso sanarlo aquel que resucitaba los muertos, sino que lo dejó que fuese probado en el crisol de la enfermedad, a fin de que atesorase en ella grandes riquezas de amplísima libertad y confianza. Porque las mismas lecciones que había oído y aprendido del Señor, esas enseñaba él a sus discípulos. Pues aunque él no cayó enfermo, lo atormentaron las tentaciones más que a otros las enfermedades, dándole de bofetadas y causando a su carne gran tormento. *Se me ha dado, dice, el estímulo o aguijón de mi carne, que es como un ángel de Satanás para que me abofetee* ¹⁰, significando, por esas palabras los grillos y cadenas, las cárceles y el ser arrastrado y despedazado y azotado muchas veces por los sayones. Por lo cual, no pudiendo sufrir los dolores que estos tormentos causaban a su cuerpo, decía: *Por esto he suplicado al Señor tres veces* (esto es, muchas veces) *que me librase de este estímulo* ¹¹. Pero no habiéndolo conseguido y viendo que todo aquello era de grandísimo provecho, se aquietó y se llenó de gozo.

Que la enfermedad no es ociosidad. El Crisóstomo cree que va a volver del destierro; su estancia en Armenia. Tampoco tú creas que por hallarte retirada en tu casa y postrada en cama llevas vida inútil y sin provecho. Pues más grave y más atroces tormentos están soportando que aquellos a quienes los verdugos arrastran, desgarran, martirizan y matan con horrendos suplicios, porque esa acerbísima enfermedad es para ti un terrible enemigo interior y doméstico.

4. Siendo esto así, guárdate de desearte la muerte y de abandonar el cuidado de tu cuerpo, porque no es eso lo que te cumple. Por eso encarga Pablo a Timoteo que sea diligente en cuidar de su salud.

Y de la enfermedad ya basta. Mas si el estar lejos de nosotros es causa de tu enfermedad, ámate, que mi destierro tendrá buen fin. Y no lo digo por consolarte, sino que lo tengo por cosa cierta. Pues si así

no hubiera de ser, tiempo ha, si no me engaño, que habrían acabado conmigo las calamidades pasadas. Porque, aparte lo que en Constantinopla sufrí, ya puedes figurarte qué tragos pasé después de mi salida en tan largo y penoso viaje, capaces muchos de ellos de causarme la muerte; cuánto sufrí después que aquí llegué; cuánto en mi viaje desde Cucuso; cuánto, en fin, desde mi estancia en Arabiso.

Pues a todo esto hemos escapado, y gozamos ahora de excelente salud y seguridad completa; tanto que los armenios se espantan de que yo, de cuerpo tan delgado y tan débil, pueda aguantar un frío tan intenso e intolerable que, aún a los mismos que están avezados a él, les causa muy gran molestia. Pero nosotros, hasta el presente, estamos sanos y buenos y libres de las manos de los forajidos, cuyas acometidas hemos tenido que sufrir muy a menudo, y eso que nos falta hasta lo más necesario, y ni siquiera podemos tomar baño. Cuando estábamos ahí necesitábamos usarlo con frecuencia; ahora ya hemos llegado a habituarnos de manera que ni se nos ocurre desear esos alivios, y gozamos de tan buena salud que no tenemos necesidad de ellos. Y ni la dureza del clima, ni la soledad del lugar, ni la carestía de víveres, ni la falta de enfermeros, ni la impericia de los médicos, ni la penuria de baños, ni la perpetua reclusión en nuestra morada como en un ergástulo, privados del paseo que tanto necesitamos; ni la perpetua atmósfera de fuego y humo, ni el continuo asedio ni otras semejantes penalidades han logrado quebrantarnos y postrarnos, sino que disfrutamos de mejor y más completa salud que cuando ahí estábamos; eso sí, tomando las debidas precauciones. Teniendo, pues, en cuenta todas estas cosas, arroja lejos de ti toda la tristeza que a causa de ellas te acongoja y cesa de atormentarte a ti misma con tan vanos y graves pesares.

Ahí te envío con ésta un tratado que acabo de escribir, y tiene por título: *Que ninguno que no se dañe a sí mismo puede recibir daño de otro*; éste es el blanco y el fin de ese discurso. Por tanto, léelo con frecuencia, y aún, si la salud te lo permite, apréndelo y recítalo, que en él tienes una medicina eficacísima si quieres usarla. Mas si te resistes, pertinaz, y ni te cuidas ni te animas a salir del abismo de la tristeza, a pesar de tantos consejos y exhortaciones, tampoco nosotros seremos fáciles en complacerte, ni accederemos a seguir escribiéndote largas cartas, ya que han de ser de ningún fruto y provecho. Mas ¿de qué modo sabremos esto? No por tu sólo dicho, sino cuando lo prue-

ben los hechos. Decías que esta enfermedad provenía de la tristeza; pues que así lo confieras tú misma, si no recobras la salud, no podrás hacernos creer que has desechado la tristeza. Pues siendo esta la causa de la enfermedad, como tú misma escribes, no hay duda alguna que, quitada ella, se quitará también la enfermedad, y arrancada la raíz, perecerán a una sus ramas. Pues mientras, florecientes y llenas de vida, sigan dando tan amargos frutos, no podrás persuadirnos que está libre de la raíz. Por tanto, no me vengas con palabras, preséntame obras; y si recobras la salud, recibirás de nuevo cartas más largas que discursos.

Y no has de tener por leve motivo de consuelo el que aún vivimos, que gozamos de perfecta salud y que, a pesar de hallarnos aquejados de tantos achaques y molestias y en tan difíciles circunstancias, nos hallamos libres de enfermedad y del mal estado de salud, lo cual, según he sabido, ha causado gran tristeza y malhumor a nuestros enemigos. Razón de más para que vosotras lo tengáis por el mayor consuelo.

A tu congregación, que ahora, a causa de las persecuciones y calamidades que sufre, está más firmemente escrita en los cielos, no la llares desamparada y abandonada.

Gran sentimiento me ha causado lo del monje Pelagio . (Hay quien cree que habla del heresiarca.) Mira, pues, de cuántas y cuán valiosas coronas son dignos los que han perseverado con fortaleza en la lid, viendo arrebatados y engañados por el enemigo a varones tan santos y píos y sufridores de adversidades.

-
1. Filip., 3, 1.
 2. Jer., 15.
 3. Job., 2, 4.
 4. Mt., 5, 20.
 5. Filip, 1, 23.24.
 6. I Cor., 5, 5.
 7. Ibid., 11, 27.
 8. Ibid. V. 31 y 32.
 9. I Tim., 5, 23.
 10. 2 Cor., 12,7.
 11. 2 Cor., 5,8.

CARTA V

Fue escrita, según se cree, el año 406. Comienza diciéndole que no le apenen los nuevos y mayores asaltos del enemigo, pues son señal de que antes le ha hecho morder el polvo, como sucedió con Job, a quien acometió más furiosamente y con nuevas máquinas al verse vencido.

Las tentaciones y adversidades aumentan la fortaleza del alma. Trae los dos símiles de los árboles expuestos a los rigores del calor y del frío y a los huracanes, y de los marinos largo tiempo curtidos en multitud de borrascas y marejadas.

Los mismos repetidos asaltos de los adversarios nos han inmunizado de modo que ya todas sus máquinas nos dejan en suma paz y serenidad, como si fueran juegos de niños.

¡Cuán gran cosa es la virtud y el desprecio de todo lo perecedero!

Vanidad de las mundanas dichas, que no son más que humo y telas de araña. La virtud, mientras más combatida es, más brilla.

Los perversos, aun en aquello en que les parece que vencen, son vencidos, y cuanto más se engríen, más muestran su vileza. Ejemplo de Caín (Gen., 4, 10). Inmensos premios de la paciencia por la infinita magnificencia del Dador. Alégrate, pues, etc.

En aumento van nuestros quebrantos; nuevos y más amplios estadios y mayores combates os aguardan; la furiosa ira de vuestros perseguidores levanta más y más altas sus llamas. Lo cual, lejos de atemorizaros y turbaros, debe aumentar vuestra alegría, haceros saltar de gozo y celebrar gran fiesta, ceñidas de diademas vuestras sienes. Pues si antes no hubieseis dado al diablo golpes mortales, no estaría esa fiera tan furiosa que intentase dar acometidas más terribles. Así es que el haber aumentado la intensidad de sus ataques e insultos y el dar mayores muestras de osadía y derramar más su veneno señal es inequívoca de la tremenda derrota que le causasteis y de vuestro gran valor y señalada victoria. Lo mismo hizo con el santo Job: al verse derrotado por éste, cuando le arrebató los bienes y los hijos, sintiendo vivamente estas hondas heridas, recurrió al mayor artificio, al ataque a su mismo cuerpo, al manantial de los gusanos, al empedrado de úlceras; empedrado, digo, y ramillete de triunfos y victorias. Mas no paró aquí, sino que, no quedándole ya ninguna otra máquina de tanto alcance (pues creía que la enfermedad que le había causado era el summum de las calamidades), ¿qué hace? Arma contra él a su mujer, estimula a sus amigos e irrita y enfurece a sus mismos criados, exacerbando de mil maneras sus heridas. Eso es lo que intenta ahora, pero más pierde, porque lo que de aquí saca son vuestras sublimes y espléndidas victorias, que resplandecen más de día en día; así lo hacéis cada día más rica, es más copioso el fruto y a la continua allegáis más espléndidas coronas; y, mediante las mismas amarguras, aumenta vuestra fortaleza, y sus agresiones acrisolan y avaloran más vuestra paciencia, porque tal es la naturaleza de la tribulación, que a los que la sufren con ánimo esforzado y tranquilo los hace superiores a las adversidades y, sublimándolos sobre los tiros del diablo, los enseña a despreciar sus tentaciones y sus lazos.

También los árboles plantados en la umbría se crían más tiernos y raquíticos y son menos fértiles, al paso que los que están expuestos a las variaciones del tiempo, a los rigores del invierno y a los abrasadores rayos del sol y a la violencia de los huracanes se hacen frondosos y robustos y se encorvan con la abundancia de sus frutos.

En el mar ocurre cosa semejante a los que por primera vez navegan; aunque sean de suyo valerosos, a causa de su inexperiencia, se turban, se alborotan, se marean; en cambio, los que han recorrido muchos mares y pasado muchas borrascas, arrecifes, bajíos, escollos, acometidas de monstruos marinos, ataques de salteadores y piratas y

continuas tempestades, van en su barco más confiados y tranquilos que los que andan por la tierra, se sienten lo mismo en los costados del barco que en el interior de sus camarotes y pasean y saltan tan tranquilos de la proa a la popa; y los que antes yacían acobardados a la vista de todos, ahora..., ahora escalan el palo mayor con suma ligereza, tiran de las maromas, izan las velas, manejan los remos y en un momento recorren de parte a parte la embarcación con la mayor facilidad y expedición.

No os turben, pues, los nuevos acaecimientos; que nuestros adversarios, sin pretenderlo, por supuesto, nos han proporcionado tal tranquilidad y tal calma, que ya todas sus acometidas son para nosotros juegos de niños, que no nos causan impresión alguna; pues, agotadas sus máquinas y municiones. ¿qué han conseguido? Quedar avergonzados y hechos la fábula e irrisión de todo el mundo y mirados como enemigos de la humanidad entera. Ese es el premio de los perseguidores y el resultado de todos sus ataques.

¡Oh, qué gran cosa es la virtud y el desprecio de lo perecedero! De la persecución saca medros y de los perseguidores coronas. Por medio de los mismos que maltratan brilla más esplendente, y por los que tratan de abatirla y humillarla hace a sus cultivadores más fuertes, más sublimes, inexpugnables e invencibles. No por medio de espadas y lanzas, no con murallas y trincheras, no con torres, no con dineros y tropas, sino con una voluntad firme y un ánimo inquebrantable, que vence y supera toda humana potencia.

2. Exhorta a la santa a pelear con fortaleza. Vanidad de las humanas dichas. Aplicándote, pues, todas estas alabanzas, ¡oh religiosísima señora mía!, tanto a ti como a todas tus compañeras en este gloriosísimo combate, procura animarlas y formar y amaestrar bien tu escuadrón, con lo cual te granjearás doble, triple y aun mucho más abundante corona de virtud, no sólo por tus propios padecimientos, sino por inducir a otras a sufrir esas mismas cosas, a sobrellevarlo todo de buen grado y despreciar las sombras, los sueños y ficciones, el humo y las frágiles telas de araña y el heno sujeto a la podredumbre. Que todo esto es la vanidad de la humana dicha y mucho más vil aún. Difícilmente encontrará nadie una imagen exacta de su vanidad. Y, sobre ser vana, a sus amadores, que tanto por ella se desviven, es perjudicialísima, y no sólo en la otra vida, sino ya en ésta y en los mismos días en que más felices se reputan ellos. Porque así como la

virtud precisamente cuando más combatida, más triunfa y florece y brilla, del mismo modo la perversidad y malicia, cuando más se levanta y se engríe, más muestra su vileza, ridiculez e impotencia.

Porque, ¿quién más desdichado que Caín aun en el momento mismo en que le parecía que había triunfado de su hermano y satisfecho aquella inicua y execrable ira que abrasaba su pecho? ¿Hubo jamás mancha tan negra como la de aquella execrable diestra que se creyó vencedora? ¿Qué aquella diestra, digo, que abrió la herida y trajo la muerte? ¿Qué cosa tan fea y tan desdichada como aquella lengua que tramó el engaño y tendió los lazos y aquellos miembros fraticidas? Porque su cuerpo entero sufría horroroso tormento, gimiendo y temblando sin cesar. ¡Oh singular novedad, oh admirable victoria, oh nuevo linaje de trofeo! El que había sido degollado y yacía exánime era celebrado y coronado, y el vencedor triunfante no sólo estaba sin corona, sino que padecía enormemente y estaba sufriendo un intolerable suplicio y un perpetuo tormento: el que había sido traspasado y muerto acusaba al que gozaba de movimiento y vida, y el que estaba mudo y sin palabra al que tenía fácil y expedito el uso de la lengua; más aún, no ya el muerto, sino su sangre, separada del cuerpo, daba voces al cielo¹. ¡Tanta es la fuerza del hombre virtuoso aun después de muerto, y tanta la miseria de los malos, aunque sigan gozando de la vida!

3. **Grandes premios de paciencia.** Ahora bien, si en el mismo combate son tan grandes los premios, figúrate cuánta será la recompensa, acabadas ya las luchas, cuando a los santos se les dé la paga y entren en posesión de aquellos bienes que sobrepujan toda ponderación. Porque finge las mayores molestias posibles; al fin, son inferidas por hombres y viles y nada como ellos, mientras que los premios los da Dios, y son tales como corresponde a la infinita munificencia del Dador.

Alégrate, pues, y regocíjate y adorna tus sienes con diademas, triunfando y hollando más los dardos enemigos que otros el lodo de las calles. Y procura darnos con gran frecuencia noticias de tu salud, a fin de que también por esta causa sea grande nuestro contento, pues sabes cuán grande gozo nos causa en esta soledad el tener buenas noticias tuyas. Adiós.

1. Gen., 4, 10.

CARTA VI

Escrita desde Cucuso el año 405. Describe gráficamente los horrores de su enfermedad pasada. Empieza diciendo: “Recién vuelto de las puertas de la muerte te escribo ésta, ya fuera de peligro”. Lo que le apenó mucho fue el gravísimo riesgo que corrió Olimpia en su enfermedad.

“Muy bien dices en la tuya, le dice, que las calamidades de esta vida son mera fábula y ficción, y salto de gozo al ver por esa frase tu excelso ánimo”.

Amplifica los brillantes ejemplos de la Santa, que con su valentía en aguantar tantos trabajos ha sido el muro y el sostén y un predicador perpetuo de la populosa ciudad de Constantinopla, y no saliendo a perorar por calles y plazas, sino desde su propio lecho. Símil de las grandes marejadas. Fortaleza y robustez de la virtud más que la de las armas, torres y murallas, que fallan muchas veces, dejando al descubierto a los que en ellas confiaban. Gala de la virtud, pues con las mismas injurias que le infieren quedan castigados sus injuriadores. Muchos, incluso sacerdotes, han caído, mientras ella no sólo está en pie, sino sirviendo de báculo y sostén a otros para que no caigan. Constancia de la Santa. Que los certámenes de la virtud no dependan de las fuerzas corporales, sino de los bríos y esfuerzos de la voluntad.

Admirables son, sobre todo en este punto, los que, viendo caer a su lado a otros muchos, permanecen firmes como la Santa. Si nuestra ausencia te acongoja, alégrate pensando en tus hazañas.

1. Describe gráficamente cuánto le apretó la enfermedad.

Recién vuelto de las puertas mismas de la muerte te escribo ésta, y me alegro, también por este motivo, que hayan llegado tus mensajeros cuando acababa de arribar al puerto, pues si hubieran llegado cuando estaba aún a merced de las olas y a la vista de los furiosos embates de la enfermedad, no me hubiera sido dado comunicarte alegrías en vez de tristezas. Porque unos días que han hecho más fríos que lo ordinario me han causado también a mi mayor frío de estómago. Peor he pasado estos dos últimos meses que los que en ellos han fenecido, pues sólo me quedaba vida para sufrir más y más males, que por todas partes me abrumaban. Todo era para mí horrible noche, lo mismo el amanecer que el mediodía. Días y días me he pasado amarrado al triste lecho, y por más que pensaba mi imaginación, dándole vueltas al asunto, no se me ocurría medio alguno de precaver el daño que el enorme frío me causaba, porque, a pesar de tener siempre el fuego encendido, aguantando una molestísima humareda, envuelto en mil mantas y sin atreverme a traspasar los umbrales de la casa, con todo, eran incomfortables los tormentos que sufría, porque tenía que sopor-tar frecuentes vómitos, jaquecas, desganas y perpetuos insomnios, pasándome de claro en claro noches y más noches.

Mas ¿para qué seguir molestándote con largas relaciones de desdichas? Ya cesaron todas. Pues, apenas vino la primavera y comenzaron a soplar los ábregos, todo desapareció de suyo. Sin embargo, todavía estoy a severo régimen, cuidando mucho de no cargar el estómago para facilitar la digestión.

Lo que nos causó grandísimo afán fue el oír que tu enfermedad había llegado al último extremo. Bien sabes el grande amor que te profeso y el sumo cuidado y solicitud que me tomo por todas tus cosas. Pero, gracias a Dios, aun antes de recibir la tuya, me vi libre de este cuidado, porque llegaron muchos de ahí que nos aseguraron que gozabas ya de buena salud.

2. Las calamidades de la vida presente son mera fábula y ficción.

Ahora pues, es mucho mayor mi gozo y mi alegría no sólo porque has escapado a la enfermedad y gozas ya buena salud, sino también al ver tu magnanimidad y valentía, pues a todas las cosas de este mundo llamas fábula y ficción, y hasta a la misma enfermedad le

das este nombre, lo cual es, ciertamente, de almas valerosas y grandes. Pues el sufrir con valor y fortaleza las molestias y las adversidades, y no sólo esto, sino ni sentir las siquiera cuando nos afligen, sino tenerlas por nada y alcanzar con la mayor facilidad la corona de la paciencia, como quien no hace nada y diciendo: esto no son trabajos, ni sudores, ni dificultades; sin dar a nadie quehacer ni molestia alguna, sino como jugando y saltando de alegría, esto es, ciertamente, clarísimo argumento de aventajadísima y perfectísima virtud y santidad. Por eso me alegro, y me regocijo, y salto de placer, y no siento ya la soledad, ni los trabajos, molestias y tribulaciones que me cercan, sino que reboso de gozo y salto de alegría y experimento suma complacencia por tu gran valor y tus innumerables triunfos y victorias, y esto no sólo por el gran bien y provecho tuyo, sino también por el de esa nobilísima y populosísima ciudad, de la que eres torre firmísima, muro y seguro puerto; dándole voces y proclamando elocuentísimamente la virtud a la faz de todo el mundo, y enseñando con tu insigne paciencia en sufrir calamidades a toda clase de personas a afrontar con prontitud y generosidad estos combates, y bajar a la arena con grande valentía, y aguantar animosos los trabajos y sudores que semejantes luchas ocasionan. Y, lo que es más de admirar, no lanzándote a las calles y plazas de la ciudad, sino en el retiro de tu pobre casa, y postrada en el lecho, animas a los que a ti acuden y los enardeces para tu lucha, y en medio de tan recia borrasca, en que las ondas tan pronto suben al cielo como abren profundos abismos; caminando entre escollos y latentes rocas y peñascos, amenazando por doquier truculentos monstruos en la mayor profundidad de tenebrosa noche; como si estuvieras en el más claro y tranquilo día y viento en popa, así navegas tú, desplegadas las velas de la paciencia, y tan lejos estás de sucumbir a tan furioso oleaje, que ni siquiera te salpica, y con razón, pues así con los seguros gobernalles de la virtud. Porque los comerciantes y navieros, los capitanes de navío, los pilotos, los marineros y remeros y toda la gente de mar, al ver los agrupados nubarrones, los vientos huracanados y el flujo y reflujo de las espumantes olas, se detienen en el puerto, y si la tempestad les coge en alta mar y se ven agitados y sacudidos por las rugientes olas, hacen todo lo posible por arribar a alguna costa, isla o ribera. Tú, en cambio, cuando mil contrarios vientos luchan entre sí y mil furiosas olas, y el mar, en lo más recio del temporal, desde los más hondos abismos se lanza a las alturas, y

unos se van al fondo, otros sobrenadan exánimes y van otros desnudos, asidos a una tabla salvadora, tú, repito, lanzándote animosa a un piélago de males, llamas juego, fábula y ficción a todas estas cosas y navegas prósperamente en medio de la más deshecha tempestad; y no es extraño, porque un capitán de navío, por más perito que sea, no presume tanto de su ciencia que confíe vencer siempre la furia de la tempestad, y por eso rehuye muchas veces la lucha con las olas. Mas tú posees una ciencia superior a toda borrasca: la fortaleza y robustez de tu virtud, que es más valiente y poderosa que todas las armas y más segura que todas las torres y murallas. Porque a los guerreros las armas, castillos y murallas los defienden y protegen sus cuerpos, y no siempre, porque todos esos medios faltan muchas veces, dejando al descubierto e indefensos a los que en ellos ponían su confianza. Tus armas, en cambio, han vencido y superado no los dardos de los bárbaros, no las máquinas de los enemigos ni sus ataques y estratagemas, sino que has postrado las mismas necesidades naturales, venciendo su tiranía y echando por tierra sus castillos roqueros y sus fortalezas torreadas, y luchando sin cesar con los demonios has alcanzado mil victorias sin recibir herida alguna, sino que, en medio de una nube de flechas, saliste siempre incólume, resurgiendo contra tus mismos enemigos los dardos que contra ti arrojaban.

Porque ésta es la gala de la virtud, que con las mismas injurias que te infieren quedan los injuriadores castigados, y con las mismas celadas que tus enemigos te arman quedan ellos confundidos y burlados; y de su misma perversidad y malicia vienes a sacar tú copiosa mies de merecimientos y de gloria. Y como tienes cierta ciencia y experiencia de estas cosas, no sin razón las llamas ficción y mera fábula. Y ¿por qué no has de darles ese nombre tú, que viviendo en un cuerpo normal, tienes en tan poco la muerte como el peregrino que, abandonando extrañas tierras, se apresura a regresar a su querida patria; tú, que, a pesar de hallarte de acerbísima enfermedad tan aquejada, vives dichosísima, como si gozaras completa salud en un cuerpo robusto y vigoroso, sin que las afrentas te abatan ni te engrían las honras, cosa que a muchos ha sido causa de innumerables males, porque, siendo sacerdotes y habiendo ejercitado hasta muy avanzada edad su santo ministerio, tropezaron, al fin, y cayeron, dejando a todos notable motivo de escarmiento? Tú, en cambio, siendo mujer y de delicada complexión, y habiendo tenido que aguantar tantos emba-

tes, no sólo no has caído, sino que has sido báculo y sostén a muchos para que no cayesen.

Y cuenta que aquellos no fueron derribados al cabo de mucho batallar, sino en los mismos preludios de la lucha y al salir, por decirlo así, por las puertas mismas del encierro, mientras que tú, por el contrario, has dado mil vueltas al estadio hasta la última meta, alcanzando otras tantas palmas en cien y cien linajes de combates tan diversos. Y con justicia, que *no dependen de la edad ni de las fuerzas corporales los certámenes de la virtud y sus victorias, sino de los bríos y esfuerzos de la voluntad*. Así que muchas veces han ganado las mujeres las coronas, quedando vencidos los varones, y al paso que los niños fueron de todos celebrados y ensalzados, quedaron los viejos rojos de vergüenza y de ignominia.

Dignos fueron siempre de admiración los seguidores de la virtud; pero principalmente cuando, viendo que muchos la abandonan, la abrazan ellos con valor y constancia.

También por esta causa eres muy digna de admiración y de alabanza, pues vemos que tantos hombres y mujeres y tantos ancianos han vuelto las espaldas y yacen postrados a vista de todos, y no es que cedieron a la violencia del ataque después de largo batallar, sino que cayeron antes del combate, desbaratados y desechos antes de la lucha; tú, en cambio, después de tantas batallas y peleas, no sólo no has experimentado debilidad ni quebranto alguno, sino que has salido de ellas más valiente y vigorosa y, al paso que aumentaron las batallas, ha crecido también tu brío y tu valor. Porque el recuerdo de las hazañas realizadas, a la vez que de gozo y alegría, debe llenarte de nuevo ánimo y de mayor aliento para alcanzar nuevos trofeos. Y por eso nos gozamos, por eso saltamos de alegría y regocijo, porque no he de dejar de repetirlo y de pasear en triunfo por doquier este fundamento de mi gozo.

Dices que nuestra ausencia te acongoja. A mano tienes una fuente inagotable de consuelo con sólo pensar en tus hazañas y victorias. Pues aún nosotros, a pesar de estar de ti por tan grandes distancias separados, sentimos gran consolación al considerar tu gran magnanimidad y valentía.

CARTA VII

Escribióla en Cucuso el año 405. Insignes trofeos erigidos por la santa con sus victorias. Símil de la palestra y el estadio. Guirnalda de violetas merecidas por su humildad. Provecho de las tentaciones. No es razón desalentarse; antes debía alegrarse estando alcanzando tantas coronas. Mas si te empeñas, le dice, en llorar, llora la miseria de los injuriadores, que se parecen a los frenéticos que hieren y golpean a sus bienhechores, sin darse cuenta del furor que los domina. Mas no pueden escapar al torcedor de su conciencia. Ejemplo de los hermanos de José (Gen., 37, 20; 42, 12). y de Judas (Mat., 26, 15; 27,4). La conciencia torcedor del pecador; los pecadores dignos de lástima. El vicio, muerte del alma. Opuesta condición de la bondad y la malicia; aquella, siempre triunfante, ésta, siempre derrotada, y en el mismo pecado lleva la penitencia (Rom., I, 26, 27). El pecador se hace semejante a los brutos; se hace perro (Is., 56, 10), corneja (Jerem, 3,2 según los Setentas), jumento (Salm., 48.13), víbora (Mat., 3, 7). La virtud, en cambio, aun antes del juicio de Dios, tiene sus premios. Símil del placer que experimenta el cuerpo sano. Por eso San Pablo decía: "Gózome de padecer por vosotros" (Col., I, 24); y los Apóstoles saltaban de alegría por haber padecido injurias y afrentas por el nombre de Jesús (Act., 5, 41). Salomón (Eccl., 4,1) Delicia del padecer (Mat., 5, II, 12). Los injuriadores sí que fuera justo que llorasen Elogio de la paciencia.

I. Insignes trofeos erigidos por la santa con sus victorias.
¿Qué dices, ¿Qué no has levantado trofeos? ¿Qué no has conseguido victorias? ¿Qué no has ganado guiraldas de eterno verdor? Pues no lo está diciendo el mundo entero, que pregona tus triunfos por doquier. Porque, dado que las palabras y certámenes en un solo sitio se celebran, y en él han sido tus carreras y tus luchas bañadas no de sudor, sino de sangre, las glorias, sin embargo, y la alabanza de tus triunfos ha llegado hasta el último confín.

Tú, empero, queriendo aún acrecentarlos y engarzar coronas a coronas, has querido añadirles también ahora la guirnalda de violetas que teje tu humildad al decirnos que distan tanto de esos trofeos como los muertos de los vivos. Porque estas palabras hijas son de tu humildad, como lo están diciendo los sucesos acaecidos. De tu patria te han arrojado, de tu casa, de tus amigos y parientes, y te han enviado al destierro; cada día morías, y lo que a la naturaleza faltaba suplíalo tu magnanimidad, pues siendo imposible al hombre morir muchas veces, tú, con tu ánimo y tu voluntad, lo has conseguido, y lo que a todo pone el colmo, estando sufriendo unas cruces y aguardando otras mayores, nunca has cesado de pregonar la gloria de Dios, por cuya ordenación se hacía todo, causando con esto al diablo mortales heridas. Pues que los golpes que de ti ha recibido hayan sido mortales, bien lo dicen sus acometidas posteriores, pues, empuñando más terribles armas, te ha causado heridas más atroces. Porque al modo que el escorpión y la serpiente, cuando reciben una profunda herida, enarbolando su aguijón, se lanzan con más ímpetu contra su adversario, causándole el más acerbo dolor como indicio de su furiosa ira, así también esta cruel ira fiera, al sentirse traspasada de parte a parte por tu admirable y sublime alma, te ataca ahora con más furia y con más repetidos y terribles asaltos. Porque de él vienen, no de Dios, estas tentaciones, aunque las permite la bondad divina para aumentar tus riquezas y tesoros, acrecentando tus lucros y ganancias y preparándote allí arriba más ricos premios y más amplios galardones.

Por tanto, no hay por qué inquietarse y turbarse. Pues ¿quién se desalentó jamás estando nadando en riquezas y comodidades? ¿A quién sirvió de confusión el subir a las más altas dignidades? Pues si los mundanos que tanto ansían y acumulan esas cosas caducas, más vanas e inconscientes que las sombras, y que se marchitan más pronto

que flores dañadas, saltan de gozo y danzan locos de alegría, de alegría que, tan pronto como aparece, desaparece como la corriente de los ríos, ¿cuánto más justo es que tú, ya que antes pasaste tantas tristezas, saques ahora de tu estado presente grandes motivos de aliento y alegría? Porque el tesoro que has reunido no pueden robarlo los ladrones, ni la gloria que has ganado se muda ni se acaba jamás; no tendrá nunca término, ni podrán interrumpirla, ni los azares del tiempo, ni los ataques de los hombres, ni los asaltos de Satán, ni la misma muerte.

Mas si en llorar te empeñas, llora a los perpetradores de estos desmanes; llora, digo, a los autores de tanto mal y a sus cómplices y ministros, que se han granjeado los mayores tormentos para lo futuro, y aun aquí están sufriendo acerbísimo castigo, aborrecidos de todos y tenidos por enemigos, maldecidos y condenados por todo el mundo. Y si ellos no sienten este castigo, también por esto, y más que por todo lo demás, son muy desgraciados y dignos de lástima, porque son y proceden como los frenéticos que, sin razón ni motivo alguno, hieren y golpean a cuantos encuentran y les dan de puntapiés, y a veces a sus mismos amigos y bienhechores, a quienes debían agradecimiento por los muchos favores recibidos, sin darse cuenta del furor que los domina. Y por eso su enfermedad es incurable; no admiten médicos ni medicinas; antes, como perros rabiosos, se revuelven contra los que acuden a socorrerlos y tratan de curarlos, y les corresponden con injurias y malos tratamientos.

Así también éstos por esto principalmente son desgraciados, porque no caen en la cuenta de su gran perversidad y malicia. Pero si el juicio, reprobación y condenación de los hombres no les hace mella, al menos no pueden escapar al remordimiento de su conciencia, que es inevitable e incorruptible, y no cede a terrores ni amenazas, ni se deja corromper por halagos ni por dinero, ni decae con el tiempo.

2. Porque aquel hijo de Jacob que decía a su padre: *Una fiera pésima ha devorado a tu hijo José*¹, y representaba tan criminal tragedia intentando con este invento velar el crimen fraticida, pudo, sí, engañar a sus padres, más no a su conciencia, ni lograr que dejara de remodelerle, sino que siguió siempre enhiesta contra él, gritando sin cesar y sin calmarse nunca jamás. Pues, pasados muchos años, aquel que ocultó a su padre el crimen y a nadie le dio parte, sin que nadie le acusase ni le convenciese o instase, recordándole aquel engaño, al ver

en peligro su libertad y su vida, mostró claramente que el perpetuo torcedor de su conciencia no había estado callado en aquel largo tiempo, ni había sido posible calmarlo, diciendo: *Ciertamente, en culpa estamos a causa de nuestro hermano, porque no hicimos caso de su tribulación y de la angustia de su alma cuando nos suplicaba: Ved cómo Dios nos demanda su sangre* ². Como si dijera: Para ablandar nuestros corazones y moverlos a compasión, la naturaleza solo bastaba; mas él añadía las lágrimas y las súplicas, y ni aun así logró doblegarnos, sino que *despreciamos su tribulación y la angustia de su alma*. Por eso, dijo, nos la tiene Dios sentenciada, y por haber pecado contra nuestra sangre, está ahora en peligro nuestra sangre y nuestra vida.

Por semejante manera también Judas, no pudiendo aguantar sus remordimientos, cogió una cuerda y se ahorcó. Y por cierto que cuando no tuvo reparo en hacer aquel desvergonzado trato, diciendo: *¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?* ³, no tuvo miramiento a los que tal cosa oían; es, a saber, que un discípulo maquinaba tal maldad contra su maestro, ni durante aquellos días intermedios le punzaba dolor alguno, sino que, embriagado con el placer que la codicia del dinero le causaba, sentía muy poco la acusación de su conciencia. Mas luego que perpetró el crimen y recibió el dinero y, cesando el gusto de la ganancia, comenzó el disgusto del crimen cometido, entonces, finalmente, sin que nadie lo acusase ni lo forzase o aconsejarse, por su propio arbitrio, fue y arrojó el dinero a los que se lo habían dado y confesó ante ellos su crimen, diciendo: *He pecado entregando la sangre inocente* ⁴. Porque no pudo sufrir el remordimiento de su conciencia, que le reconvenía.

La conciencia, torcedor del pecador; los pecadores, dignos de lástima; el vicio, muerte del alma. Porque ésta es la condición del pecado, que, antes que lo cometas, te embriaga; mas, luego de ejecutado y consumado, cesa aquel placer y desaparece, sin quedar en pie otra cosa que el torcedor, la vengadora conciencia, que desgarrar al pecador y gravita sobre él como torre de plomo, haciendo de sayón y verdugo que reclama sin cesar la última pena.

Y estos suplicios aquí, que en la otra vida ya sabes lo que les espera a los que tales crímenes cometen. Por lo cual a éstos hemos de lamentar y llorar con lágrimas de sangre, como lo hace San Pablo,

que, habiendo felicitado a los que tienen que soportar luchas, combates y tormentos; a los que pecan, los llora, y por eso dijo también: *No sea que cuando vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros y tenga que llorar, castigando a muchos de los que antes pecaron y todavía no han hecho penitencia de la impureza y fornicación y deshonestidad en que han vivido* ⁵; por el contrario, a aquellos que estaban sosteniendo la lucha, les dice: *me gozo y congratulo con todos vosotros* ⁶.

Por tanto, no te turben ni las cosas acaecidas ni lo que te vayan contando. Pues tampoco las olas destruyen las rocas, sino que, cuanto más fuerte es el choque, tanto más las deshace y disipa, cosa que sucede y sucederá también en estas persecuciones y trastornos, y en ellos más aún. Porque a la roca no la empecen ni debilitan las olas; pero a ti no sólo no te han debilitado, sino que han aumentado tu firmeza. Porque *tal es la condición de la bondad y la malicia, que ésta en las luchas queda siempre derrotada*, y aquella, cuanto más combatida es, más resplandece. *Aquella* no sólo después de los combates, sino *en la lucha misma, alcanza la palma*, y para ella el mismo batallar es premio de la batalla; ésta, al contrario, cuando vence, queda avergonzada, atormentada y llena de ingnomia, y ya antes que llegue la pena a ella reservada, no sólo después de perpetrar el crimen, sino en la misma mala obra resulta atormentada.

Y si esto te parece oscuro, oye a San Pablo cómo distingue lo uno de lo otro. Pues escribiendo en cierta ocasión a los Romanos, y reprendiendo la deshonesta vida de ciertos hombres, enseña que el pecado, aún antes de recibir el castigo, en la acción misma pecaminosa, lleva adjunto el suplicio, y habiendo hecho mención del comercio ilícito de ciertos delincuentes, tanto mujeres como hombres, que habían violado las leyes naturales, excogitando un prodigio de liviandad, habla de esta manera: *Porque sus mujeres invirtieron el uso natural, en el que es contrario a la naturaleza. Del mismo modo también los varones, desechado el uso natural de la hembra, se abrazaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas de varones con varones y recibiendo en sí mismo la paga merecida de su obcecación* ⁷.

¿Qué dices, Pablo? ¿Acaso no sienten deleite los que tienen tal atrevimiento y, dejándose llevar del atractivo de la pasión, perpetran una unión prohibida por las divinas leyes? ¿Pues cómo dices que en

eso mismo llevan la pena de su culpa? –Porque no juzgo yo, dice, por el mayor o menor gusto o disgusto de los enfermos, sino conforme a lo que pide la naturaleza de las cosas.

También el adúltero, aunque tan dichoso se juzga al cometer el pecado, entonces mismo recibe muy gran castigo, aun antes de sufrir el señalado en las leyes divinas y humanas, pues hace a su alma cada vez peor y más criminal. ¿Pues y el sicario y el asesino? También éste, antes de comparecer delante del juez y del castigo que marca la ley, ya en el asesinato mismo sufre gran pérdida por el daño que causa a su alma. Pues lo que es al cuerpo la enfermedad, la fiebre, la hidropesía o cosas parecidas, lo que es en el hierro el orín, en la lana la polilla, en el madero la carcoma, y en los cuernos el yugo, esto es el vicio para el alma. Porque la hace esclava, vil, abyecta y miserable. ¿Qué digo esclava y miserable? Alma de bestia la hace, de lobo, de perro, de serpiente, de víbora y de otras bestias. Y así, los profetas, queriendo indicar esto y declarar a todos el cambio y desdichada mudanza que el pecado causa en el alma, comparan al pecador, uno, a los perros diciendo: *Perros mudos que no pueden ladrar* ⁸, comparando con los perros rabiosos que, sin dar un ladrido, muerden traicioneros, inoculando a hombres y bestias su terrible rabia; a esos hombres taimados, maliciosos y engañadores que arman a sus prójimos trampas y celadas. Otro compara a algunos hombres a las cornejas desoladas que se sitúan al pie de los caminos en busca de carroña ⁹. Otro decía: El hombre, habiendo sido constituido en dignidad y honor, *no supo entenderlo, y se igualó a los insensatos jumentos* ¹⁰. Finalmente, aquel que era más que profeta, aquel hijo de la estéril, que estaba junto al Jordán, llamaba a algunos hombres serpientes y raza de víboras ¹¹. Pues, ¿qué suplicio puede haber semejante a éste, que el hombre, hecho a imagen de Dios, sublimado a tanta honra, dotado de razón y de mansedumbre suma, llegue hasta el extremo de convertirse en bestia y en fiera?

4. **Has visto cómo la malicia, aun antes del suplicio, tiene ya castigo? Pues mira ahora cómo también la virtud, antes de los premios, ella misma es premio.** Pues así como en el cuerpo (y nada impide que usemos de nuevo esta semejanza, que es muy clara), como en el cuerpo, repito, el que está sano y, libre de todo achaque, goza de entera salud, sólo por esto, y aun antes que se ofrezcan otros placeres disfruta mucho con sólo gozar de ese bienestar que trae consigo el

estar sano, y goza de tan buena disposición que no le empecen ni los cambios de tiempo, ni el frío ni el calor, ni la vileza de los manjares ni cosas semejantes, porque su robusta salud basta para resistir y vencer aquellos males; lo mismo pasa con la salud del alma.

Por eso Pablo, en medio de los azotes, vejámenes y otros males sin cuenta, se alegraba y decía: *Gózome de estar padeciendo por vosotros* ¹². Repito que no sólo en el reino de los cielos, sino en los mismos padecimientos tiene preparado su premio la virtud, porque solamente el sufrir alguna incomodidad por la virtud es ya un premio amplísimo.

Y por este motivo salieron los Apóstoles del concilio de los judíos llenos de gozo; no sólo por el reino de los cielos, que con aquellos azotes y malos tratamientos habían merecido, sino también por haberse dignado el Señor concederles sufrir aquella afrenta por el nombre de Jesús ¹³. Alégrate, pues, y regocíjate, porque no es pequeña lucha ésta de las calumnias, y, sobre todo, cuando es por un tan insigne delito como en público tribunal nos han acumulado de haber incendiado el palacio y el templo.

Por lo cual también Salomón, queriendo declarar la atrocidad de este combate, dice: *Vi las tropellías que se cometen debajo del sol y las lágrimas de los calumniados sin haber quien los consuele* ¹⁴. Pues si el combate es grande, como de verdad lo es, claro está que también será grande la correspondiente corona. Y por eso Cristo les manda que se alegren y regocijen a los que con la debida paciencia pelean este combate. *Alegraos, pues, dice, y regocijaos cuando dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros por mi causa, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* ¹⁵.

¿No ves qué delicia, qué paga, qué deleite para nuestras almas nos agencian nuestros enemigos? ¿No sería, pues, gran sinrazón abrumarte tú misma con tan pesada carga que no pudieron ellos echar sobre ti, sino todo lo contrario? ¿Qué es, pues, lo que quiero decir? Que ellos no sólo no han podido causarte pena, sino que te han proporcionado materia de grande gozo y alegría; y, en cambio, tú, abrumándote con tanto desánimo, te castigas a ti misma llenándote de gran tristeza.

Ellos, ellos son los que deberían hacer semejante demostración si quisieran, una vez al menos, reconocer sus culpas. Ellos, repito, fuera justo que llorasen y gimiesen avergozandos, y cubriesen sus rostros de vergüenza, metiéndose debajo de la tierra, sin atreverse a mirar el

sol, y ocultándole en tenebrosos antros, deplorar sus crímenes y los inauditos desmanes que contra tantas Iglesias han cometido; pero ¿tú?... Al contrario, saltar de alegría, llena de gozo por haber realizado hazañas de la mayor virtud. Porque sabes, sí, sabes muy bien que no hay virtud que con la *paciencia parangonarse pueda, ella es la reina de las virtudes* y el fundamento de los grandes hechos, puerto tranquilo, paz en las guerras, tranquilidad en la borrasca y seguro en las celadas; ella hace a sus seguidores más fuertes que diamantes, y es de tal naturaleza que no pueden empezarla ni armas, ni ejércitos, ni máquinas, ni arcos, ni lanzas, ni legiones de demonios, ni terribles falanges de enemigos, aunque salga a lid el mismo diablo con sus tropas.

Entonces, ¿por qué temer? ¿Por qué atormentarse habiendo aprendido en tu meditación diaria a despreciar hasta la misma muerte si se ofrece?

Mas tengo, dices, gran deseo de ver el fin de estos males que nos afligen.

También lo verás, y muy pronto, con el favor de Dios. Alégrate, pues, y regocíjate y rebosa de alegría pensando en tus gloriosos hechos, y no pierdas la esperanza de que hemos de volver a vernos, y entonces te recordaré estas palabras que ahora te digo.

1. Gen., 37, 20.

2. Gen., 42, 21.

3. Mt., 26, 15.

4. Mt., 27, 4.

5. 2 Cor., 12, 21.

6. Filip., 2, 17.

7. Rom., 1, 26, 27.

8. Is., 56, 10.

9. Jer., 3, 2. según los setenta.

10. Salm., 48, 13.

11. Mt., 3, 7.

12. Col., 1, 24.

13. Act., 5, 41.

14. Eccl., 4, 1.

15. Mt., 5, 11, 12.

CARTA VIII

En esta carta, escrita en 404, al dirigirse desterrado a Cucuso en Armenia, empieza diciendo que de todas partes le salen al encuentro los fieles hechos fuentes de lágrimas, lo cual es parte de consuelo, porque lo contrario lo deplora el profeta ¹. Otro motivo de consuelo: gozo de perfecta salud. Un tercero: son efímeras tanto las alegrías como los pesares de acá abajo. Es cosa para temer la impunidad de los delincuentes. *Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición* ².

Tenía que suceder esto, que ni siquiera después de salir de la ciudad me viese libre de lamentables y tristes escenas que traspasan el corazón de dolor. Pues los que no salen al encuentro, unos del Oriente, otros de la Armenia y de otras muchas partes están todos hechos fuentes de lágrimas y gimen al vernos, y nos acompañan durante el viaje sin cesar en sus llantos y lamentos. Pues comoquiera que lo contrario lo deplora el profeta como cosa grave y pesada, diciendo: *Aguardé quién me acompañase en mi dolor y no lo hubo, y quién me consolase y no lo hallé* ¹, claro es que esto de tener por compañero de nuestro dolor al mundo entero es cosa de gran consolación.

Y si quieres otro motivo de consuelo, helo aquí: Nos, después de haber pasado tantos apuros y tantos males, gozamos de entera salud y vivimos en gran seguridad, refiriendo en medio de una suma tranquilidad las continuas aflicciones y calamidades pasadas y rebosando de alegría con su recuerdo. Piensa, pues, también tú lo mismo, y echa de ti la nube de la tristeza y avísanos de tu salud muy a menudo. Pues

ahora he recibido carta de mi carísimo señor Arabio, y mucho me ha extrañado no recibir dos letras tuyas, siendo tú tan amiga de su mujer.

Piensa también que las cosas de esta vida sean gratas y alegres, sean molestas y pesadas; pasan luego, pues, aunque la vía que conduce a la vida es estrecha y angosta, al fin es vía; y también te recuerdo lo que mil veces te tengo dicho, que, aunque es ancha la puerta y espaciosa la vía, también ésta es vía.

Que el quedar impunes los delitos es cosa muy para temer.

Siendo esto así, procura arrancarte de esta miserable tierra y, si es posible, del vínculo de tu mismo cuerpo, y levantar las alas de tu sabiduría sin dejarlas apesgar del humo y de la sombra (que no otra cosa son las cosas mundanas). Más aun, aunque vieres a esos hombres que tantos crímenes han cometido contra nosotros gozar del resplandor de sus ciudades, honrados de todos y escoltados de mil satélites, canta este estribillo: *Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición*², y más bien llora y lamenta su suerte. Pues los que acá cometen crímenes, y por ellos, lejos de recibir castigos, reciben honores, saldrán luego de tal modo, que aquellos honores se les convertirán en suplicios. Por esta misma causa atormentaban las llamas al rico Epulón de una manera tan atroz, para que pagase las penas no sólo de la crueldad con que trató al pobre Lázaro, sino también de aquel tan floreciente estado en que vivió durante toda su vida, nadando en honores y placeres, sin compadecerse nunca jamás de las miserias de Lázaro, que cada instante veía a sus puertas, y sin mirar nunca por su conciencia.

Pensando entre ti y recapacitando esas cosas y otras semejantes nunca dejaré de inculcartelo —, ¡oh religiosísima señora mía!, arroja esa pesada carga de la tristeza y avísanos de ello, para que, como ya te escribí, sabiendo que nuestras cartas sirven de alivio a tu tristeza, usemos esta medicina más frecuentemente.

1. Salm., 68, 21.

2. Mt., 7, 13.

CARTA IX

Fue escrita, como la anterior, en su viaje a Cucuso, y dice que al ver tanto concurso de gente deshecha en llanto a su paso para el destierro se figura la pena que embargara también a ellas, sus hijas; “no hay duda que entre vosotras habrá sido la mayor tempestad; pero hay que ser prudentes, como el piloto, que, cuando arrecia el viento, amaina velas. En tus manos está refrenar las olas de la tristeza, pues no es superior a tu virtud la borrasca”.

Llanto de los pueblos al ver ir desterrado al Crisóstomo¹. Al ver agruparse a tanta multitud de hombres y mujeres llorando al vernos en posadas, ventas y ciudades, me figuro cómo estaréis vosotras. Pues viendo a tantas personas, que por primera vez nos ven, tan afligidas que no pueden consolarse, y cuando les pedimos y suplicamos aconsejándoles moderación prorrumpen en mayor llanto, no hay duda alguna que entre vosotros habrá sido mayor la tempestad. Pero cuanto más grave y pesada sea, mayores serán también los premios si sabéis sufrir con acciones de gracias, como ya lo hacéis.

Los pilotos, cuando sopla impetuoso el viento, si navegan a toda vela, se van a pique; si, por el contrario, las despliegan poco, según conviene, van muy seguros. Ya, pues, que sabes muy bien todo esto, religiosísima señora mía, no te dejes vencer de la tiránica tristeza, sino gobiérnala con la razón; en tus manos está, pues no es superior a tu arte la borrasca, y escríbenos acerca de esto, a fin de que, aun viviendo en extraña tierra, nos alegremos mucho viendo que has sobrellevado esta tribulación con la sabiduría y prudencia convenientes. Dada poco después de salir de Cesárea.

1. Cuando viajaba hacia Cucuso, año 404.

CARTA X

Escribióla en Nicea, año 404. Dícele que ha recobrado las fuerzas y que le traían muy bien los soldados que le escoltan. Encárgale que le escriba con más frecuencia sobre su salud y diciendo cómo deshecha la tristeza.

También es mi deseo que deseches el miedo que te ocasionó nuestro viaje, porque, como ya te dije en otra, he recobrado ya la salud y las fuerzas. Pues nuestros conductores se afanan con gran empeño. mayor que nuestro deseo, en recrearnos y reparar nuestras fuerzas, y cuidan muy bien de esto. Te escribí ésta poco antes de partir de Nicea el 3 de julio. Escribenos, pues, con mucha frecuencia sobre tu salud, en lo cual te prestará muy buenos servicios mi señor Pergamio, hombre de toda mi confianza; pero danos noticias no sólo de tu salud, sino también de que has disipado la nube de la tristeza. Si así nos lo dices en tus cartas, también las nuestras serán más frecuentes, viendo que son de algún provecho. Por lo tanto, si deseas recibir muchas cartas nuestras, dinos con toda claridad que tan frecuente correspondencia no es del todo inútil, y entonces verás si te escribimos largo. Pues ahora he sentido mucho no recibir carta tuya, con haber pasado por aquí muchos que podían haberla traído.

CARTA XI

Escribióla al dirigirse a Cucuso el año 404. Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, más se aumentan también nuestros consuelos. Navegamos viento en popa en medio de tan grande marejada. Los soldados pretorianos se tienen por dichosos en obsequiarnos y servirnos como si fueran criados nuestros. Tengo salud, y sólo falta a mi consuelo saber que también tú estás buena. Escríbeme, pues, diciéndomelo”.

Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, tanto más se aumentan también nuestros consuelos y más alegres esperanzas concebimos para lo futuro. Ahora todo nos sale a pedir de boca, y vamos navegando viento en popa.

¿Quién vio, quién oyó jamás tal cosa? Rocas acá, peñascos allá ocultos debajo de las ondas. Rugen fragorosos el huracán y la borrasca; noche sin luna, densas tinieblas, precipicios y escollos, y, no obstante, navegamos entre esta marejada con no menor seguridad que los que la pasan en el puerto.

Considerando, pues, esas cosas, religiosísima señora mía, sobrepongo a tanto tumulto y estruendo y danos cuenta de tu salud; yo, por mi parte, la gozo muy buena y vivo contento. Pues mi cuerpo está más robusto y disfrutamos de buen tiempo, y los soldados del prefecto son tan obsequioso conmigo, que no echamos de menos los criados, pues hacen ellos sus veces. Porque, con la estima y amor que nos tienes, se han ofrecido a desempeñar este oficio. No me queda otra molestia que el no saber que también tú gozas de entera salud. Dínoslo, pues, para que con esto se aumente nuestra alegría y podamos dar a nuestro suavísimo hijo Pergamio las más rendidas gracias. Si quieres escribirnos, puedes valerte de él, pues es sincero amigo nuestro adictísimo y reverente admirador de tu modestia y de tu piedad.

CARTA XII

Escrita desde Cesárea, año 404. Dice que, atendido de excelentes médicos, se ha restablecido por completo. Se queja de que le escribe pocas veces. Dícele que no cause molestia a nadie por cambiarle de residencia. Si no han podido conseguir nada, será esa la voluntad de Dios: *Gloria a Dios por todo; que no dejaré de usar esta palabra en todo acontecimiento.* Agradece a las hermanas del obispo Pergamio el mucho interés que por él se toman.

Hallándome ya libre de la enfermedad que sufrí en el viaje y cuyas reliquias me acompañaron hasta Cesárea, y enteramente restablecido, te escribo ésta desde Cesárea, en donde mejoré gracias a los muchos remedios empleados, pues tuve la suerte de encontrar muy excelentes y celebérrimos médicos, que me curaron no tanto con los auxilios de su arte cuanto con su benigna y compasiva amistad; entre los cuales hubo uno que prometió acompañarnos en el viaje, y lo mismo hicieron otras muchas personas constituidas en dignidad.

Muchas veces te tengo escrito sobre mis cosas; tú en cambio (cosa de que ya en otras ocasiones te he avisado), lo haces pocas veces. Y para que veas que esto hay que atribuirlo no a falta de mensajeros, sino a negligencia tuya, habiendo llegado anteayer mi señor, el hermano del santo obispo Máximo, y reclamándole yo las cartas, me dijo que no habías querido dárselas y que asimismo el presbítero Tigrio rehusó hacerlo, a pesar de habérselas pedido también. Te encargo, pues, que se lo reproches, y lo mismo a nuestro sincero y ardiente amigo y a los demás amigos del obispo Ciriaco. Por causa del cambio de residencia no quiero que les des molestias ni a él ni a nadie. Agradecemos su voluntad y buenos oficios. Porque, quizá, a pesar de su buena voluntad, no han podido conseguir nada. Gloria a Dios por todo, que nunca dejaré de usar esta palabra en todo cuanto me suceda.

Dado que no hayan podido conseguir eso, ¿no han podido, al menos, escribirme?

A mis señoras las hermanas del muy venerado obispo y señor mío Pergamio, que tanto interés se toman por mis cosas, dales de mi parte las más expresivas gracias, pues con sus buenos oficios han hecho que el capitán, mi señor, y yerno suyo, haya estado tan afectuoso conmigo, que ardientemente deseaba también el vernos allí. Tú no dejes de escribirnos sobre tu salud y acerca de todos nuestros buenos amigos. Y por mí no pases cuidado, que estoy bueno y contento y muy descansado hasta el presente.

Sobre los compañeros del obispo Ciriaco deseamos saber si han sido enviados, pues nadie ha sabido darnos razón cierta de este asunto; así es que damos también cuenta de esto. Y al obispo mismo Ciriaco dile de mi parte que la tristeza que embarga mi ánimo me ha impedido escribirle.

CARTA XIII

“Por fin respiré llegado a Cucuso, después de un viaje de treinta días, luchando con acerbísimas fiebres y grandes dolores de estómago, sin médicos ni medicinas y careciendo hasta de lo más necesario, y angustiados por todas partes con el terror que causan los forajidos isauros. Pero ya pasó todo esto, y de todas parte llégame socorros en abundancia”.

Hospedóse en casa de Dióscoro, que ya antes de llegar le había rogado que no prefiriese casa alguna a la suya, aunque también otros muchos le hicieron el mismo ofrecimiento. Cuenta la generosidad de Dióscoro, que se desvive tanto por obsequiarle, que le ha cedido su casa, muy bien amueblada, con objeto de protegerle contra el frío, retirándose él a vivir en una quinta.

Otros muchos señores han enviado sus administradores ofreciéndoles sus casas y haciendas.

“Te doy cuenta de todo esto para que no nos trasladen sin mirarlo mucho, porque puede ser que encontremos peores condiciones y, además, temo más el viajar que mil destierros.

El mismo día que yo llegó mi señora, la diaconisa Sabiniana (tía, a lo que parece, del Santo). A pesar de su ancianidad, tiene aún tan juveniles arrestos, que está dispuesta a no separarse nunca de mí, aunque tuviéramos que ir hasta la Escitia (corrieron rumores de que lo relegaban a Escitia). Si nos trasladan, que sea a algún punto más próximo a vosotras”.

Te doy noticia de todas estas cosas, tanto de aquellas primeras tristes que antes deploraba como de estas últimas faustas y gratas, a fin de que nadie se empeñe en negociar que nos trasladen de aquí inconsiderablemente. Si los que por mí se interesan lo dejan a mi arbitrio, de modo que se me permita elegir el sitio que más me agrade y no nos han de asignar luego otro lugar que a ellos más les plazca; entonces acepto el ofrecimiento. Pero si el sacarnos de aquí ha de ser relegarnos a otro sitio, de manera que tengamos que emprender nuevos viajes y molestas peregrinaciones, esto nos sería muy molesto y trabajoso. Porque primeramente es de temer que nos conduzcan a algún lugar más áspero y lejano, y en segundo lugar, las molestias del viajar las tengo por más graves que mil destierros. Porque los azares de este viaje nos han puesto a las puertas de la muerte, y ahora, con esta nuestra tranquila estancia en Cucuso, mediante la quietud y el descanso, vamos consiguiendo restablecernos y procurando rehacer de tan prolijos trabajos a nuestra fatigada carne y quebrantados huesos.

El mismo día que nosotros llegó también a ésta mi señora, la dioconisa Sabiniana (era, según algunos, tía paterna del Santo), arrojada también y quebrantada y consumida de trabajos, como de una edad tan avanzada que en ella el sólo moverse es ya difícil y penoso; pero de tan juveniles arrestos todavía, que no siente los trabajos y adversidades. Dice que está dispuesta a marchar hasta la Escitia, porque corrían rumores de que me iban a deportar allá, y tiene ya resuelto no volver a los suyos, sino permanecer siempre conmigo, en cualquier sitio que fuere. También la recibieron los hijos de la Iglesia con suma afabilidad y benevolencia.

Asimismo mi señor, el religiosísimo presbítero Constancio, hubiera venido hace ya tiempo. Pues por cartas trató conmigo para que le diese licencia de venir, porque sin mi parecer y voluntad no se atrevería a hacerlo, aunque lo deseaba en gran manera; decía también que no le era posible permanecer allí, y anda buscando dónde ocultarse y esconderse. Así es que te ruego y suplico que, por lo que hace al sitio, no discrepes un punto de lo dicho. Pero si aún deseas volver a sondear qué intentan ellos, tú, de tu parte, nada les preguntes, sino averigua sagazmente, como tú sabes, adónde intentan conducirme. Y si ves que quieren enviarme a alguna ciudad marítima no lejos de ahí; v. gr.: a Cícico o no lejos de Nicomedia, tenlo por bueno. Pero si es a

algún sitio cualquiera más distante que éste, o tan lejos como éste, no lo admitas, que eso me resultaría muy pesado y molesto, mientras que aquí, con la quietud y el reposo, he despedido en dos días la pesadumbre y molestia que me ocasionó el viaje.

CARTA XIV

Llegado en 404 a Cucuso, le escribe que no se acongoje por no haber podido conseguir más ventajosa residencia para su destierro. “Así lo dispone Dios para proporcionarnos más largos combates y más espléndidas coronas.

—Pero la soledad de mi destierro te apena.

—¿Hay, por ventura, lugar más delicioso? Soledad, tranquilidad suma, descanso. Exquisitas atenciones de este señor Obispo, que hasta su Sede me cede, y de mi señor Dióscoro, que parece no tienen otro quehacer sino obsequiarme y atenderme.

Si lo que tuvimos que sufrir en Cesárea te aflige y te apesara, tampoco eso merece la pena, pues también allí se nos tejieron mil coronas”.

Refiérole luego por menudo los malos tratamientos que tal obispo Faretrio y de los monjes tuvo que tolerar, viajando a media noche, a oscuras, por escarpados ricos y montes, cayendo de su cabalgadura y molestando de la fiebre; todo ello, a lo que él cree, efecto de la envidia de Faretrio —uno de los que antes había firmado su destierro—, a causa de los mil obsequios y atenciones de que fue objeto por parte de lo más granado de la ciudad. “Muchos presbíteros, le dice, han sentido en gran manera la conducta de su Obispo. Por ti que nada se sepa”.

Alégrase el santo de sus calamidades. La tristeza es grave mal. “Dícesme que no has recibido carta alguna. Tres te llevo escritas capaces de desterrar del mundo la

tristeza". Dice que nada hay molesto fuera del pecado. Encárgale que procure ganar a San Marutas, apóstol de Persia, engañado por Teófilo y los suyos, y que procure con todo empeño impedir que sus enemigos sean los que nombren el nuevo Obispo pedido por el rey de los Godos por muerte del Obispo Unila, ordenado poco antes y enviado allá por el Santo.

En que da cuenta de las contrariedades que en Cesárea le acaecieron. ¿Por qué lloras así? ¿Por qué te martirizas a ti misma echando sobre ti tales castigos que ni tus enemigos pudieran imponértelos, dejando a la tiránica tristeza que se apodere de tu alma hasta ese extremo? La carta que por conducto de Patricio has enviado nos ha puesto de manifiesto las llagas de tu alma. Así es que siento grandísimo dolor y angustia, porque, debiendo hacer todo lo posible por alejar de ti esa tristeza, no haces más que entretenerte acá y allá en tristes y molestos pensamientos, imaginando males ficticios, como tú misma lo llamas, y desgarrándote de este modo vana e inútilmente y aun con gravísimo perjuicio.

¿Qué razón hay para que te acongojes por no haber podido conseguir nuestro traslado de Cucuso? Aunque en cierto modo nos has trasladado, pues no nos has dejado piedra por mover para conseguirlo. Pero si no llegó a efecto, no es justo que te angusties por eso, pues tal vez lo ha dispuesto Dios así para proporcionarnos más largos combates y más espléndidas coronas. ¿A qué sentir, pues, lo que nos corona de gloria, cuando más bien debieras alegrarte por ello y celebrar con gran regocijo y coronadas las sienes el que, sin merecerlo nosotros, por mera gracia y beneficio divino, hayamos alcanzado tan gran dicha?

Pero, ¿la soledad de este sitio te acongoja?

¿Pues hay, por ventura, lugar tan delicioso? Soledad, tranquilidad suma, descanso, robustez de cuerpo. Pues aunque aquí no hay plaza, ni mercado, ni comercios, a mí nada se me da de eso, pues de todo me sobra, como si poseyera el manantial de toda riqueza. Pues tengo a mi señor el Obispo del lugar a mi señor Dióscoro, que parece no tienen otro cargo ni otro quehacer sino cuidarme y regalarme. Más aún, por lo que hace a esta morada, el excelente hombre Patricio podrá contarte la vida tan delicioso y alegre que aquí llevamos, colmados de obsequios sin cesar.

Mas si lo que te aflige y apesara es lo que tuvimos que sufrir en Cesárea, tampoco eso merece la pena. Pues también allí nos tejieron ricas coronas, de tal modo que todos nos celebran y alaban, y llenos de estupor nos miran por haber sido de allí arrojados con suma injuria y desafuero.

Pero esto, aunque no falta quien lo anda esparciendo por el vulgo, por ti que no lo sepa nadie todavía. Porque me ha dicho mi señor Peanio que hay entre los presbíteros del mismo Faretrio quienes han dicho que ellos ni trataron cosa alguna con nuestros adversarios, ni tienen nada de común con ellos. Para no disgustarlos, pues, ten cuidado de que nadie se entere, porque son cosas gravísimas y muy acerbas las que allí nos acaecieron. Y aunque ninguna cosa más hubiera sufrido, bastarían y sobrarían mucho las que allí me sucedieron para granjearme mil palmas y coronas. ¡Hasta tal punto estuvo en peligro mi misma vida!

Suplicándote, pues, que nada de aquello divulgues, voy a contártelo brevemente, no para entristecerte, sino para alegrarte. Pues todo esto son para mí grandes ganancias; éstas son mis ferias y mis riquezas; ésta la consunción y expiación de mis delitos: pasar sin cesar por estas pruebas y verme sumido en ellas por virtud de aquellos mismos de quienes menos lo esperaba.

Habiendo pues, terminado ya con aquel Gálata ¹ que llegó casi a amenazarnos con la muerte, e intentando penetrar en Capadocia, saliéronnos muchos al encuentro, diciendo: El señor Faretrio (era el obispo de Capadocia) os está esperando, y tiene tomados todos los caminos por no verse privado de vuestra persona; nada deja por hacer con tal de conseguir veros y abrazaros y daros mil muestras de la más ardiente caridad; aun los monasterios ha removido, así de hombres como de mujeres. Yo, al oír esto, no esperaba, a la verdad, semejante cosa; pero, no obstante, no dije palabra a los que venían anunciándome aquellas cosas.

2. Despiadada persecución que sufre de parte del envidioso Faretrio, obispo de Cesárea. Pues bien, luego que entré, por fin, en Cesárea, macilento y molido de los trabajos, en todo el ardor de la calentura, lánguido, desfallecido y aquejado de agudísimos dolores, no pude hallar hospedaje sino en el más apartado barrio de la ciudad, y allí eran mis afanes por ir a buscar médicos y apagar aquel horno,

pues me hallaba en todo el hervor de las tercianas. A lo cual se añadía el trabajo y fatiga del viaje, el molimiento de cuerpo, la falta de asistencia y la penuria aun de las cosas más necesarias; asimismo, el no tener a mano médico alguno, hallándome yo sumamente cansado y agotado y atormentado, además por el calor canicular y por las vigili-
as e insomnios; en una palabra, entré en la ciudad exhalando el alma.

Vino después el clero todo, el pueblo, los monjes y monjas y todos los médicos de la ciudad, que me trataron con suma afabilidad, colmándome de toda clase de atenciones y suministrándome toda suerte de remedios.

Sin embargo, a pesar de todo, seguía yo abrasado por el extremo ardor de la fiebre que me puso en el último trance. Por fin comenzó a ceder la enfermedad y a remitir poco a poco la fiebre.

Mas entre tanto, disgustado Faretrio, no asomaba por parte alguna; estaba deseando que partiésemos. ¿Por qué así? No lo sé.

Viendo, pues, que la enfermedad cedía e iba desapareciendo poco a poco, estaba ya pensando en partir, a fin de llegar a Cucuso y descansar algún tanto allí de tantos trabajos y calamidades.

En esto llega de pronto la noticia de que los isauros estaban devastando la región y habían ya puesto fuego a una gran ciudad, causando graves destrozos. A esta voz salió el tribuno de la ciudad con todas sus tropas, temiendo algún ataque, y todos los demás estaban asustados y medrosos ante el peligro de sus hogares, hasta el punto de que los mismos ancianos habían tomado a su cargo la defensa de las murallas.

Así las cosas, de repente, al rayar el alba, se presenta delante de nuestra morada un *escuadrón de monjes* (permítaseme usar de esta palabra para expresar su furor), amenazando incendiarla y acabar con nosotros si no nos retirábamos al punto. Y ni el miedo de los isauros ni la enfermedad que nos tenía tan postrados, ni otra alguna consideración les hizo mella para moderar algo su rigor, sino que urgían e instaban más y más, respirando tal furor que hasta los mismos soldados pretorianos estaban acobardados y muertos de miedo. Porque también a ellos los amenazaban y se jactaban de haber azotado afrentosamente a muchos pretorianos.

Al oír tales amenazas, los pretorianos acudieron a Nos, rogándonos y suplicándonos que, aunque nos fuera preciso caer en manos de los isauros, los librásemos de aquellas fieras.

El Prefecto de la ciudad, sabido esto, acudió también a prestarnos auxilio a nuestra casa; pero tampoco se ablandaron los monjes a sus ruegos y ante aquellos furiosos quedó también él amilanado. No hallando, pues, expediente ni salida ninguna, y no queriendo intimarnos la salida a una muerte segura, ni atreviéndose a vista de tanto furor a aconsejarnos que permaneciésemos en la ciudad, envió a rogar a Faretrio que, en atención a la grave enfermedad que nos aquejaba y al peligro que por fuera amenazaba, nos permitiese permanecer allí algunos días. Pero en vano; no consiguió nada, y al siguiente día se presentaron los monjes, más amenazadores y furiosos todavía. No había presbítero que se atreviese a venir en nuestra ayuda, sino que todos se escondían y se ocultaban avergonzados, diciendo que todo aquello se hacía por voluntad y mandato de Faretrio, y por no incurrir en su enojo, tampoco accedían a nuestros ruegos cuando los llamábamos.

¿A qué dilatarse en largos discursos? Aunque nos amenazaban tantos peligros y veíamos la muerte al ojo, atacados por la fiebre (que aún no me veía libre de aquel mal), al filo del mediodía me metí en una litera y salí de allí entre los llantos y lamentos del pueblo, que execraba y maldecía al autor de aquellos desmanes, llorándolos y lamentándolos todos.

Luego que salimos de la ciudad, salieron también algunos clérigos, que iban siguiéndonos a paso lento entre llantos y lamentos; y al preguntar algunos: ¿Adónde lo lleváis, a una muerte cierta?, uno de aquellos que no tenían mucho amor, volviéndose a mí, me dijo: “Vete, por Dios; échate aunque sea en los brazos de los isauros con tal de verte libre de nuestras garras, pues adonde quiera que fueres estarás seguro con tal que logres verte libre de nuestras manos”.

Al oír esto la egregia matrona Seleucia, esposa de mi señor Rufino (que estuvo con Nos amabilísima), vino luego a suplicarnos que fuésemos a hospedarnos en una granja suya distante cinco millas de la ciudad, y envió con nosotros unos cuantos hombres, que nos acompañaron hasta allá.

3. Violencias de Faretrio. Mas estaba de Dios que tampoco aquel refugio nos pusiera a cubierto de la persecución y saña enemiga. Pues en cuanto se enteró Faretrio, llovieron sus amenazas sobre la señora, según luego nos dijo. Yo, al hospedarme en su granja, ignora-

ba todos estos manejos, porque ella, al recibirme, me lo ocultó todo; pero al mayordomo que allí tenía lo enteró de todo, encargándole que nos atendiera con todo género de agasajos, y si llegaban a presentarse allí los monjes en son de guerra, tratando de injuriarme y maltratarme, que hiciese venir los trabajadores de otras fincas suyas y viniese con ellos a las manos. Y más hizo aún, pues me rogó que me refugiase en su casa, donde había una fortaleza inexpugnable, y me librase así de las manos del Obispo y de los monjes. No quise yo que llegasen las cosas a ese extremo, y permanecí en la quinta, ignorante de lo que contra mí seguían tramando. Porque nada de esto bastó para reprimir el furor del enemigo, sino que luego, a la media noche, sin que yo me hubiese percatado de nada (porque instaba Faretrio y urgía a la dueña con gran vehemencia, forzándola con graves amenazas a que me echase también de aquella aldea), no pudiendo ya la señora soportar más su importunidad, sin que yo nada supiese, dijo que se echaban encima los bárbaros, porque le daba vergüenza de confesar la violencia que le estaban haciendo.

4. A la media noche entró el presbítero Evetio (era un familiar del Santo) y me despertó, gritando: Levántese, señor, que se acercan los bárbaros. Figúrate, cuál me quedaría. Preguntándole qué haríamos, pues volver a la ciudad era peor que caer en manos de los forajidos isauros, me urgió que saliese. Pero ¿qué hacer? era media noche, noche oscura, noche sin luna, noche horrorosa. Faltos de consejos, sin quien nos le diese, desamparados de todos. Mas al fin, forzado del miedo, en angustia suprema, esperando de un momento a otro la muerte, me levanto y mando encender las luces; pero las apaga el presbítero por miedo a los bárbaros. Con las luces, pues, apagadas, y caminando por un áspero pedregal, el mulo que llevaba mi litera se arrodilló y me tiró de la litera al suelo, y en nada estuvo que no me matase. Levantéme luego, y cogido al presbítero Evetio, que también se había caído de su mulo, iba trepando y arrastrándome, porque en aquellos escarpados montes, entre riscos y barrancos, y a media noche, no podía dar un paso. Figúrate qué ánimo tendríá acosado de tantos males, afligido de intensa fiebre y sin saber lo que contra mí se había fraguado; antes temiendo, horrorizado, caer de un momento a otro en manos de los bárbaros. ¿No te parece que estas calamidades bastaban por sí solas, aunque nada más hubiese pasado, para borrar muchos pecados y proporcionarme materia de grande gloria?

5. Tengo para mí que la causa de estas calamidades fue ésta. A mi llegada a Cesárea todos los magistrados, los exvicarios, los exprofesores, los extribunos, la plebe toda me venían a visitar todos los días, me estimaban, me honraban, me llevaban en palmas; cosa que disgustó a Faretrio: y aquella envidia, que nos echó de Constantino-pla, no nos perdonó tampoco aquí, a lo que yo creo, porque no lo afirmo y aseguro, sino que es conjetura mía.

¿Y quién será capaz de expresar los otros sinsabores que hubimos de tolerar en el resto del viaje? Miedos, peligros...

6. **Alégrese el Crisóstomo de las calamidades. La tristeza es grave mal.** Recordando y pensado yo estas cosas, salto de alegría y regocijo, como quien tiene guardado un gran tesoro: pues por tal lo tengo y estimo. Y por esto te ruego que me acompañes en este gozo y alegría y alabes por ello y glorifiques a Dios, a quien debo el beneficio de haber padecido tanto.

Y te encargo que guardes secretas estas cosas, y a nadie las digas: aunque por otra parte muchos, y principalmente los pretorianos, pueden hacer correr la voz por toda la ciudad, como quien también por su parte corrieron gran peligro.

7. No obstante, por ti que nadie se entere; y aun a los que lo vayan contando ponles silencio. Y si todavía lo estás sintiendo a causa de las resultas de la calamidad, ten por cierto que me hallo ya completamente libre de toda aflicción, y con mucha más salud que cuando ahí estaba.

8. Y a causa del frío, ¿por qué te apenas, habiéndome dispuesto mi señor Dióscoro un domicilio tan cómodo, y estando además sumamente cuidadoso de que no lo sintamos ni lo más mínimo? Y si por los comienzos puede conjeturarse no parece sino que estamos disfrutando un clima oriental como el de Antioquía. ¡Tan templado es y tan suave!

9. Lo que nos causó no pequeño disgusto es lo que añadías. ¿Te atreves quizás a reprocharnos el haber faltado por incuria a nuestros buenos oficios? Pues tiempo ha que te escribí una en que te encargaba que no me movieses de aquí. Yo sí que podría persuadirme fácilmente de que tendrías necesidad de largos discursos y de grandes trabajos y sudores para darme suficiente satisfacción de ese dicho tuyo. Aunque tal vez has satisfecho en parte con decir: para aumentar mi tribulación

pensaba eso. Pero ese acarrearle aún mayores sufrimientos con tu mismo pensar es muy grave falta: pues habiendo, por el contrario, de hacer todo lo posible para acabar con la tristeza, tú misma le haces el gusto al diablo, aumentándote los disgustos y pesares. ¿Ignoras, por ventura, cuán gran mal es la tristeza?

10. De los Isauros no te preocupes, que se han retirado a su país; el Prefecto de la ciudad no ha dejado piedra por mover para conseguirlo: más seguro estoy aquí que cuando estaba en Cesárea. Pues a *nadie tengo miedo como a los Obispos, salvo raras excepciones*. Repito que a causa de los isauros no hayas miedo; pues al comenzar el invierno se acogieron a sus guaridas, no sé si con intentos de volver a salir después de Pentecostés.

11. ¿Cómo me dices que no has recibido carta alguna? Pues te llevo ya escritas y enviadas una por los pretorianos, otra por Antonio y otra por tu criado Anatolio, bien largas todas, sobre todo dos, y de tal naturaleza, que bastan como medicina saludable, para aliviar a cualquier afligido o escandalizado y devolverle la tranquilidad más completa.

12. Una tercera tengo escrita sobre el mismo asunto, pero no he querido enviártela ahora por el disgusto que me has causado diciendo que estás acumulando más y más pensamientos acerbos y hasta inventado cosas completamente ficticias y fantásticas; palabra, por cierto, que nunca debió caérsete de los labios, y que aun a mí mismo me ha sacado los colores al rostro. Por lo demás, lee aquellas cartas y no volverá a ocurrírsete semejante dislate, aunque cien veces te empeñes en llamar a la tristeza.

14. Por lo que hace el obispo Heráclides, de quien me escribes, puede abdicar si quiere, y librarse así de toda molestia; pues no hay otra solución posible. Yo, por mi parte, aunque no veía un rayo de luz, encargué a mi señora Pentadía que no dejase de hacer todo lo posible por hallar algún alivio a esa calamidad. Dices que sólo por habértelo él encargado has osado hablarme de semejante asunto. ¿Es eso acaso algún atrevimiento?

15. **Que nada hay molesto fuera del pecado.** Nunca cesé ni cesaré de decir que una sola cosa hay molesta, el pecado. ¿Qué molestia es ser encarcelado y encadenado? ¿Qué molestia el verse abrumado de calamidades, cuando la calamidad es causa de tan grandes

tesoros? Palabras y meras palabras vacías de realidades acerbas, palabras hijas de la tristeza únicamente. Pues aunque mientes la muerte, ¿qué cosa dices sino una deuda de naturaleza, de cuyo pago a nadie se exime, aunque nadie nos mate? Si el destierro, ¿qué otra cosa es sino la perspectiva de regiones y ciudades? Si la pérdida de la hacienda, libertad es, y quedar desembarazado y expedito.

16. Al obispo Marutas cólmale de todas las atenciones y obsequios posibles, a fin de sacarlo del abismo ², porque necesito mucho de él para los negocios de Persia. Y si puedes, entérate qué ha conseguido allí con sus apostólicos trabajos; y procura información acerca del motivo de su venida a esa ciudad y dime si le has entregado las dos cartas que para él te envié; si quieres escribirme, le contestaré; pero si tiene dificultad en hacerlo, al menos infórmate tú de lo que allí se ha hecho y de los proyectos que tiene para el porvenir, si piensa volver; pues esto era lo que me movía a desear verme con él. Como quiera que sea, tú haz lo que esté de tu parte y cumple como buena, aunque todos se hundan; que tú nada perderías de la paga que te está reservada. Procura, pues cuanto puedas ganártelo.

17. Lo que ahora te voy a encargar no lo descuides en modo alguno, sino pon en ello todos tus cinco sentidos. Han venido a decirme unos monjes marsos y godos, entre los cuales estaban perpetuamente oculto el Obispo Serapión, que ha llegado el diácono Moduario, diciendo que aquel Obispo Unila, que no hace mucho ordené y envié a la Gotia, ha muerto después de llevar a cabo muchas y muy grandes empresas; y que ha traído cartas del rey de los godos, pidiendo que les envíen un Obispo. Pues bien, como para evitar la ruina, con que nos están amenazando, no veo otro recurso que dilatarlo y dar largas al asunto (puesto que al presente no pueden ellos navegar al Bósforo ni a aquellas partes), procura detenerlos algún tanto con pretexto del frío: y pon en esto gran empeño. pues es cosa de suma importancia. Porque dos cosas hay que, si llegaran a realizarse, lo que Dios no permita, me disgustarían sobremanera: que los que lo nombren sean esos, que tantas maldades han perpetrado, y sería perjudicialísimo que lo proveyesen ellos; y que sencillamente se nombre un cualquiera. Pues que ellos no han de procurar nombrar uno bueno, bien lo sabes también tú. Y si ellos llegasen a nombrarle, que ojalá no, los daños que de ahí se seguirían, no se te ocultan. Por tanto, procura con todo empeño que no suceda ni lo uno ni lo otro. Si fuera

factible que Moduario, a escondidas y sin llamar la atención, pudiera hacer una escapada hasta aquí, sería muy del caso. Pero si no es posible, hágase lo que se pueda. Pues lo que con los dineros sucede, y acaeció también con aquella pobre viuda³, eso mismo sucede también con los negocios. Pues así como ella, con sus dos cornadillos, por haber dado cuanto poseía echó en el cepillo del templo más que todos los ricos que echaban monedas mayores: así también los que ponen en los negocios todo el empeño posible, aunque no consigan provecho alguno, han hecho todo lo que debían y no quedarán defraudados, sino que recibirán muy entero su galardón.

18. Al obispo Hilario le doy las más rendidas gracias: pues me ha pedido por carta licencia para ir a su ciudad, prometiendo volver a acá, una vez arreglados sus asuntos. Porque como su compañía nos es de gran provecho, pues es varón piadoso, fervoroso y valiente, le he exhortado a que, después de su viaje, vuelva en seguida a ésta. Por tanto, procura que le lleven por conducto seguro nuestra carta y se la entreguen cuanto antes, y que no se traspapele: pues mostró muy gran deseo en recibir carta nuestra, y su presencia aquí es de muy gran provecho. Es, pues, mi deseo que pongas diligencia en que lleguen a su destino, de tal manera que, si no está ahí el presbítero Heladio, las hagas llegar a nuestros amigos por medio de un hombre juicioso y prudente.

1. Leoncio, arzobispo de Ancira en Galacia, enemistado del Crisóstomo.

2. Esto es, de la facción de Teófilo, Arsacio, Porfirio, Severiano y Antíoco, enemigos jurados del Crisóstomo; porque San Marutas, obispo santísimo y esclarecido en milagros que restauró las Iglesias de Dios destruidas en Persia (V. el Martirolog. romano, día 4 de diciembre), engañado por Teófilo, Patriarca de Alejandría, hombre sagaz, osado y criminal, y el mayor enemigo del Crisóstomo,

asistió con él y sus parciales a sus conventículos y aun al conciliábulo de la Encina, donde se decretó la deposición del Crisóstomo. Pues recién llegado de Persia, no podía tener noticia detallada y exacta de las cosas acaecidas en Constantinopla y además tal vez le habrían dicho también ellos que el obispo de Chipre, San Epifanio, se había declarado contra el Crisóstomo, lo cual deploró poco después convencido su engaño.

3. Luc., 21, 2, 3.

CARTA XV

La escribió en Arabiso el año 406. “No te turbes por nada. ¿Por ventura creías que ibas a vivir una vida sin luchas ni molestias, tú, que desde niña declaraste guerra a muerte al demonio y le tienes irritado con tantas derrotas?

“No te turbes aunque veas por doquier guerras y tumultos. Eso son gajes de la virtud que lleva consigo tentación y trabajo (Hebr. 10, 32, 33).

“Al saber tu eximia paciencia en todos esos acaecimientos, te admito y te tengo por dichosa.

“Hemos escapado a una gravísima enfermedad. Aquí hay buenos médicos, pero faltan medicinas y todo lo necesario. Además, estamos amenazados del hambre y de laste, y bandas de ladrones lo infestan todo”.

1. **Nada te turbe; nada te espante.** ¿Por ventura tú, que desde tu niñez comenzaste a dar pruebas de tanta virtud y a pisotear el humano fausto, tenías esperanzas de pasar una vida pacífica y tranquila? ¿Cómo era posible semejante cosa? Los hombres que en las palestras y en las guerras luchan con otros hombres, reciben innumerables heridas; y tú, que has declarado guerra a muerte a los principados y potestades, a los adalides de estas tinieblas del mundo, a los espíritus malignos esparcidos por los aires ⁽¹⁾, con tanto valor, levantando tantos trofeos, y de tantas maneras has irritado al pestífero y feroz demonio, ¿creías acaso poder llevar una vida tranquila y exenta de las dificultades y molestias de los negocios?

2. Por tanto, no hay que turbarse porque veamos levantarse por doquier infinitas guerras y tumultos: lo extraño sería que sucediese lo contrario. Porque la virtud lleva aneja la tentación y el trabajo. Lo cual ya antes que recibieras nuestra carta lo tenías tú bien sabido, y no necesitabas que nadie te enseñase, ni yo te he escrito eso para enseñar

a quien lo ignora. Pues sabido es que ni el destierro, ni la pérdida de los bienes, que a muchos se les hace intolerable, ni las afrentas, ni otras semejantes calamidades son capaces de quitarte la paz. Porque si a los compañeros de los que tales cosas sufrieron se les llama dichosos, ¿cuánto más lo serán los mismos que las sufren? Así es que por este doble motivo alaba Pablo a los convertidos de la religión de los hebreos a la fe de Cristo, diciéndoles: *Traed a la memoria aquellos días de vuestra conversión, cuando después de haber sido iluminados sufristeis con admirable valor un gran combate de persecuciones: por un lado sirviendo de espectáculo al mundo por las injurias y malos tratamientos, y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades*².

3. Y por lo mismo no os escribimos largo, pues nadie se acerca a uno que ha conseguido una gran victoria y erigido un gran trofeo para prestarle ayuda, sino para alabarlo y ensalzarlo.

Sabiendo, pues, yo cuánta virtud has mostrado en todos esos acacimientos, te admiro y te tengo por muy dichosa ya por la paciencia, ya por los premios que para lo futuro te están reservados.

4. Mas como sé que te interesas por saber cómo seguimos, tanto más cuanto que hace mucho tiempo que no escribo, sabe que hemos escapado a una gravísima enfermedad, pero no hemos convaltecido del todo todavía. Porque médicos los hay, y muy buenos; pero la carestía de las cosas más necesarias hace ineficaces las medicinas. Porque aquí no sólo hay penuria de medicamentos y de todos los demás alivios precisos a un enfermo, sino que estamos amenazados del hambre y de la peste. Males, por cierto, que está ya produciendo aquí una multitud de ladrones que, infestando vastísimas regiones, tienen tomados todos los caminos, y desvalijan a los caminantes. Andrónico mismo dice, que para poder escapar con vida, tuvo que entregarles todo lo que traía. Así es que te ruego que no envíes más mensajeros; porque es de temer que, por intentar llegar hasta acá, encuentre alguno la muerte; y bien sabes cuánto lo sentiríamos. Pero si encuentras ocasión de alguno que venga por estas tierras para otros negocios, dinos por medio de él cómo sigues de salud. Particular y únicamente para bien mío, que no venga ninguno a causa del miedo que antes dije.

1. Efes., 6, 12.

2. Hebr., 10, 32, 33.

CARTA XVI

Escrita desde el destierro en Cucuso el año 406. “Por entre lo próspero y lo adverso caminamos al cielo. Por ese camino llevó Dios a los profetas y a los apóstoles y demás bienaventurados. ¿Qué importa que nos arrojen de la ciudad, y nos hagan emigrar de pueblo a pueblo, perseguidos y proscritos de todas partes, y arrebatados por los soldados, si el fin de todo esto son aquellos purísimos, incomprensibles e inefables bienes de la gloria? En éstos has de pensar, apartando la atención de los males de acá que te entristecen.”

“Pero mi cuerpo está quebrantado y deshecho de tantos trabajos y persecuciones”.

“Nuevo manantial me alumbras de prodigiosas ganancias. De cuánto valor es sufrir dando gracias a Dios por la cruz que nos envía, bien lo sabes tú. Mira los ejemplos de Job, Tobías y Lázaro, y gozándote en las pruebas, ensalza la inmensa benignidad de Dios, que las permite para tu corona.

Especial alegría he recibido al ver tu serenidad y cristiana prudencia en despachar esos negocios y litigios.

1. **Que Dios gobierna a los buenos entre prosperidades y adversidades.** uno y lo otro es prueba de la inefable benignidad de Dios, el permitir que vengan sobre ti tantas y tan graves tentaciones para que alcances así muy espléndidas coronas, y el librarte pronto de ellas para que no quedes abrumada por la prolongación de las calamidades. Pues de este mismo modo gobernó Dios también la vida de

aquellos intrépidos varones los Apóstoles y los Profetas, ahora permitiendo que se levantasen imponentes olas, ahora increpando al mar de las adversidades y convirtiendo la deshecha tempestad en completa tranquilidad y bonanza. Cesa, pues, de llorar y de acabarte a pura tristeza, y no pongas ante tus ojos solamente las frecuentes y aun continuas acerbidades que te ocasionan, sino también la celeridad con que pasan y la excelentísima remuneración que te acarrean.

2. Porque, ¿qué importe que nos arrojen de la ciudad, y de cuando en cuando nos hagan emigrar de pueblo en pueblo, perseguidos y proscritos de todas partes, y arrastrados a los tribunales, y arrebatados por los soldados, recibiendo injurias de aquellos mismos a quienes hemos colmado de beneficios, y ser uno atormentado por sus criados y por sus mismos hijos, si el premio de todo esto es el cielo, y aquellos purísimos bienes incomprensibles e inefables que no tienen fin, sino una delicia inmortal y eterna?

3. Cesa, pues, de pensar en injurias y vejaciones; aparta el pensamiento de la pérdida de bienes, de las continuas mudanzas de residencia en los destierros, y del vivir relegados a regiones extrañas; y hollando todo esto como cosas más viles que el lodo, considera los tesoros que con todo esto te granjeas para el cielo, y la ganancia que no puede agotarse ni consumirse, y las inmensas riquezas libres y seguras de toda injuria de piratas y ladrones.

4. Pero tu cuerpo se encuentra debilitado y quebrantado por los trabajos, molestias y enfermedades ocasionados por las persecuciones de los enemigos.

Otro manantial me recuerdas con eso de prodigiosa e indecible ganancia. Porque ya sabes, sí, sabes muy bien, de cuánto mérito es tolerar la enfermedad con ánimo generoso y con hacimiento de gracias. Eso, como ya he dicho muchas veces, dio a Lázaro la corona; esto en los combates de Job puso al diablo en vergonzosa fuga, e ilustró más y más al glorioso atleta. Esto más que el amor a la pobreza, más que el desprecio a las riquezas y la repentina pérdida de sus hijos, y otras mil pruebas y tentaciones, le mereció eterna gloria y alabanza, y redujo al silencio al impudente demonio.

5. Considerando, pues, sin cesar estas cosas, gózate y alégrate de haber sostenido un gloriosísimo combate, y sufre con valor y con paz aquello que es el coronamiento de todas las tentaciones y pruebas, y ensalza con ello la gloria del benignísimo Dios, que, pudiéndolo

quitar y destruir todo en un punto, permite que se originen estas enfermedades para que sea más espléndida esa tu rica y deseable ganancia. Y por esta causa no cesamos de proclamarte bienaventurada y dichosa.

6. Una cosa nos ha causado especial placer, el ver que has sabido poner fin a los negocios y litigios con serena dignidad; de tal modo que ni los has rehuido cobardemente, ni los has retenido atormentándote con idas y venidas a los tribunales, con las molestias consiguientes, sino que, siguiendo un camino medio, has alcanzado la justa libertad, que a ti te era decorosa y debida, mostrando en todo gran prudencia, y dando insigne ejemplo a la vez que de paciencia y tolerancia, de aquella discreción y prudencia que no se deja envolver por fraudes y engaños.

CARTA XVII

Escribióse el año 404 o 405. La calamidad robustece. ¿Qué sientes en la tribulación alegría? No es eso extraño. Oye a San Pablo: La tribulación produce paciencia, etcétera (Rom., 5, 3, 4). Aunque te asedien mil lobos y mil juntas de hombres perversos, nada temas (Salm., 63, 3; 26,3; 22,4).

“Porque ¿con qué podrían atemorizarte? ¿Echándote de tu casa y de tu patria? Has aprendido a vivir en tu casa con más retiro que los monjes en los desiertos. ¿Con la muerte? No llevarían a ella más que un cadáver; más pronta estás tú a dejar el cuerpo que otros el vestido.

En la cruz está la alegría; ella nos hace invencibles y superiores a todos los peligros”.

1. **La calamidad robustece a los buenos.** Lo que en ti se verifica nada tiene de extraño ni desordenado, sino antes al contrario, es cosa muy conforme a razón el que por tan asiduas pruebas vayas adquiriendo mayor fortaleza y más ánimo y valentía en los combates, y con esto experimentes gran placer. Pues tal es la naturaleza de la desgracia, que si da con un alma valiente y generosa, causa esos efectos. Y como el oro en el crisol se hace más puro, así la tribulación, como caiga en almas de oro, las hace más puras y excelentes; que también a causa de esto dijo Pablo estas palabras: *La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba*¹. Por eso también nosotros nos alegramos y regocijamos, y al ver tu magnanimidad, recibimos en esta soledad grandísimo consuelo. Por eso, aunque te asedien mil lobos y mil juntas de hombres perversos², nada tememos: y esto es lo

que ahora pedimos a Dios, que cesen las actuales pruebas y no sobrevengan otras, cumpliendo la ley del Señor, que nos manda orar para no caer en la tentación ³; pero si su divina providencia permite que se susciten otras nuevas, gran confianza tenemos en tu alma de oro, que saca de ellas riquísimos tesoros.

2. Porque, ¿con qué podrá aterrizararte los que tantas cosas han intentado contra su cabeza y para su propia perdición? ¿Acaso con la pérdida de las riquezas? Pero yo sé muy bien que, en tu aprecio, no son más que polvo, y más viles que el mismo lodo. ¿Con la pérdida de tu casa y de tu patria? Pero tú has aprendido a vivir en ciudades amplias y populosas como si morases en un desierto, pasando tu vida toda en soledad y pacífico retiro, pisoteando la mundana pompa. Pero te amenazan con la muerte. Pues tú, anticipándote a ellos, no has vivido un solo instante olvidada de ella; y si te conducen a la muerte, no llevarán más que un cadáver. ¿A qué prolongar nuestro discurso? Nadie podrá causarte mal alguno, que no halle haberlo tú ya tolerado con heroica paciencia. Pues, habiendo marchado siempre por la vía angosta y estrecha, estás muy avezada a estas cosas con el prolongado ejercicio; y con haberte ejercitado tanto en esta ciencia en las palestras, has alcanzado ahora en los combates tanta gloria: porque lo que ahora te acaece no sólo no te turba, sino que, como si estuvieras dotada de alas, rebosas de júbilo y saltas alegre. Pues en aquellas escaramuzas en que tan largo ejercicio tuviste, tan maravillosa facilidad llegaste a adquirir, en los combates, que, en un cuerpo más delicado y flaco que telas de araña, desafías risueña el furor de los robustísimos jayanes que, rechinando los dientes de ira, se lanzan contra ti al ataque; como dispuesta a recibir mayores golpes que los que ellos pretenden darte. ¡Dichosa tú y bienhadada por las coronas que así se te preparan y aun por los mismo combates! Porque tal es la naturaleza de estas luchas, que, aun antes de los premios, en la arena misma, tienen ya su galardón, es a saber, el gran placer de que ya disfrutas, la alegría del alma, la fortaleza y la paciencia; y además el haber logrado hacerte inexpugnable e invencible, y superior y más levantada y sublime que todas las cosas, y el haberte entrenado en las luchas de tal manera, que no te pueden alcanzar los golpes enemigos, el que en tan deshecha borrasca descansas en roca inmovible y en medio de un mar embravecido y furioso navegas prósperamente con una envidiable tranquilidad. Estos son los premios de las calamidades aun en esta mortal vida, antes de llegar al reino de los cielos.

3. Porque tengo por cosa certísima que es tal tu actual disposición, que ni cuenta te das de que tienes cuerpo, ¡tantas alas te comunica el gozo!; y si se ofrece ocasión, estarás tan pronta a dejarlo como otros los vestidos que los cubren.

Alégrate, pues, y regocíjate no sólo por ti, sino también por aquellos que han logrado tan dichosa muerte no en sus lechos ni en sus casas, sino en las cadenas, en las cárceles y en los tormentos. Y sólo lamentos y llores a aquellos que cometen estos desmanes. Porque también esto es cosa digna de tu cristiana virtud.

Finalmente, ya que desees también tener noticia de nuestra salud, nosotros hemos escapado a aquella enfermedad que poco ha nos aquejaba; y gozamos ahora de mejor salud, con tal que el invierno, a su llegad, no estrague de nuevo nuestro flaco estómago.

A.M.D.G.

1. Rom., 5, 3, 4.

2. Salm., 63, 3.

3. Mat., 26, 41.

INDICE

PROLOGO

Vida de San Juan Crisóstomo	3
Trabajos del destierro. Su muerte	5
Cartas relativas a su deposición y destierro	16
A Inocencio, obispo de Roma	19
Porqué el Crisóstomo no quiso comparecer ante Teófilo y sus partidarios	20
Comportamiento del Crisóstomo de vuelta de su primer destierro, y lo que tuvo que sufrir	21
Perturbación de las cosas eclesiásticas en Oriente	23
A Inocencio, obispo de Roma	25
A nuestro amado hermano Juan	26
Inocencio a la Iglesia de Constantinopla	27
Carta de Honorio, Emperador de Occidente, a su hermano Arcadio, Emperador de Oriente	29
Carta de San Juan Crisóstomo a los obispos, presbíteros y diáconos encarcelados por su piedad	32
Carta del mismo a los mismos	33

CARTAS A SANTA OLIMPIADA

Advertencia: Vida de Santa Olimpiada	36
--	----

CARTA I

A mi señora en el Señor, la muy venerada y religiosísima Olimpia Diaconisa	46
Nada es grave fuera del pecado	47

CARTA II

Que es dañoso desalentarse por pecados ajenos	58
¿Qué hemos de hacer en las públicas calamidades?	60
Las viudas pueden aventajar en mérito a las vírgenes	61
Virtudes de Santa Olimpíades	62
Del vestido vil y despreciado de Olimpíades	64
Excelencias de la virginidad	65
Alabanzas de Job; sus calamidades	66
Consuela a Olimpíades, afligida por su ausencia	71
Galardón de la paciencia	74

CARTA III	76
Consuela a la afligida; explica la naturaleza de la tristeza; es castigo de Eva	80
Demuestra que nada hay más grave y terrible que la muerte	81
Más terrible es la tristeza que la misma muerte	83
Los trabajos granjean coronas	85
Cuán grande es el fruto de la calamidad. Ninguna virtud merece grande alabanza sin trabajo	88
Las calamidades de Olimpia, José, esclarecido por sus calamidades	91
CARTA IV	101
Nada más glorioso que la paciencia, ni más acerbo que la enfermedad	103
Que la enfermedad no es ociosidad. El Crisóstomo cree que va a volver del destierro; su estancia en Armenia	107
CARTA V	110
Exhorta a la Santa a pelear con fortaleza. Vanidad de las humanas dichas	112
Grandes premios de la paciencia	113
CARTA VI	114
Describe gráficamente cuánto le apretó la enfermedad	115
Las calamidades de la vida presente son mera fábula y ficción	115
CARTA VII	119
Insignes trofeos cogidos por la Santa con sus victorias	120
La conciencia torcedor del pecador; los pecadores, dignos de lástima; el vicio, muerte del alma	122
¿Has visto cómo la malicia, aun antes del suplicio, tiene ya castigo?	124
CARTA VIII	127
Que el quedar impunes los delitos es cosa muy para temer	128
CARTA IX	129
Llanto de los pueblos al ver ir desterrado al Crisóstomo	129

CARTA X	130
CARTA XI	131
Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, tanto más se aumentan también nuestros consuelos	131
CARTA XII	132
CARTA XIII	134
Molestias del viaje a Cucuso	135
CARTA XIV	138
En que da cuenta de las contrariedades que en Cesárea le acaecieron	139
Despiadada persecución que sufre de parte del envidioso Faretrio, obispo de Cesárea	140
Violencias de Faretrio	142
Alégrase el Crisóstomo, de las calamidades. La tristeza es grave mal	144
Que nada hay molesto fuera del pecado	145
CARTA XV	148
Nada te turbe, nada te espante	148
CARTA XVI	150
Que Dios gobierna a los buenos entre prosperidades y adversidades	150
CARTA XVII	153
La calamidad robustece a los buenos	153
INDICE	157